
3 2044 103 121 984





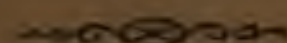
CATORCE MESES EN CÈUTA.

NARRACIONES

QUE INTERESAN Á TODO EL MUNDO.

POR

JUAN J. RELOSILLAS.



1886.

Imp. del «Correo de Andalucía».—Casapalma 7.

MÁLAGA

Al Excmo. Sr.

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

No se trata de una dedicatoria, mi respetable Jefe y amigo; por que, diga lo que quiera el lenguaje, «inventado para disfrazar el pensamiento» y finja lo que guste finjir la falsa modestia al uso, el que dedica cree firmemente que la cosa dedicada está á la altura del que «sufre» la dedicatoria, y por Dios y mi ánima juro, Sr. D. Antonio, que ni á solas con mi soberbia he creido nunca que esta obrilla baladí, escrita á salga lo que saliere, y con la velocidad necesaria para saciar el hambre de cuartillas que

siente todo cajista, pueda ser objeto de acto tan solemne como una dedicatoria formal al que es literato ilustre.

Desde el año de 1875, anda dando vueltas en mi mente el propósito de escribir este libro, sin que en los 13 años que median desde la concepcion al alumbramiento, haya hecho yo cala ni cata alguna para ver si se habian agotado mis recuerdos. Hoy, que fiándolo todo á la memoria, procedo á poner en limpio el borrador mental de CATORCE MESES EN CÉUTA, *caigo en la cuenta de que, segun vulgar creencia, en todo libro hay algo bueno; y para que no marre la regla, me he dicho en soliloquio de los más íntimos:—«Lo primero, es poner al frente de estas páginas el nombre de don Antonio, para que proteja la empresa en lo que tiene de literaria; y lo segundo, es pedirle al estadista, al hombre de Gobierno, que dedique un rasgo de su poderosa iniciativa al sistema correccional vigente en España.—Con plausible tezon, se exije á todos los Gobiernos que «hagan escuadra», en las eventualidades de una guerra, y como medio de mantener, y fomentar, si posible fuera, nuestro decadente poder colonial; pero la marina española, muy digna, por otra parte, de un gran esfuerzo nacional, responde á la idea de algo contingente ó futuro, mientras la correccion de los de-*

lincuentes es una necesidad del momento, que se agrava y hace mas imperiosa cada vez que sale el sol.—La guerra, á fuer de revulsivo, nos daría súbitas energías y medios sobrados de salir con honra del empeño; pero los presidios tal y como están instalados y constituidos, son otras tantas úlceras colosales que devoran rápidamente el organismo social.—Hay que verlos, mi Sr. D. Antonio, como yo los he visto, para comprender cuanto es su influjo en la masa mas considerable del país, la masa ineducada y misera, víctima de la crudeza de todas las pasiones, y espoleada por todos los apetitos, y adquirir á la postre el triste convencimiento de que una sociedad, como un indivíduo, puede morir de reabsorcion purulenta.—¿Por que crece la criminalidad, mientras el crecimiento de la poblacion es casi nulo?—Por que las penas no corrigen, ni mortifican siquiera; por que el presidio, una vez hecho el aprendizaje, es preferible á la vida insegura de una libertad pobre, y resulta cómodo y aun apetecible.—De este modo, la reincidencia abre un porvenir al reincidente, que no vacila en volver á vivir libre, rico y corrompido dentro del presidio, mientras en la sociedad se sentiria molesto y privado de los socorridos medios de produccion que existen en esas casas grandes, casi todas ellas an-

tiguos conventos, donde están instaladas las penitenciarías de España, tan ajenas á toda idea de espiacion y penitencia.—Si Vd., Sr. D. Antonio, estimulado por mi ruego, y despues de leer estas páginas, quisiera llevar á cabo la que pudiera llamarse «revolucion correccional» sustituyendo al sistema que rige el sistema celular con toda su dureza—que el cauterio no debe tener piedad—ejecutaria accion meritoria por todo estremo, y otorgaría á su país el mayor beneficio que haya podido otorgarle hombre alguno de gobierno en el medio siglo que llevamos de vida parlamentaria.—Esto, así enjaretádo—dije para mi capote—será lo bueno que tenga este libro;»—y ya dicho, sólo me resta esperar á que Vd. sea de nuevo poder y esté en condiciones de decidir si debe ó nó hacer caso de un memorial tan desaliñado, y de un memorialista tan á la buena de Dios como el que le besa las manos, y se repite á su devocion atento y cariñoso S. S. y amigo,

Juan J. Relosillas.

25 de Agosto de 1886.

ANTES DE EMPEZAR

Cuando la Guardia civil llama todos los viérnes—dia nefasto—á las puertas de nuestras cárceles y extrae lo mas escojido del mundo criminal, la *hig life* del brigantismo, la *crema* de los rematados, para conducirlos por tránsitos al primer establecimiento penal de España, al renombrado presidio de Céuta, las madres y las mujeres de esos desgraciados que constituyen los sedimentos sociales, lloran á lágrima viva por la suerte futura del recluso á quien ven incesantemente azotado por la crueldad del

2

cabo de vara, demacrado por el hambre y sometido, por una eternidad, al tiránico imperio de los remordimientos.

Siendo España el país de las lamentables equivocaciones, no conozco otra de más bulto que esa de considerar perdido al confinado, cuando, en puridad, su dicha empieza á las puertas mismas del presidio, que es el oasis en la soledad desierta del crimen, el bienestar, el *confort*, y acaso la celebridad, [illegible] una fuga feliz y atrevida, un nuevo homicidio, ú otra heroicidad de este jaez, hacen sudar las prensas pasando de las efemérides del establecimiento á la gacetilla da los periódicos.

Los ministros de la Gobernación que se han sucedido en España desde principios del siglo, han revoloteado indecisos en torno del complicado problema penitenciario, desde aquel que dispuso que los penados rezaran el rosario todos los dias, hasta el que suprimió los capellanes, para sustituirlos con maestros de escuela, todos han dado su pincelada á la forma, pero ninguno se ha atrevido á mirar á la esfinge cara á cara.

Unas veces, se llama contadores á los antiguos mayores; otras, se les apellida inspectores; y con tanto alterar el cosido de la prenda, consiguen inutilizarla, pero no logran ponerla de moda; porque lo defectuoso de nuestras penitenciarías no está en la orga-

nizacion de su personal administrativo y directriz, sino en la falta de seguridad de los establecimientos, en su insalubridad, en el régimen y disciplina que se usan en el interior, hasta tal punto viciosos, que los confinados gozan de la misma libertad que los ciudadanos sin interdiccion civil.

Hace poco tiempo que funciona en Madrid una carcel-modelo, por ese privilegio de que goza la capital del Reino; pero los demás establecimientos penales, seguirán siendo perfectamente inútiles para el uso á que se les destina, y su poblacion penal seguirá viviendo en la Capua del crímen, rica, armada, y siempre ébria.

Las buenas gentes que pagan sus contribuciones con exactitud digna de la estatua, no saben lo que es el presidio. Saben, sí, que el homicida reincide apenas acaba de soltar un grillete, que no ha llevado nunca; ven como el falsario refina sus artes reprobadas; se aperciben de que el caco de pañuelos asciende á secuestrador de personas adineradas; pero ignoran la razon eficiente de estos progresos abominables.

Al fin caritativo de acabar con esta ignorancia, se destina el presente libro. No espere el lector, sin embargo, atildados discursos preñados de soluciones; voy á narrar, sencillamente, una vecindad de catorce me-

I.

Yo.—El viaje.—Gibraltar de noche.—Céuta desde el mar.—Por asalto.

Desde mi mas tierna edad—como dicen todos los que dejan escritas de propio puño y letra sus biografías—mostré censurables inclinaciones literarias.

Si ayer escribí para el público en las columnas de un diario político, hoy me abraso en fuego erótico en las melosas planas de un semanario de literatura; y así, rodando de imprenta en imprenta, he pasado los verdes de años mi juventud, sin cosechar dos reales de procedencia genuinamente olímpica, sin relaciones con el Parnaso, es verdad, pero tratando en cambio á las nueve

Céuta, y que iba inconsolable porque la milicia republicana le habia desposeido en Málaga de una linda escopeta, juzgando acaso que no la necesitaba para su ministerio espiritual; á un industrial muy conocido en Málaga, que iba á Algeciras á negocios propios; y á varias docenas de contrabandistas y *jaramperas* que se disponian á aprovechar la libertad de comercio introduciendo ó preparando los grandes *alijos* que por entonces se hacian á toda luz y sin recato.

El general, francés de nacimiento, aunque naturalizado en España—y con esto digo quien era sin nombrarlo—tenia un genio endemoniado, aunque le oí afirmar repetidamente sus sentimientos liberales; y cada vez que un pasajero *cambiaba la peseta* entre convulsiones y bascas, amenizaba él la operacion con juramentos en francés y otras demostraciones de furor, esmaltadas de ternos secos en *caló* español; pero como el mareo es superior á la ordenanza, el General D... tuvo que resignarse y tolerar que vomitasen en su presencia.

Las *jaramperas* copeaban con los contrabandistas de alto copete, y se ponian de acuerdo sobre la marcha del negocio, ó sobre el modo de engañar al judío calpense en cuya tienda se proponian hacer sus compras.

El industrial malagueño, hombre de una mole inmensa, despues de haberse comido algunas docenas de huevos duros, se sintió

acometido del mareo, y devolvió á la mar lo que era producto esclusivo de la tierra, salpicando de paso al General D... que le llamó democráticamente *cochon*, cayendo por fin sin sentido en cubierta, para rodar sobre ella siguiendo el caprichoso bailoteo del barco, como una pipa que se zafa de sus trincas. Por fin, metieronle unos calzos, y quedó fijo en un punto, inerte y hueco.

Amigo yo del mar, respetóme el mareo, y pude apreciar todos los encantos de una singladura hecha á pocos cables de la playa, casi á la orilla de los caminos vecinales, casi al habla de los caserios, que al borde de las espumas mediterráneas y cubiertos de espesas y trepadoras parras, semejaban estaciones elegidas por las sirenas para secarse al sol andaluz sus cabelleras sembradas de flores de coral é irizadas algas.

Poco á poco, los pueblecitos de la costa, semejantes á palomas cansadas, prontas á estender de nuevo las níveas alas, se quedaron atrás y surgió ante nuestra proa un picacho siniestro y antipático: era el odiado Calpe.

En este momento solemne,—juran y perjuran sérios y concienzudos publicistas,—todo rostro español se colorea con las encendídas tintas de la vergüenza. Abordo no habia espejo, pero presumo que, como soy vulgo, y el vulgo no alcanza esas metafísicas, yo permanecí de mi color habitual. Y luego tiene uno tanto *inglés* tierra adentro, que ya se

ha acostumbrado á tratar con desden á los del litoral...!

Doblamos la punta de Europa bajo los cañones que el leopardo y el unicormio protejen con sus garras. Una falúa de vapor atracó al costado del *Adriano* y despues de convencerse los señores que la tripulaban de que todos estabamos relativamente sanos, pasajeros pacíficos, contrabandistas de rango, *jaramperas* y mochileros, mozas de partido y demás gente ordinaria, pusimos piés en tierra á tiempo que la voz brutal de un cañon cargado hasta la boca, nos advertia que Gibraltar iba á cerrar sus repugnantes fauces, por donde han pasado y pasan todos los bribones de la cristiandad.

Gibraltar de noche, es verdaderamente insoportable. A la natural tristeza de aquellas estrechas calles, débilmente alumbradas, hay que añadir el tormento de las destempladas murgas militares tocando retreta, las rudas blasfemias de los soldados ébrios, y el son acompasado de los pasos de las patrullas, que parecen figuras de un teatro mecánico.

Quién ha visto nuestras ciudades, á esa hora en que las luces de gas brillan en todos los escaparates; quien recuerda las noches de Sevilla, Madrid, Cádiz ó Barcelona, con sus mujeres bonitas y elegantes, con su gentío inmenso, vario, que bulle y habla haciendo un ruido igual al de cien rios desbordados, no puede pasar tres noches en

Gibraltar sin enfermar de ictericia. ¡Qué desconsoladora tristeza! ¡Qué soledad! ¡Y sobre todo, que zalagardas de chirimias, gaitas y bombo, con acompañamiento de platillos!

De Gibraltar ha hablado todo el mundo, y esta circunstancia me redime del trabajo penoso de describir á Gibraltar. Hago, pues, gracia al lector, de la rapacidad de los judíos, del aspecto pesadamente elegante de los soldados ingleses, de los ciclópeos *policemen*, de los rostros patibularios de los contrabandistas y refugiados españoles, y doy con el lector y con mi persona, en el pailebot correo de Cèuta, que nos espera anclado en la bahia de Algeciras, á donde nos conduce un vapor por la módica suma de cinco reales.

Como todo lo que está al servicio del público en esta España fèliz é independiente un dia, el buque destinado á conducir la correspondencia, penados, funcionarios y pasajeros, entre Algeciras y Céuta, no podia ser peor en 1873 (1). Sobre su mal segura cubierta, la brava compañía de mar que lo tripulaba, exponía su vida con estoicismo digno de mejor objeto y hallaba el pasajero ocasion propicia de ponerse perdido, en fuerza de llevar *rociones*, y la correspondencia pública motivo sobrado para llegar patrióti-

---

(1) Hoy prestan este servicio dos vapores de hierro á hélice y lo desempeñan con bastante regularidad.

camente ininteligible á poder de los destinatarios.

Por fin, un repentino extremecimiento del buque me arrancó de estas filosofías. Las remendadas velas se hincharon al soplo nada suave del Poniente y el pailebot, medio sumergido por su banda de sotavento, salió del inmenso seno líquido que forman las bahías de Gibraltar y de Algeciras. A los quince minutos bogabamos en pleno Estrecho.

Las aguas del Océano, impedidas por el fuerte viento del Oeste, rodaban rápidas con direccion á las costas malagueñas. De vez en cuando, el pailebot crujía. Un poeta que iba á bordo, aseguraba que la velera embarcacion hácia coro á los rugidos del mar devolviéndole sus injurias, pero yo puedo jurar al lector que el pailebot se reia del ministro, que áun le tenia en el agua, con esa risa cascada de las viejas, que suele llevarse en sus esfuerzos parte de la dentadura.

Poco á poco fué levantándose sobre los espumosos picachos de las olas, una costa pintada á fajas verdes y blancas. Era Céuta, que se subia á las gradas de su anfiteatro para ver mejor el espectáculo de la furiosa corriente que se escapa á lo largo de sus playas, con el fin siniestro de embravecer las mansas aguas del Mediterráneo. Una inmensa mole amarilla, matizada por el verde oscuro de los pinos, apareció á la izquierda de Cèuta, mientras que á la derecha las pri-

meras estribaciones del Atlas, encerraban la ciudad en una cintura de montañas, como si supieran lo mucho que tiene que guardar la antigua colonia portuguesa.

Cuando el viajero se acerca á Céuta por mar, empieza por no creer que se dirije á la ciudad de los forzados. Es tan risueño el aspecto de Céuta; son tan graciosas aquellas casitas asomándose por encima de los árboles que pueblan sus jardines; hay tan gráfico sello de felicidad en la cara siempre jóven de Céuta vista desde el mar, que el ánimo acaba por creer imposible que detrás de todo aquel aparato de alegría, viva el mísero presidiario con su gorro descolorido sobre la cabeza y una inmensa balumba de crímenes sobre la conciencia.

En el istmo que une el monte Hacho al continente africano, está emplazada la ciudad de Céuta. Nada mas accidentado que sus calles; nada mas cómodo que su caserío confortable, ventilado y alegre; nadie mas amable y culto que sus pobladores; y sin embargo, Céuta es una manzana de brillantes colores, eso sí, pero tan extremadamente ácida que no hay paladar que la resista; salvo aquellos casos en que la nómina mitiga estos rigores, endulzando muy remarcablemente su sabor moral.

Mientras estas ideas—y perdonen ustedes la soberbia—acudian á mí cerebro atraidas por las indisputables bellezas panorámicas de Céuta, el pailebot llegó á pocas brazas

del muelle. Arrojó al mar, no sé si una piedra ó un anclote; las velas, rendidas de tanto ser azotadas por un viento tenáz, colgaban inertes sujetas á los pequeños mástiles de la modesta nave; y allá, en tierra, una multitud curiosa aguardaba la llegada del correo, mensajero patriota, que tiene la sagrada mision de ir todos los dias á buscar noticias frescas de la madre España.

Aparté, pues, mis ojos del risueño anfiteatro; me despedí hasta la vista del empinado y siniestro Hacho, y salté decididamente á tierra.

Colon besó la indiana playa cuando por vez primera la hirió con su planta; yo me contenté con buscar un punto accesible para llegar á la ciudad, porque una vez sobre el muelle, comprendí que Céuta es original, hasta en la manera de decir al viajero ¡pase usted adelante!

Al cabo, ví una escalera labrada en corazon de la muralla y me lancé á ella; porque en Céuta se entra como entró en Roma el condestable de Borbon: por asalto.

Bien es verdad, que no siempre se pierde la vída en tan recia faena.

II.

Continúa el fuego.—Inquisicion de órden público.—La Fonda italiana.—El brigadier Keller.—La ciudad por dentro.

Apenas escalé el puente que une la ciudad nueva á la vieja, otro cañonazo, como el que casi á boca de jarro me dispararon en Gibraltar, hizo temblar los cristales de las casas mas próximas.

Los enmohecidos cerrojos de las ferradas puertas, rechinaron en sus argollas; se alzaron con estrépito los puentes levadizos, y Céuta se encerró en su recinto fortificado, como se encierra la tortuga en su coraza.

Decididamente, las salvas me persiguen

con su augurio bélico y nada tranquilizador: cañonazo en Gibraltar, cañonazo en Céuta; yo he de recibir honores capitolínos, andando el tiempo.

Así discurria mi pobre cabeza, mientras el dócil cuerpo seguía á la multitud de pasajeros que conmigo escalaron el Olimpo africano, hasta que una parada en firme de los que me precedian, me hizo volver al mundo de los hechos.

Habiamos llegado á la cancerbería oficial de Céuta.

En una sala súcia, chica, pobre, desmantelada, un hombrecillo escudriñaba los pasaportes y.... se quedaba con ellos, como diciendo: usted es sospechoso, pero me conviene.

No me he podido explicar nunca, el porqué de aquella vejatoria requisa. Comprendo que el ojo de la policía ande muy avizor cuando se trata de salir de Céuta; pero no me explico que se pongan trabas al ciudadano pacífico que, voluntariamente, entrega su cuerpo, libre de toda condena, á los martirios de la vida del presidio. Tal vez, como el uso de antaño y el de ogaño, prescriben en este país bendito de las cosas irritantes, que se moleste á todo el mundo, la policía de Céuta olfatea á los viajeros sin ánimo de morder, pero con propósito de asustar.

El bueno del magistrado (sic) nos despidió á los pocos minutos con un ademan lle-

no de magestad.... de órden público, y cada quisque buscó alojamiento; ó á lo ménos, le busqué yo, y le encontré al cabo, en la *Fonda italiana* único ejemplar habitable en todo Céuta.

Reposaron al fin los zarandeados chismes de mi equipaje en un cuarto modesto, eso sí, pero ventilado, y me entregué à las dulzuras de la mesa, con recelo al principio, porque lo de *italiana* me hizo sospechar que quizá se abusaría de las pastas, pero con fruicion al fin, porque comí bien, bastante bien, mucho mejor de lo que merecia mi condicion de penado distinguido.

¿Se ofenderán ustedes si les aseguro que dormí con beatífica tranquilidad un sueño de doce horas? Pues bien, no rebajo un minuto; doce fueron, y en verdad que las necesitaba todas para que volviesen á su ser y estado mis frágiles huesos cascados por una navegacion que haria honor á Sebastian Elcano.

Muy entrado el dia, la voluntad llamó á las puertas del sueño, y desperté.

La fonda se presentó entonces á mis ojos tal como era.

En la cocina, un corpulento negro, que brillaba como si le acabasen de barnizar, movia las cacerolas y daba voces descompasadas. Un paciente chino, mondaba patatas, pulcra, primorosa, artisticamente, como lo hacen todo los chinos. Un sol, mas brillante aun que el sol que tuesta las arenas

el haber entrado con buen pié en la ciudad. El brigadier Keller, bizarro militar y cumplido caballero, antiguo contertulio de mi tia Ana (q. e. p. e.)—una coronela de la guardia real cortada por el clásico patron de las antiguas militaras,—reconoció mi nombre en las listas que el Argos policiaco formara de los pasajeros llegados la noche antes, y tendiéndome una mano de amigo, rompió, quizá por primera vez, el ritual que separa al gobernador de Céuta del resto de los mortales.

Con la satisfaccion pintada en el bardudo rostro, calado el popular sombrero hongo con cierta coquetería, propia del hombre satisfecho, me dediqué á una faena española y esencialmente malagueña: me dediqué á hacer tiempo, mientras llegaba la hora de tomar posesion de mi *prebenda*, como decia un bohemio grande amigo mio, cada vez que se acordaba de los 8.000 reales del sueldo.

Céuta tiene sus pujos de artística y monumental. El famoso cuartel del Valle, uno de los primeros edificios militares de España; el templo de nuestra Señora de Africa; las maestranzas de ingenieros y artillería; el hospital militar, que socorre tambien á los paisanos; la iglesia de San Francisco; el edificio destinado á intendencia y administracion de Hacienda pública; y sobre todo, el palacio del comandante general, son buenas pruebas de ello. Particularmente es-

te último edificio, es envidia de cuantos ejercen mandos militares en España, con sus jardines espaciosos y bien cultivados, su salon régio, sus habitaciones lujosas y sus oficinas inmensas. Una nube de sirvientes, que el gobernador disfruta gratis, cuida de la conservacion del precioso santuario, dónde, casi fanáticamente, se venera la sagrada persona de quien es señor de vidas en Céuta.

A su tiempo, conocerá el lector, íntimamente, el palacio y sus huéspedes. Ahora le toca á Céuta urbana, que es en verdad muy limpia, salvo pequeños trozos refractarios á toda policía.

Como la poblacion vive rodeada de murallas formidables, no puede ensancharse. Afortunadamente, las construcciones de nuevas viviendas son muy raras, debiéndose á este hecho el *statu quo* en que se mantiene la poblacion; pero si en Céuta se iniciara un gran movimiento ascendente en el número de sus habitantes, la salubridad habria de resentirse en seguida, porque todo el terreno de que se puede disponer está edificado.

Una gran vía atraviesa la ciudad de Oeste á Este. Las vertientes que corren de Norte á Sur, donde situan las calles menos importantes, son empinadas, de molesto tránsito, pero alegres, ventiladas, llenas siempre de luz y de tibios vapores del mar. La ciudad vieja, es, por el contrario, menos

La calle Real es la obra maestra entre todas las vias de Céuta. En el trozo comprendido desde el *Casino africano* al Hospital militar, se han esmerado los empedradores y el suelo es un jardin de aclimatacion donde fielmente se representan, con guijarros blancos y negros, los animales de la fauna de todas las zonas. Las casas enclavadas en la calle Real, tienen cancelas casi todas. Se puede decir que el mundo elegante y acaudalado de Cèuta, vive en la calle Real, que por otra parte, como todas las calles Reales de España, suele cambiar de nombre, apenas la milicia nacional enseña sus kepis de encendida grana.

No trato de adular á la poblacion de Céuta; pero el lector puede creer, á ojos cerrados, que la ciudad de los presos es alegre, culta, aseada, sana y agradable. Acaso la ley de la antítesis, que tan tirano imperio ejerce en España, esa ley que eleva al gobierno á todas las nulidades y otorga cada año por Navidad los favores de la Lotería á quien menos los necesita, ha hecho, de lo que deberia ser mansion triste del dolor y pueblo dantesco, un nido agradable para esta eterna ave de paso que se llama hombre.

Y si usted, lector, no me cree por mi palabra, fácil le será robustecer mi testimonio con testigos abonados; porque á Céuta han ido, irán, ó deben ir, las cuatro quintas partes de los españoles de ogaño.

III.

**La toma de posesion.—El cuartel principal.
—Filosofía y rancho.—Los cachivaches
de antaño.**

Cuando se entra por primera vez en el cuartel Principal del presidio de Céuta, si es usted empleado del ramo, lo primero que oye de boca del *cicerone* que vá á ser su hilo de Ariadna en aquel Dédalo del crímen, es esta noticia de mal agüero:

—Allí estuvo—y señala al umbral de la desvencijada puerta—la mano de un preso que asesinó al comandante en el momento de agacharse para probar el rancho.

El ànimo se sobrecoje con tan infausto precedente y no hay varon, por esforzado

que sea, que no sienta instintivo horror al rancho, á los presos y al cuartel, donde así vive almacenada la muerte.

Como el gimnasta se recoje sobre los resortes de acero de sus músculos, para dar el salto mortal, la trecha suprema, así llamé yo al arma toda mi energía moral, para franquear el estrecho postigo que dá acceso á ese mundo tan grande que llaman patio del presidio.

Si fuera posible sustituir el sulfúreo ambiente del Infierno por la atmósfera asquerosa de los pasillos que atravesé antes de llegar á la caverna donde rugía el mónstruo, la mansion demoniaca sería entónces verdaderamente terrible.

Al fin dí con mis huesos en el patio.

Una corneta, de son destempladamente apocalíptico, habia convocado en aquel inmenso cuadrado, que limitan altas tapias coronadas de centinelas, á todos los pobladores de la ciudad de los muertos que andan.

Pasaban de ochocientos los hombres que eran á la vez testigos de mi miedo y causa de mi asombro. De piè, en formacion correcta, por brigadas, pero sin esa elegancia marcial del soldado, esperaban la solucion del problema que la corneta les habia propuesto.

Sonó otro toque; el de atencion. Todas las cabezas se descubrieron y un preso versado en los misterios del abecedario, dió lectura al decreto de mi nombramiento, que

aquellas estátuas oyeron sin conmoverse, y me pareció muy natural.

De pronto, el clarin ejecutó unas variaciones totalmente nuevas para mí y las brigadas se abrieron en dos estensas filas, que tuve la heróica necesidad de recorrer en todas direcciones.

Nuevos alardes de la corneta. Ahora se forman ocho ó diez grandes círculos y en el centro de cada uno, colosal olla, rebosando una materia gris, tan repulsiva á la vista como al olfato, invita á la mesa á los penados.

El comandante se aproxima á un círculo, y olvidando, tal vez, la balada de aquel su antecesor que halló la muerte en idéntica ocasion, se inclina y pruebla el rancho. Estuve por tirarle de la levita, repitiendo el hecho de la Fortuna que despertó al insensato á dos pasos de la muerte, pero así como el jarameño toro se crece á medida que le castiga la nervuda mano del ginete, yo acabé por despreciar la muerte, é inclinándome tambien... ¡probé el rancho!

Verdad es que no me asesinó nadie; pero estuve á dos pasos de la eternidad. ¡Tan malo era aquel potage, amasado con lágrimas y sangre!

Tal fué mi bautismo de... grasa. Mi vista se fijaba ya con tenacidad en aquellos rostros patibularios, queriendo leer en cada pupila toda una Iliada de crímenes; y sin mas armas que un junquillo, sumamente delga-

do, que agitaba en todas direcciones, como haciendo alarde mi inofensividad, recorrí el cuartel con gran detenimiento.

En el ala de la derecha, conforme se entra, están situadas las cuadras ó dormitorios. Teóricamente, cada departamento de estos lo debia habitar una brigada compuesta de penados que sufren idénticas condenas, y proceden de provincias afines; pero no se observa en esto, ni en la formacion de las brigadas, el órden y clasificacion tan recomendados por los tratadistas.

Valencianos y aragoneses, es decir, la dobléz y la terquedad, viven bajo el mismo techo. Homicidas simples y asesinos calificados, duermen, á veces, en un mismo petate. Reclusos perpétuos y presidiarios temporales, viven en comun, y juntos pasean libres por la poblacion. Esta anarquía, no puede menos de producir desastrosos efectos en la poblacion penal, porque el roce diario del condenado á cadena perpétua con el que solamente tiene que extinguir una pena de ocho años,—espacio breve donde existen seres que necesitarían tres y cuatro existencias para saldar sus cuentas con el presidio,—determina siempre un grave mal para el órden dentro del establecimieñto, para la disciplina y para el penado mismo. No hay desafuero que no se permita el que no ha de volver al seno de la sociedad. En Céuta, los penados á perpetuidad dan su contingente para esa di

nastía de héroes siniestros que se llaman *guapos*. La fuga es su pensamiento constante, y la reincidencia cosa en ellos tan fácil y llana, como es la operacion de mudarse de camisa para cualquier persona pudiente y aseada. Si un régimen vicioso expone la parte sana del presidio á los peligros de una vida comun con la parte gangrenosa, se dará el caso,—como se viene dando indefectiblemente desde que hay penales en España,—de ser irredimible el delincuente, por el solo hecho de haber ingresado en tales casas de correccion.

Por el contrario, el sistema de clasificaciones daría en lo posible excelentes resultados. Agrupados los presos de idénticas condenas, de provincias hermanas y de delitos similares, la vida sería para ellos mas fácil y grata; las afecciones brotarian sin esfuerzo y la esperanza de obtener la anhelada licencia sostendria á buena altura el nivel de la disciplina y del órden; porque hemos de conocer que nadie tan interesado como el mismo preso en hacer mas soportable su situacion y en no alejar el momento feliz de la libertad. (1)

No concibo edificio menos apropósito para establecimiento penal, que el Cuartel

(1) Entiendase que hablo con relacion al sistema vigente, pues planteado el sistema celular, serian ociosas mis recomendaciones en este punto y en otros que critico.—*Nota bene.*

Principal de Céuta. Las cuadras ó dormitorios donde se alojan las brigadas, son lóbregas, húmedas, pestilentes, súcias por todo extremo. En su pavimento terrizo, esconde fácilmente el penado sus armas, los útiles que previene para la evasion, y los tarros de aguardiente, que, nuevas cajas de Pandora, siembran la muerte apenas se abren. Yo no me explico como es posible la vida en el presidio de Céuta. Tres mil hombres que no se lavan nunca, que no se asean jamás, que viven hacinados, deberian enjendrar la epidemia y propagarla á toda España.

Cada dormitorio tiene una gran ventana que dá al campo. Sus hierros, muy débiles y separados entre sí, permiten que por ellos se haga todo linaje de ilícito comercio, pues aun cuando al pié de cada reja hay un centinela, este centinela es otro forzado, pertenece al *Fijo* y tiene amistad con los presos, y con las mujeres de los presos mas particularmente. Además, durante la noche goza el presidiario de libertad absoluta para todo lo malo. Como dentro de la cuadra no pernocta otra autoridad que la del cabo de vara, tan confinado como el que mas, apenas se ha corrido el cerrojo empiezan las libaciones, los corrillos donde se concierta una fuga, los consejos magnos de donde sale la muerte de un enemigo, el plan de una estafa ó el proyecto de un robo. Falta personal que vigile de noche las ope-

raciones de los presos, y de ello se convencerá el lector cuando lleguemos al capítulo de *Las fugas*.

Un detalle que llamó poderosamente mi atencion. A lo largo de los corredores cubiertos, que dan entrada á las cuadras, multitud de puestos ofrecian al transeunte pan, pescado frito, y aun otros comestibles de mayor delicadeza, tabaco y artículos diversos mas ó menos necesarios á la vida. Se conoce que el confinado desconfia de la cocina oficial y busca remedio á la deficiencia del rancho; de modo que á los inapetentes ó acaudalados, les es muy fácil comer *á la carta* en los *restaurantes* de aquellos lóbregos *boulevares*.

La cocina, lugar casi sagrado para los que conocemos las exigencias gástricas y sentimos la necesidad de estar de buenas con nuestro propio tirano, el estómago, es infernalmente asquerosa en el Cuartel Principal. Varios presos, grasientos sobre su suciedad habitual, manipulan el rancho que hierve en grandes ollas de hierro.

Cuando entré en la cocina creí que estaba en una almona, mejor que en oficina tan esencial. Luego he visto que el rancho condimentado en la gran olla se extrae de ella... ¡con cubetas! como si se tratara de la mezcla de arena y cal que se emplea en las edificaciones.

La barbería está situada en una salita, ba-

sombras, le habia hecho huir avergonzado, al rincon donde yo le hallé. El preso, familiarizado con su picota de otras veces, se sentaba ahora sobre ella con cierta familiaridad. No la conservaba ódio, pero creo que la despreciaba un tanto. Testifican los antiguos empleados y los antiguos presidiarios, que cuando se pegaba en el presidio, que cuando las faltas se corregian ejemplarmente con el palo, los delitos dentro del establecimiento eran mas raros y las insubordinaciones casi desconocidas. Despues me he convencido de esta verdad. Dada la situacion de nuestros presidios, donde no se purgan los delitos, ni se corrijen las costumbres de los delincuentes, el único castigo posible y fructuoso, es el castigo corporal; esa receta que rebaja mas al que la administra que al que la sufre Por el pronto, el cañon no pudo hacerme peor efecto. Una voz romántica decia dentro de mi, con acentos tiernos: fúndelo; y efectivamente, á los ocho meses, fué preciso restaurar el cañon, amenazando con poner en vigor castigos que yo mismo habia llamado bárbaros en las columnas de los periódicos. Tales y tantos fueron los crímenes cometidos, con pretexto del blando régimen que poco á poco habia tomado carta de naturaleza en el presidio.

Dirigí una mirada, un tanto llena de ódio, al cañon, testigo mudo de mi filantropía, y me dispuse á salir del cuartel. Era casi

de noche. Al pasar por el lóbrego corredor que conduce á los rastrillos, una luz brilló en la oscuridad. Me acerqué á una puerta carcomida, pero todavía firme, y miré por el ventanillo. En el fondo de una cueva fètida, un hombre, casi desnudo, amarrado por los piés á una cadena corta y gruesa fija en la pared, mascaba, al enunciarlas, yo no sé qué blasfemias.

—¿Qué es esto?—pregunté entre aterrado y sorprendido.

—Un preso tres veces asesino, que sufre el castigo conocido en la germania del presidio por esta extraña definicion: *amarrado en blanca.*

Sin querer, me acordé de *Segismundo*, creacion calderoniana, que aparece á la vista de nuestros públicos doblemente presa por los lazos férreos de la fatalidad y salí del cuartel pensando para mi sayo:

—Hé aquí un infeliz para quien la vida, mas que un sueño, es mortal congoja y pesadilla insufrible.

IV.

Siguen los cuarteles.—El Hacho.—Barcas.—Jadú.—El Serrallo.—Talleres.—La enfermería.

Hecha mi presentacion oficial, me sentí atraido por el presidio. Aquellos buenos muchachos, que me llamaban *su ayudante*, como si yo pudiera ayudarles en alguna de las graves faenas á que dedicaban su actividad, me parecian carne de mi carne, y aquellos cuarteles la casa familiar, el hogar comun.

La imaginacion posee fuerzas invencibles. No habian transcurrido quince dias, contados desde la aurora de mi miedo, cuando ya fraternizaba,—sin olvidar las reservas necesarias á la vida de la disciplina,—con lo

mejorcito de cada brigada. Sobre todo, en la 7.ª de cadenas perpétuas llegué á tener muy buenos amigos; un presbítero que había matado y enterrado á su tio y un *bravo*, que despues murió—y diré como—ejerciendo su difícil ministerio.

Agregado, pues, moralmente, á aquella gran comunidad, lo primero era conocer la casa por dentro. Las almenadas crestas del Hacho, detrás de las cuales se ocultaba lo mas florido del mundo protervo, me planteaban todos los dias esta charada: ¿qué hay aquí? Al cabo, mi curiosidad venció á mi pereza, y una mañana tomé la cuesta del Hacho, como se toman todas las cuestas, con notorio desagrado.

En el Hacho, siguen los contrastes que caracterizan la manera de ser de Céuta. Las faldas del empinado monte no se conciben mas bellamente accidentadas, ni mas pintorescos los puntos de vista, que desde ellas alcanza el viajero absorto. Como todas las montañas, tiene el Hacho cierta grandeza ingenita que lo hace solemne. Un verdadero bosque de pinos ocupa todas las faldas del Oeste, que miran á la ciudad, y presta al camino, con los ruidos de la selva, una misteriosa poesía que no es para descrita. Por el lado del Sur, el Hacho es abrupto, bravío, feroz. El mar bate sus cimientos, y parece, cubierto de espumas, un gigante que suda empeñado en titánicos trabajos. Por su cara del Este, el Hacho es

mas gracioso y risueño. Puede decirse, que como mira á Mâlaga, procura ponerla un gesto eternamente amable y para conseguirlo tolera que numerosas huertas pinten de un alegre color verde sus tierras de tono amarillento.

Una vez al pié de la poterna que dá paso al interior de la fortaleza, aconsejo al viajero que se detenga y mire. A la derecha, un gran rio que muge, el Océano, confundiendo sus aguas con las del Mediterráneo; más allá, otro peñasco enorme, Gibraltar, azul como todos los peñascos vistos desde léjos, parece un hermano del Hacho que espera que pase toda el agua para reunirsele. A la izquierda, la tierra africana envuelta en un jaique de brumas. A los piés, unas fichas de dominó, que no otra cosa parecen las casas de Céuta vistas desde tan grande altura; y encima, un cielo azul, tan azul, que parece negro.

Pasa con la fortaleza del Hacho lo que con todas las fortalezas antiguas. Autorizados escritores afirman que es de origen fenicio, mientras arqueólogos llenos de sapiencia, se dejarían cortar una mano, si las murallas no habian sido erigidas por los romanos. En esta dolorosa incertidumbre opté por no mirar, casi, la muralla, para no verme obligado á tomar plaza en uno ó en otro bando; y entré en el Hacho lleno de curiosidad, pero sin pizca de erudicion.

De glasis, cortinas, casa-matas, fosos y án-gulos, no me pregunte el lector una pala-bra. El Hacho, es para mí un monte habitado por presos. En la estensísima llanura que constituye la cima, diferentes edificios al-bergan un contingente que no bajará de ochocientos hombres. Allí, como en el cuar-tel principal, los dormitorios y demás ofici-nas del presidio son súcios, insuficientes, inseguros, pero el aire es puro y los presos van y vienen, en higiénico ejercicio, hacien-do mas tolerable la vida, hasta donde puede serlo en pleno Hacho; la Siberia del presi-dío de Céuta, el punto de cita de lo más incorregible y levantisco de la poblacion penal.

Delante de cada nave de las que consti-tuyen los cuarteles, se verifican las manio-bras que tienen lugar en el patio del cuarte principal; allí come el preso, allí pasa lista y allí toma el sol, aguardando la hora de fugarse, porque la de cumplir no suen casi nunca para los pensionistas del Hacho.

Dado el sistema de nuestras prisiones su construccion defectuosa, las del Hach serían indudablemente las mejores de Espa-ña, si el poder civil pudiera organizarlas co entera libertad de accion; pero como en Hacho manda en jefe un honorable capita de Estado Mayor de plazas, y los edificio son propios de la jurisdiccion de Guerra, la tierra y el aire tienen pena de la vid cuando al gobernador del Hacho le segre

ga el hígado mas bilis de la necesaria, todos los dias hay conflictos que rebajan la autoridad de los jefes del presidio; y no se puede abrir una puerta, ordenar un castigo, ni clavar un clavo, sin la venia del brazo militar, que se mete en todo, con oportunidad muy discutible.

Cuando más tranquilo está el comandante, un oficio urgente le viene á robar la calma. ¿Qué sucede? Poca cosa; que un preso ha pisado un bancal de patatas de las que cultiva el gobernador del Hacho; ó que se le han comido un pollo; ó que no permite que se abran las cuadras; ó que no dá licencia para guisar.

Por lo demás, en el Hacho se vive bien. Allí moran los aristócratas de la delincuencia, los rematados por delitos políticos, y allí vivian en 1873 los insurrectos cubanos, casi todos condenados à cadena perpétua. Estos infelices, á quienes el mundo oficial de Céuta míraba por encima del hombro, cultivaban un pedazo de terreno dentro de murallas, y le hacian producir lindamente, labrándolo al son de populares *guajiras* saturadas de ódio á España que no habia mas pedir; pero eran buenos chicos, que ni reñian ni se fugaban, y que, entretenidos en aborrecernos, aguardaban la hora en que Cuba libre les reclamase por la vía diplomática.

Un ayudante de la clase de terceros, apacentaba el criminal ganado con singular

al fácil y elemental oficio de aguador, y de otros consagrados á la limpieza de pozos negros; con mas, de los vigilantes de las puertas y rastrillos próximos, de muy capital interés en caso de fuga al campo del moro. Los inquilinos de la brigada de Barcas, son lo mas granadito del presidio, en punto à buenas costumbres. De ella salen los cabos de mas confianza y los cerveros mas fieles.

Todavía recuerdo un cabo, que habia envejecido en el penal, encargado de vigilar el paso de los presidiarios por el puente, y autorizado para exigirles un pase de que deben ir provistos para atravesar de la ciudad nueva á la vieja. Este antiguo funcionario—si el tropo no sabe mal à los que cobran por nómina—era un ente originalísimo. Su cara tenía esa expresion eternamente risueña y agradable de los sacerdotes de Baco, y era, á mayor abundamiento, manco y algo sordo, pero tan lince y avezado á su oficio, que por el puente no pasaba nadie sin pagarle una especie de portazgo del crimen. Cuando algun jefe se le aproximaba, nuestro hombre, empuñando con su única mano la gorra y la vara, atributo de su magistratura, enjaretaba un largo parte verbal de las novedades ocurridas durante el dia. En la brigada de Barcas eran muy raras las fugas; y se comprende que así sucediera, teniendo, como tenian, sus individuos, una libertad sin límites, y medios de vivir holgadamente.

Menciono la existencia de este destacamento porque no quiero olvidar ningun detalle de la vida del presidiario, ninguna pieza de la complicada máquina del presidio; pero, en realidad nada pasa en Barca que el público deba conocer, escepcion hecha de que el albergue de los presos es inhabitable, y dejando aparte el hecho constantemente observado, de vivír los reclusos en peremne contacto con ciertas gentes de la poblacion, que son encubridoras y coautoras de toda empresa siniestra y de toda acometida contra el bolsillo del prógimo.

Casi á la mitad del empinado camino que conduce de la ciudad al fuerte del Serrallo, está situado el cuartel de Jadú, donde viven libremente varios centenares de chinos, negros y peninsulares, ocupados en las faenas del campo. Unos labran el poco terreno cultivable que tomamos al moro y otros carbonean por su cuenta ó la de sus patronos. El resto, trabaja en el tejar que posee el presidio y que surte de pésimos materiales de construccion al establecimiento y á los particulares.

No me explico como los habituales pupilos de Jadú, se resignan á dormir bajo la llave precavida del capatáz que los guarda.

Desde la altura de Jadú, el Estrecho, que parece uno de esos inmensos rios americanos, mares que se deslizan, como ha dicho, no sé quién, tiene aun mas encantos. El aire, saturado de una mezcla indefinible, de los olo-

res acres de la mar y de los perfumes gratísimos del campo, parece como que excita y mueve las ocultas fibras de la libertad y de la independencia. El vecino monte africano, brinda, en sus abruptos contornos, un refugio seguro al fugitivo; y el cielo y el sol, mas sereno el uno y mas ardiente el otro, parece que cuentan al oido del pobre preso mil cosas agradable con el punible objeto de hacerle pecar.

Viven en este cuartel de Jadú, confinados que llevan extinguidas las tres cuartas partes de sus condenas. A esto se le llama, en el *caló* de la oficina, *estar en condiciones*. Y ya sea porque miran próximo, por los medios legales, el dia del licenciamiento, ya porque la mayoría inmensa de los penados es asiática, se dá el caso, increible, de que vivan á dos pasos de la frontera marroquí, sin que se les ocurra desertar.

En la poblacion, suele el confinado que anda suelto—y así andan casi todos—cometer algunos pecados contra el sétimo, pero en Jadú y en el Serrallo los robos son escasísimos, las riñas muy poco frecuentes y los desmanes de órden diverso, á que tan dado es el preso, se cuentan tambien en proporcion notable por lo escasa.

No pretendo sacar de estos datos, estrictamente ciertos, argumentos en pró de las colonias agríco-penitenciarias, pero es muy de notar el hecho indudable, de que el confinado que vive ocupado en los rudos tra-

bajos del campo, lejos, naturalmente, de los centros de poblacion, estimulado por el jornal ofrecido, que ya es una aspiracion considerable en su vida de relativa pobreza, es mas moral, mas subordinado y mas sobrio, que sus compañeros de los cuarteles.

Grandes condiciones reune el fuerte del Serrallo, para fundar una colonia de confinados á perpetuidad, que permitiera ensayar, de una manera seria, el sistema puesto en práctica en otros paises con éxito notorio; pero la importancia estratéjica del fuerte, su régimen militar y los conflictos que surgirian entre la potestad del jefe que manda en los soldados y la potestad del jefe que manda en los reclusos, hacen impracticables estas ideas, que mas de una vez me ocurrieron en mis frecuentes visitas al Serrallo.

Es este un edificio perfectamente rectangular, con tambores aspillerados y sin ninguna otra obra de defensa. En el interior, algunas cuadras, de excelentes condiciones por cierto, dan alojamiento á un centenar de presos que trabajan en las faenas agrícolas de los predios colindantes, hoy propiedad de algunos vecinos de Céuta que los recibieron á censo y sin roturar, apenas terminada la gloriosa, cuanto inútil, campaña de Marruecos.

Las inmediaciones del Serrallo son en

estremo pintorescas. Situado el fuerte en lo mas alto de la carretera militar que vá á los límites del campo cristiano, se abarca desde él ún horizonte estensísimo y encantador. Hácia el Sur, la ensenada que empieza en el Hacho y concluye en el Cabo Negro. Al Norte, las costas de España, medio ocultas por un discreto manto de brumas, que presta más interés á aquellas colinas, eternamente vedes, que se extienden desde Tarifa á Algeciras. Enmedio, las olas resonantes de Trafalgar, que fueron para nuestra marina fin de la vida y principio de la inmortalidad. Y al Oeste, el Afríca misteriosa, el Africa todavía salvaje, el Africa todavía virgen; porque los marroquíes son el pueblo inconquistable por excelencia. El tiempo que funde las razas, que mezcla la sangre, el lenguaje y las costumbres de los pueblos, no es bastante á borrar un solo rasgo carácteristico de ese pueblo tan grande y tan desgraciado; ayer civilizado y poderoso en España, hoy envilecido y enervado en Marruecos. El moro de hoy es, sin embargo, en un solo punto, el mismo moro de hace ocho siglos. Con su gravedad imperturbable, su exterior nada limpio, su andar reposado y su aspecto magestuoso, ocupa la vida en una tarea gratísima á todo marroquí: en despreciarnos, como los Dioses del cielo indio desprecian al pária miserable; de un modo olímpico y grandioso.

Cuando trate de *Los moros fronterizos*, consignaré nuevos detalles sobre las costumbres de los peligrosos vecinos de Céuta. Ahora, me esperan el cuartel de Talleres, con su aspecto de convento secularizado y la enfermería del presidio, con su menaje pobre, incompleto, casi inútil.

Quede, sin embargo, escrito, que los destacamentos de Jadú y el Serrallo, son los que mejor responden al objeto para que han sido destinados. Esto, no obstante, conste al propio tiempo, que distan mucho de la perfeccion; pues si en estos cuarteles el penado vive mejor, es mas moral y está en condiciones más propias de apreciar los efectos justicieros, pero moralizadores y benéficos de la pena,—que no debe ser jamás una venganza, sinó un cautério sábiamente aplicado al miembro social enfermo,—es por puro acaso, por mero accidente, sin relacion, la mas remota, con la voluntad del gobierno.

El cuartel de Talleres, fué, en lo antiguo, convento de frailes franciscanos. Sin mas preparativos que poner una reja de madera, donde ántes habia una pesada puerta, quedó convertida la casa de Dios, morada un dia de reverendos y obesos siervos del Señor, en mansion siniestra de los entecos y pàlidos sectarios del crímen.

No exagero. El convento está hoy, lo mismo que cuando discurrian por su extenso patio los hijos del seráfico padre. Cierto

que el olor regalado del incienso ha sido sustituido por las pestilencias *sui generis* del presidio; pero por lo demás, hasta el cementerio de los buenos frailes está en el mismo ser y estado en que ellos le dejaron, cuando la revolucion abrió de par en par las puertas de su retiro y viéronse forzados á cambiar las abundancias de la despensa conventual, por la escaséz de la nómina de las clases pasivas.

Cuando el lector sepa que no han sido aun exhumados los restos de los que allí yacian á la sazon; que las calaveras y otros tristes despojos, ruedan de aquí para allá y son hollados muchas veces, por el pié del presidiario que entra en lo que fué cementerio, hoy almacen de los productos qué el tejar elabora, comprenderá, claramente y de una vez, lo que es el cuartel de Talleres. Una casa grande, que huele mal; y punto concluido.

Yo tuve en la mano, y en mi casa durante cierto tiempo, una calavera de algun buen fraile, muerto cuando eran todavía dueños de aquella santa casa. La ví rodar entre unas macetas y unos cántaros, impelida por el pié vigoroso de un preso, negro de la Martínica, condenado por robo, y me la hice entregar. Tenia aquel mísero despojo, un agujero, perfectamente redondo, en la region conocida con el nombre vulgar de la *coronilla*, que me llamó la atencion. La examiné detenidamente, pensando descubrir

las huellas misteriosas de un crimen como el que ha servido á Pedro A. de Alarcon para escribir su preciosa novela *El clavo*; pero aquel frio pedazo de cal permaneció mudo, y despues de darle hospedaje, durante algunos meses, en mi propio cuarto acabé por devolverla á la tumba profanada de donde habia salido. Yo no alcancé jamás el porqué de la existencia de aquel agujero, tan limpio, tan perfecto, en la inofensiva cabeza de un padre mendicante; pero los confinados que presenciaron mí resolucion de llevar el triste despojo á mi casa, no se esplicarán nunca aquel extravagante capricho del Ayudante primero.

Holgaría perfectamente en la puerta de Talleres, como en las de todos los demás cuarteles del presidio, el terrible

Lasciate ogni speranza

que vió el Dante en el umbral tremendo del infierno. Los que viven en Talleres—unos cien presos próximamente—lo pasan bien, entregados al trabajo unos, y adiestrándose otros, en las oficinas, en los misterios de la caligrafía, y del estilo oficial, para operar, despues, en grande escala, en ese reprobado comercio de las estafas llamadas *entierros*.

Los talleres, propíamente dichos, son; el taller de zapatería; una espaciosa sala donde trabajan, lo peor que pueden, hasta veinte díscipulos de San Crispin; el taller de herrería, regentado por un preso de ca-

dena perpétua, que machaca sin cesar el hierro candente, sin dar señales de que el recuerdo de su crimen le machaque á él su propia conciencia; el taller del hojalatero, fundidor, tornero de metales y otros excesos, que poca obra produce, aunque mala; y el taller de carpintería y sillería, situado en una sala húmeda, y sin ventilacion. El carpintero, se ha delicado á una especialidad, que desempeña bastante bien; á la construccion de baules-mundos, sólidos, bonitos y baratos. La industria principal de talleres, es la industria del hueso labrado y torneado, á cargo de un preso de cadena perpétua tenido en mucho por su habilidad, que, aquí para nosotros, corre parejas con su mal gusto. Cuando vea usted por la calle un baston con puño blanco, monumental, churrigeresco-depravado, diga usted sin temor de equivocarse: esa es obra del presidio; porque todos los objetos que produce el trabajo del confinado, tienen un sello especial y característico, incapáz de confundirse con la industria sin penas accesorias. Por lo demás, *el huesero*, como le llama todo el mundo, vive muy lindamente alojado, y en familia, lo cual será, indudablemente, muy humanitario, pero no es ni á medias conveniente.

En Talleres se desarrolló todo el drama de mi administracion, y asi no es extraño qué me detenga á describir minuciosamente sus dependencias.

En los bajos, ademàs de las oficinas descritas, están situadas la barbería, la cocina y el calabozo; pequeñas las dos primeras, algo mayor el último y todos indecuados.

El piso principal, y único, de Talleres, lo ocupan las oficinas de la Comandancia, de la Mayoria y de la Ayudantía primera; las habitaciones del ayudaute y de un capatáz, y una prolongada cuadra, donde se alberga la brigada, que no està, por regla general, compuesta de muy malos chicos.

Yo no quise usar los pabellones que me estaban destinados, por otra parte perfectamente inhabitables.

Verdad es que los rendimientos para el Estado son casi nulos, pero menos deberían producir los talleres así montados y tan pésimamente regidos; hasta tal punto, que sobra el cargo de inspector de labores, porque allí no se elabora, ni cosa que lo parezca.

Estos pujos de organizacion anglo-americana en los talleres, hacen reir. Partiendo del principio de que ni útiles. ni local, ni medios para trabajar, tiene el confinado, existe, además, el mal gravísimo de que este sale, entra, contrata libremente el precio de su trabajo, y lo cobra, guarda y administra.

Hoy, sería una crueldad despojar á los presidiarios del dinero que poseen, porque equivaldría á condenarlos á morir de ham-

bre, dada la deficiencia de los alimentos que se le suministran por contrata, pero en buenos principios de policía penal, no puede aceptarse que el recluso posea sumas de relativa consideracion.

Con los medios de sobornar, vienen las fugas, el juego, las riñas, y la copiosa introduccion del aguardiente en los cuarteles, introduccion que se advierte, despues que una lucha de grandes proporciones ha quitado la vida á dos ó tres de aquellos infelices.

Vea, pues, el lector, como el convento de franciscanos de Céuta, dejó de ser convento para convertirse en la caricatura de los talleres penales, que tanto bien moral y material reportan en otros países, donde hay menos oradores y muchos mas estadistas.

La enfermería del presidio, ocupa un edificio espacioso, ventilado y de excelentes condiciones higiénicas. Pero, como todo es imperfecto allí donde nuestra administracion pone su mano, está la enfermería detestablemente organizada y miserablemente dotada. En el salon principal, los techos son *de teja vana*, de tal suerte, que en verano es tan elevada la temperatura, que llega á influir funestamente en el estado de los enfermos. Los intrumentos quirúrgicos, son pocos y malos. Las camas escasas y fementidas; el material todo, insuficiente, y viejo.

Parece que el presidiario de Céuta está organizado *ad hoc* para vivir y respirar en unos medios que serian mortales á séres medianamente sensibles. Ya he dicho, en otro lugar, que en los cuarteles no reinan el tifus y las epidemias por un patente milagro. Añadiré ahora un detalle, que el público apreciará en toda su horrible importancia. En la enfermería del presidio no hay sala de autopsias. Cuando es necesario investigar las causas que han producido la muerte de un infeliz penado, se tiende el cuerpo frio sobre una mesa forrada de zinc, igual á esas que sirven á nuestros pescadores para exponer sus mercancías, y en un cuarto sin ventilacion, pequeño, mas pequeño que nuestros gabinetes, y que nuestras alcobas, sin usar desinfectantes, porque no los hay, y si los hay cuestan dinero, y si cuestan dinero, el contratista tiene muy buen cuidado de no facilitarlos, se procede á la diseccion del cadáver. La limpieza de la habitacion donde este drama se desarrolla, es muy problemática, antes y despues de terminada la solemne operacion, no siendo extraño, ni imposible, que de una vez para otra queden recuerdos, y huellas repugnantes, en el suelo y en las paredes.

La enfermeria del presidio, causa poquísimas estancias. No suelen los penados encamarse mas que cuando van á morir ó en

casos de gravedad, muy poco frecuentes por otra parte, pues ya he dicho y repetido, hasta la saciedad, que el clima tiene en Ceuta total empeño en sacar incolumes los principios de salubridad, harto comprometidos por la falta de aseo en el interior de los diversos cuarteles, donde se alberga un contingente que no bajará de 3.000 hombres.

Y con esto, pongo fin à las descripciones, de la que yo ofreci como mi casa, durante un año bien cumplido.

V.

La poblacion penal.—Chinos.—Negros cubanos. Andaluces.—Aragoneses.—Los reos políticos.

El defecto de organizacion del presidio, se existiende á todas las esferas. Desde las oficinas, regentadas por presos, hasta las brigadas en que viven confundidos todos los caracteres, todas las costumbres, y las aficiones todas,—con ser tan varias—de las diversas provincias y regiones de la península, proclaman, bien alto por desgracia, la anómala, torpe y perniciosa manera de ser del primer establecimiento penitenciario al de España.

La poblacion penal, vive, dentro del presídio, amontonada al acaso, sin que ma-

no inteligente y discreta la separe ni clasifique.

No se me diga que pido una federacion de presidiarios, al pedir que vivan juntos, que juntos trabajen, y que bajo un mismo techo duerman, los penados de provincias hermanas. Esta separacion, no es óbice al movimiento de unidad de la patria; que por otra parte, no puede tener dentro del presidio los alcances políticos que se le atribuyen y tiene en realidad. Si á la estadística, esa madre de la verdad, se diera culto en el penal de Ceuta, concediendo á la observacion y al estudio la capital importancía que realmente tienen, notaría el mas distraido, que en todas las colisiones sangrientas del presidio, el agresor y la víctima son siempre de distintas regiones. Y se comprende. Obligados á vivir en contínua intimidad el navarro, rudo, terco, pagado de su estóico valor personal, y el andaluz, ligero, frívolo, epigramático, que se cree un héroe con su valor intrèpido súbito y ciego, brota la chispa al menor brusco contacto. Una frase, una copla intencionada, un ademan burlesco, bastan para que aquello séres sin educacion, llenos de virgenes pasiones feroces, se maten como perros.

Y no se diga que las ideas políticas ó religiosas no influyen ni son parte à fomentar ódios y divisiones entre los presos, dado que estos carecen, en la inmensa ma

yoría de los casos, de toda instruccion. El andaluz es un tantico volteriano sin darse cuenta de ello, y liberal hasta mas allá de la médula, de un modo inconsciente y burdo; mientras el aragonés, el navarro, el vizcaino, y el valenciano, son carlistas, fanáticos y supersticiosos. Estas citas son hechas con el exclusivo objeto de indicar al lector algunas de las fuentes de donde brota ese antagonismo que es necesario esterilizar, haciendo que la vida en comun sea en el presidio fácil y amable y nó motivo ocasional de luchas contínuas y sangrientas.

Por otra parte, hay cierta comunidad de sentimientos que debe ser explotada en provecho del preso y en provecho de su moralidad y de su disciplina. Cuando se vuelve del fatigoso trabajo del campo ó de las fortificaciones, entra por mucho para el soláz bienhechor de un espíritu trabajado por todas las aflicciones, y de un cuerpo agobiado por todas las fatigas, hallarse entre compatriotas, que recuerdan con su acento, con sus cantares, con sus costumbres y con sus gustos, la casa donde lloran los hijos huérfanos de derecho, y las mujeres jurídicamente viudas. Descartando todo romanticismo político de mis disquisiciones sobre la vida en el presidio, estoy presuadido de que los fines de la pena deben ir derechamente á cambiar el modo de ser moral del sentenciado. Esto se consigue

por medios indirectos; jamás haciendo violencia sobre las personas de los confinados, que son, por regla general y casi sin escepcion, de tan brava ralea, que se dejan aniquilar sin enmendarse; precisamente el extremo opuesto á la mision encomendada por ministerio de la ley á la institucion presidio.

Enmedio de la poblacion penal europea, una organizacion defectuosa ha puesto á los chinos, que son pacientes y subordinados, aunque vengativos. El resto de los confinados desprecia á estas pobres gentes, pero explota su pasion decidida por el juego; y si bien es verdad, que jamás es víctima el chino de atentados sèrios contra su persona por parte, de un europeo, suele, de vez en cuando, llevar muy sendos golpes que se cura en silencio, convencido de su inferioridad; pero jurando vengarse por los sagrados manes del Confucio: juramento que, por otra parte, cumple siempre, porqce el chino que es de ordinario fementido, procede como un hombre de palabra en lo que toca á sus promesas de venganza, así tenga que lavar, por todo agravio, una sonrisa que á él le ha parecido epigramática.

El chino, viviendo en comun con los penados europeos, es una nota irreducible al pentágrama, un obstáculo permanente, donde choca, una y otra vez, la iracundia de los presos que no pertenecen á su raza; un aditamento que huelga, perfectamente, allí

donde no deben existir obstáculos para la vida ordenada y disciplinaria; porque, no se confunde jamás, ni el chino se amalgama nunca con el resto de la poblacion penal; de tal forma, que solo entre sí se comunican, haciendo muy difícil toda clase de medios para dar unidad á las funciones del presidio. El chino no tiene interés alguno en cumplir, ni cosa que le llame, ni medios de regresar á su país, ni lazos que le hagan la vida amable, ni hora hábil para arrepentirse, porque todos ellos han delinquido no saben como, y han sido juzgados no saben por quién. En resúmen; que el chino pasa por el presidio sin que sea posible que se penetre de la necesidad en que está de purgar sus delitos: se somete, sí, pero no acaba de comprender nunca que sea cosa corriente en un país, que ellos llaman bárbaro, eso de castigar por un robo ó por un asesinato.

Deduzca de aquí el lector, hasta qué punto es inconveniente la presencia de la colonia china entre los pensionistas á *fortiori* del presidio de Ceuta; pues yo, fiel á mi programa, le dejo íntegras todas las soluciones.

Ménos numerosa que la gente china, es la gente negra; pero suelen prosperar sus indivíduos con mas fortuna que los hijos del Celeste imperio. Como estos, el negro ha recibido el bautismo *pro-fórmula* allá en Cuba, cuyas audiencias son las senten-

ciadoras de unos y otros. Todos so
lo general, agricultores, salvo pre
ejemplares que viven dedicados al c
de las artes culinarias, con tanto éxit
dudo que haya, en los paises don
charcutería, pastelería, repostería y
ramos de la ciencia gastronómica,
de merecida importancia, organizacione
adecuadas para ejercer ese sacerdoci
entendido y muy calumniado, que s
presa con este verbo sustancioso por
extremo: *guisar*.

Volviendo á la realidad de la vida,
que el negro goza en el penal de
de consideraciones que están vedad
chino; porque si éste tiene el monopo
los servicios domésticos, y es cocinero
da de cámara, planchador, niñero, el
ha sabido ser *guapo*, aunque parezc
posible.

El país de los penados está dividi
dos monarquías absolutas, aunque elec
los andaluces, bando formado por ext
ños, cubanos, malagueños, granadino
ditanos, jienenses (naturales de Ja
murcianos; y *los aragoneses* por los
lanes, valencianos, vascongados, arago
y castellanos, con mas los hijos de
otra provincía no incluida en el pact
daluz. De cada una de estas grande
cionalidades, es jefe absoluto é invio
un preso que ha hecho con anticip
sus pruebas; porque á tan alta magistr

no se llega sin ser una celebridad en la esgrima de la navaja, y sin poseer un nombre respetado y una historia negra sobre toda ponderacion.

Rindiendo debido vasallaje al método y para evitar repeticiones, me reservo, hasta el capítulo que trata de *Los guapos*, la monografía de este personaje,—tan capital y tan influyente en el presidio de Céuta,—de que hago mencion accidental para explicar mejor la manera de ser de la poblacion penal y el fenómeno realizado por un negro, que elevándose á la categoría de *guapo*, redimió su raza y la hizo capaz de alternar en el porvenir, con los valientes de piel blanca.

El negro Dolores, de quien todavía guardan recuerdos simpáticos los romanceros populares del presidio, era un Apolo de ébano. De cuerpo gentil y de mirada penetrante y viva, su ángulo facial, léjos de dar señales inequívocas de la inferioridad intelectual de los de su raza, denotaba unas facultades mentales de primer órden. Así era en efecto. El negro Dolores poseia una instruccion menos que mediana, pero una inteligencia mas que superior. Vestia con elegancia un traje que no era absolutamente el del presidio, y en sus ademanes habia tal sello de distincion y tales detalles de finura que le hacian parecer un *gentleman*, disfrazado de negro por un

rasgo de extravagancia británica.

El negro Dolores tenia, sobre todas buenas cualidades de preso, una adhe sin límites á los jefes del presidio, que recompensaban haciendo, en lo posible, nos penosa su suerte.

Nuestro héroe, que extinguía una me condena por homicidios cometido la Habana, midió sus armas con el je los *aragoneses*, le venció en un comba tánico à puñaladas y desde entonces f jefe reconocido de los *andaluces* á qu pertenecía por su procedencia.

En el negro Dolores todo era co miento. Al verle por vez primera, no plicaba uno que aquellas blancas esfer sus ojos tan dulces y expresivos, pud tornarse en encendidas brasas alimen por la ira; ni como aquellas manos peq y bien formadas tenian el privilegio ho do de repartir la muerte en golpes sie certeros. Pero ello sucedia así, y yo consignar que el negro Dolores era á un leon y á veces un cordero.

No recuerdo porqué causa, Dolores una justicia en pleno patio del cuartel cipal. Sus enemigos los *aragoneses*, qu habian podido vencerle con el hierro cretaron su muerte, cansados ya de q tiranía de un hombre se opusiera á tres mil; y la comandancia del penal, tuvo noticias de que se conspiraba séria te contra la vida de Dolores, le reclu

un calabozo del Hacho creyendo sustraerle á las asechanzas de sus enemigos, y esto fué lo que perdió al pobre negro, que en pleno patio del cuartel principal, con la aureola de sus hazañas sobre la tostada frente y la expresion grandiosa de sus actitudes, hubiera impuesto á sus enemigos concluyendo por vencerlos.

Dos aguadores del bando *aragonés* fueron los encargados de dar muerte al *guapo andaluz*. Penetraron en el calabozo á tiempo que Dolores escribía de espaldas á la puerta, y le dieron dos puñaladas mortales, apelando precipitadamente á la fuga. La víctima pudo hacer un esfuerzo supremo, gracias á su increible energía; y moribundo, sin armas, sin mas auxilio que la vacilante fuerza de su brazo, alcanzó á sus asesinos, los acogotó lindamente, y los hubiera hecho trizas sin la intervencion de los empleados que acudieron atraidos por el tumulto. Poco despues dejó de existir el negro Dolores, si bien el recuerdo de sus hazañas constituirá siempre el mejor capítulo de la historia hablada de los *guapos* del presidio.

Se ha notado que las mas egregias personalidades de la *guapeza* corresponden al bando *andaluz*. Hombres de valor probado, Aquiles de entrañas un tantico perversas, posee el bando de los *aragoneses*, pero la notoriedad que los *andaluces* dan á sus altas prendas de valor personal, su carácter

alegre, sembrado de rasgos generosos y miserables, para que el claro oscuro y el contraste sean mas salientes en estos caractéres protervos, y un nó sé qué misterioso é inesplicable, que parece reivindicar para Andalucía y sus hijos la epopeya del crímen, otorgan al guapo *andaluz* de hecho y de derecho, el cetro de la celebridad en Céuta y en todos los demás presidios de España.

Hay que verlo en aquel nunca bien celebrado patio del cuartel principal. El andaluz jamás está conforme con la construccion que á las prendas de su equipo dan los sastres del presidio y apenas halla la ocasion se hace recortar la chaqueta y ajustar los calzones. El aragonés jamàs se ocupa de su tocado; siempre sério y siempre siniestro, pasea callado y pensativo; mira de reojo y toma acta de la ofensas para cobrarlas á más largo plazo, si no se las pagan á la vista. El andaluz siempre está pidiendo; el rancho le parece malo todos los dias;—y lleva razon que le sobra--constantemente tiene un motivo de agravio. El aragonés permanece callado sín exponer sus quejas; pero cuando ya no quiere sufrir más, promueve una insurreccion á la que se agrega con el mayor gusto el andaluz; porque eso sí, fuera y dentro del presidio, nos seduce el barullo. Cuando un andalúz quiere exponer sus quejas, lo hace siempre de palabra, y empieza invariable-

mente con esta formula: *Mi comendante.* En cambio, el aragonés eleva por el mas pueril motivo un pedimento en forma, que enjareta, con punible síntaxis, el retórico de su brigada.

No quiero que el lector me suponga enamorado de mis paisanos hasta el punto de sacrificarles mi imparcialidad. Debo, si, relatar mis impresiones y las relato tales como son ellas. El confinado que pertenece al bando andaluz es más gobernable digámoslo así, apesar de su exterior tumultuoso y dado al escándalo.

Por cada cien confinados de otras regiones que apelan á la fuga, quince, si acaso, son andaluces; porque entre cien presidiaríos de cadena perpètua, noventa pertenecen con seguridad al bando aragones;—fenómeno que se explíca teniendo presente que los homicídios cometidos por los andaluces, casi nunca son homicidios calificados por circunstancias agravantes; mientras en las hojas histórico-penales de los aragoneses, siempre consta que al delinquir obraron con premeditacion, ensañamiento, y alevosía.

Sin embargo, el lector que suponga que uno de nuestros héroes es mejor que el otro, se equivoca grandemente. El hacinamiento en que el presídio los tiene, los hace á todos malos; pero yo debo citar las condiciones en que, á juicio mio, pudieran aprovecharse las disposiciones buenas de los

confinados, si es que las tienen en el
hecho de haber merecido una de las
mes condenas que abren las puertas de
sidio de Céuta.

Los cubanos han sido condenados
totalidad por el delito de insurrecci
pertenecen por lo tanto á los reos d
ráctér político. Bajo este punto de
el presidio de Céuta es á medias d
tuoso. Cierto que tiene separados á los
políticos de los reos por delitos com
pero en condiciones inadmisibles. D
del Hacho un cuartel aparte sirve d
rada á los primeros; pero no por es
evita el contacto, no por eso el delin
te que ha matado ó que ha robado,
de odiar al que por todo crímen ha
metido el de abrazar la causa de una
política, por mas que esta represent
verdadero crímen de lesa pátria.

Pero como no es mi propósito hac
programa político, ni un curso de p
dismo liberal, pidiendo desde las plan
esta obrilla lo que la opinion pide desde
mucho tiempo, establecimientos exclu
mente dedicados á contener reos polí
hago constar que en Céuta existen
abusos en órden á los confinados pol
y que estos abusos son: el de hacerle
vir recluidos en el Hacho en perenne
tacto con la flor y nata del bandidaj
pañol; y el de permitirles que vivan
ciudad establecidos en casas particula

en compañía de sus familias, lo cual es desfigurar la naturaleza de la pena y quebrantar la sentencia de los tribunales, que en ninguna parte como en el presidio merecen acatamiento y ciego respeto, si los que por su mala suerte tienen que regir y gobernar esos paises de la culpa, han de apoyarse en algo sólido é indiscutible.

Y con rogar al lector que me dispense estas defectuosas filosofías, doy fin á este capítulo y comienzo al que ha de sucederle.



VI.

Céuta oficial.—El Municipio, la Iglesia y la Milicia. Multiplicidad de mandos y atribuciones.

Pequeña, relativamente, es el área de Céuta, pero dentro de sus muros vive el mundo oficial mas grande y complicado que se conoce.

Administrativamente, Céuta no es una colonia al uso de Filipinas y Cuba, y apesar de que está situada fuera de Europa y en otro continente, su asimilacion á la península es perfecta, salvo en lo que á Aduanas se refiere, pues goza de franquicias comerciales muy importantes, que la convertirian en otro Gibraltar á ser posi-

derecho de ciudadania, y sus notas cómi
para fin de fiesta, pues aquellos pacífi
y leales vecinos habian de llevar, por ór
de la autoridad excelsa, un farol encend
en sus excursiones, visitas, ó paseos n
turnos.

Céuta luchó contra su tirano, y no
cuerdo si venció ó fué vencida; pero
el pronto no hubo mas remedio que
var linterna, pena de cárcel ó de algo
afrentoso.

Comprendese que en lo militar, y co
plaza fronteriza de guerra, tenga el Com
dante general de Céuta las atribuciones
herentes á un mando técnico y lleno
responsabilidades; pero los gobiernos d
Metrópoli deberian ocuparse en trazar
línea que separa al soldado del tirano,
co medio de que Céuta prospere sin
noscabo de su importancia estratégica.

No estoy muy bien informado de la
ganizacion eclesiástica actual de Céuta, a
que creo que la administra apostólicame
el Prelado de Cádiz, pero sé que otras ve
fué la plaza Sede de un Obispo *in pa*
bus y que hay canónigos y básilica,
entera independencia del clero castre
único estremo en que el brazo militar
ha podido sojuzgar á Cèuta.

Nuestra Señora de Africa,—así se lla
el tempo catedrálicio de Céuta,—es, p
por singular escepcion, el único predom
civil subsistente en aquella plaza, dond

militarismo lo llena todo. A nuestra Señora de Africa van los Comandantes generales á ofrecer su baston de mando á la Reína del cielo, sirviendo esta ceremonia de dedada de miel que gusta con singular fruicion el paisanaje; pero como al cabo las ceremonías no pasan de ser ficciones, si el General entrega un baston, se queda con el sable.

Para que todo sea anómalo y singular en Céuta, se dá el caso de que ni aun el militarismo absorvente ya ha podido ponerse de acuerdo en la cuestion de mandos; y si el Comandante general tiene atribuciones especiales, tienenlas tambien los jefes de artillería é ingenieros, verdaderamente exentos é independientes dentro de la organizacion militar.

Como quiera que yo no tengo la obligacion de mantener con mi dinero el complicado artificio de la Céuta oficial, declaro que, despues de todo, me importa poco que las cosas sigan como estaban—y no se que hayan variado—en 1873.

He hablado de estas materias, y las he dedicado un capítulo entero, porque á mi juicio urge desenvolver los grandes elementos de vida que encierra Céuta, y esto no se consigue mas que llevando allí la ciudadania en toda su integridad; robusteciendo la vida civil de aquellos ciudadadanos; constituyéndolos como están constituidos en todos los pueblos de España, aun los que

son plazas fuertes; y dando trazado al elemento militar un centro único, sin que esto signifique lesion para las facultades escepcionales que en caso de guerra corresponden al jefe de una plaza fronteriza.

De otro modo, Céuta seguirá siendo un organismo tísico, y huelgan por completo las franquicias nominales, y el carácter civil, enteramente finjido, que tiene, mas como causa de conflictos, que como derecho perfecto de libre posesion y regular desarrollo.

VII.

**Entremos en materia.—El «buen preso».
Los cabos de Vara.—Los «volantes».—La disciplina.
Por un cigarro.**

Perdone el lector, sí en mi deseo de que conozca bien el escenario donde ha de desarrollarse esta tragi-comedia, me he detenido un poco en ciertos detalles secundarios, pero que contribuyen eficazmente á dar realce á los sucesos de que fuí testigo y actor en Céuta.

Ya conocemos la ciudad amurallada y convertida por estension en un gran pátio del presidio, por que en realidad los reclusos están casi todos diariamente en la calle; ya sabemos como funciona la autoridad y, á que

engranajes está sujeta la máquina
allí, donde todo el mundo es algo f
nario del Estado, activo, pasivo ó en
tativa de serlo; ahora, entremos de
mente en materia, para no dejar ya
mano en lo sucesivo al pensionista d
sidio.

En cualquier ciudad de España do
vecindario tuviera que codearse con
de los confinados, con los delincuent
empedernidos, con los reos de mas en
delitos, no habria momento de tranqu
ni medio de vencer, por el pronto,
pugnancia de las gentes honradas
cuentar el trato de los que la socie
apartado de sí como gérmenes de
gangrena.

Yo no sé lo que ocurriria en Cé
principio de su vida presidial, pero me
ta, en cambio, que al presente, se tie
mo la cosa mas sencilla el contacto c
forzados.

Los presos van y vienen como los
seuntes de bien, sin que nadie se fi
ellos, sin que nadie rehuya el enc
sea cualquiera el paraje en que se
fique, y sea cualquiera la hora del
de la noche en que el encuentro
lugar.

Pero hay algo mas que esto, y e
el confinado tiene abiertas de par
las puertas del hogar de todos los v
de Ceuta, y mas particularmente

aquellos hogares donde hay medios de sostener una adecuada servidumbre.

El confinado lava y plancha la ropa blanca, sin que pierda mas prendas que una lavandera de buena reputacion. El confinado se emplea en las faenas domésticas, encomendadas generalmente á la mujer en España, y vá á la compra, friega ó aljofifa el suelo, hace recados, vive en familia con sus amos, y lo que es mas estupendo, cuida con tierna solicitud de los niños que se le confian.

Nadie pregunta á aquellos hombres por sus delitos, pero todo el mundo sabe que son reos de asesinatos y robos con violencia en cosas y personas; y sabiéndolo, mientras el presidiario no cometa un desman, todo el mundo le llama *buen preso*; esto es: fiel, sobrio, trabajador, respetuoso é inteligente.

De vez en cuando, el *buen preso*, como la gata vestida de seda de la fábula, se acuerda de lo que es, siente despertarse sus apetitos criminales, y roba ó comete otra barrabasada; pero estos casos son poco frecuentes, y yo puedo asegurar que en mas de un año no pasarian de tres ó cuatro los presos contratados en el servicio doméstico, que dieran que hacer de nuevo á la justicia.

¿Qué significa esto? ¿Arrepentimiento? ¿Correccion? De ningun modo. Todo preso

rojos en las boca-mangas, y empuñan
cio garrote, al cual deben los jefes
cos servicios, decisivos y salvadores e
chos casos.

La honorable é importante clase
bos de vara, se compone de cabos
nos, cabos efectivos, y cabos *volantes*
cabos interinos se hacen de presos q
nen condiciones de energía y subordin
pero que por estar condenados á pen
pétuas, ó por no haber mediado la
na temporal, no pueden ser propues
Ministro. Los cabos *volantes* se llam
no precisamente porque vuelen, aunq
hay tan listos que nó necesitan ala
perderse de vista, sinó porque se
en diversos servicios, ya dentro, ya
de los cuarteles, y salen y entran lib
te, sin que con ellos recen las medi
vigilancia.

En los altos centros oficiales, desd
de algunos hombres políticos, much
ces de carrera improvisada, se ha
ilusion de que dirijen los presidios
paña, créese que el cabo de vara
institucion útil é indispensable en
régimen penal, y no hay tales carne
cabo es el que permite, por un cort
pendio ó por la presion de un *guap*
entre el aguardiente en el penal, q
reclusos vayan provistos de facas,
concierten y realicen las fugas, que
so salga subrepticiamente del cuarte

se juegue en las brigadas, y que se cometan otros desmanes que sería prolijo enumerar.

Verdad es que el cabo, por la cuenta que le tiene conservar su canongía, se pone del lado de los jefes cuando hay que restablecer el órden por medios violentos, pero en buenos principios de policía penal, el cabo de vara es una rueda inútíl, y su existencia perniciosa. Se le debe sustituir por vigilantes no penados, que tengan conciencia de sus responsabilidades y especialísimas condiciones de valor personal, unidas á un sueldo decoroso que les haga huir de las tentaciones; pero como yo, ni en sueños, puedo creer que llegue el dia de la regeneracion correccional de España, apunto la idea y sigo adelante sin que me aflija el convencimiento de que no ha de fructificar la que tengo por buena semilla.

En mis mocedades, tan exajeradas como fogosas, tenia yo por cosa depresiva la disciplina, equivocando el concepto de la libertad individual, que desaparece de derecho en determinados casos, y siempre que se trate de regir ordenadamente colectividades. Hoy dia es, y sigo manteniendo una independencia bravia que me inclina á hacer lo que quiero, bajo mi responsabilidad siempre, y á resistir lo que no es de mi gusto, así constituya el deber supremo y la conveniencia mas positiva. Soy un poquito cerril, lo reconozco y confieso sin molestia, pero

lo era aun mas, allà por el año de gracia de 1873, en que mis ideas no se habian cambiado mas que á medias; pero desde que hice mi aprendizaje en Çéuta, comprendí la necesidad eventual de la tiranía, y lo imprescendible de sustituir á una discordante suma de voluntades, la unidad imperiosa de la obediencia pasiva, sin que en ningun caso pueda tolerarse nada que tienda á alterar las bases sobre que descansa la necesidad de obedecer.

Figúrese el lector 3.000 hombres de pelo en pecho, donde hubiera gérmenes de iniciativas individuales, aun prescindiendo de la triste cualidad de mis corrigendos de Céuta, y apreciará la esencial que es mantener el rigor hasta en los detalles mas nimios.

El preso que fuma en presencia de sus jefes, está en camino de cometer otro desacato de mayor cuantía, y ya en el plano inclinado de los actos familiares, se pasa á las rebeldías y á los atentados con facilidad pasmosa.

Ridícula parecerá á los espíritus emancipados, la actitud en que el militar se dirije á sus superiores, pero en estas mecánicas está el secreto de la obediencia y de la disciplina, aplicable por estension lo mismo que á las relaciones de los gobernantes con los gobernados por autoridad delegada, que á la imposicion de esa autoridad respecto de hombres privados de libertad y de derecho.

Yo entré en Céuta con una dósis tremenda de romanticismo liberal, pero al poco tiempo una voz secreta me avisó al oido: el dia que un presidiario te hable con la gorra encasquetada, al siguiente te abofeteará, porque la progresion de la indisciplina es vertiginosa; y vease la clase.

Un ayudante, anterior á mi época, oyó en el patio del Cuartel principal, la queja de un penado que le hablaba con un *chicote* en los lábios.

Fuera inadvertencia, fuera bondad del funcionario, nada dijo á su subordinado, pero este, al dia siguiente, volvió á hablarle fumando, y aun le incensó con el humo de la *tagarnina*. El Ayudante, entonces, dió al preso un golpe en la mano, y le tiró el cigarro, sin mas consecuencia por el momento; pero al otro dia, el preso volvió á presentarse á su superior con un pretesto cualquiera, y fumando otro *chicote*, que el Ayudante le quitó de la boca de una bofetada. Pocos segundos despues, el Ayudante había recibido multitud de puñaladas, sin que el preso le diera tiempo para hacer uso del rewólver, y tras una horrorosa lucha con la muerte, el herido falleció al fin, y el preso, que lo era á perpetuidad, no sufrió lo mas mínimo con que el Tribunal Supremo de Guerra y Marina doblase su condena, puesto que á la vez no le proveia de dos vidas para estinguirla.

Así las cosas, figurese el lector la agra-

dable sorpresa que yo recibiría al v
pinadamente delante de mi mesa á u
so, con la gorra de vivos amarillos
y lanzando azuladas nubes de humo
cigarro que paladeaba con fruicion.

Yo no sé de donde pude sacar
cejon de bajo cavernoso, como aque
ronco y enérgico de Valero en *Ba*
cuando dice: ¡*Nadie le toque*!!! per
fue que dí el grito, que el penado
deció, y que se le cayeron simultánea
la gorra y el cigarro, quedando en
titud mas humilde.

Tentado estuve de coronar mi
con un buen sopapo, pero preferí ser
de á voces solas, y suprimí el acon
miento de cogotazos, por dos razon
primera, porque no tuve el valor nec

La segunda puede suprimirse, com
pletamente ociosa.

VIII.

La vida en los cuarteles.—Los «novatos.»
Venús y Baco.—Recuerdos de Sodóma.

En el presidio de Céuta, se hace la vida mas genuinamente española que se conoce. Se toma el sol, se pasea, se come, se bebe, se duerme, y no se trabaja mas que cuando los *negocios* estan malos, à reserva de volver á la holganza en cuanto el preso recibe subsidios, bien de su familia, bien de los robos, secuestros y estafas en que está interesado como sócio industrial de las diversas comanditas criminales, que casi libremente funcionan en toda España, ó que por lo menos gozan de una impunidad su-

perior á toda la inteligencia polícia
península.

Despues de la profunda trasforma
han sufrido la legislacion y las cost
todavía rigen en España las ordena
presidios del siglo pasado, uno de
mas previsores y científicos precep
el de que los confinados rezaran el
tres ó cuatro veces al dia. Hoy q
contadísimos los presos que saben r
caido en desuso esa práctica religio
ro al propio tenor es letra nuest
todo lo demás que prescriben las o
zas, y el régimen de policía den
presidio es puramente discrecional
trario.

Al salir el sol, el preso deja *las*
plumas; se lava el que quiere, y so
pocos los que tienen interés en el a
su persona; los que *á fortiori* ó p
lucro particular tienen que ir al tr
salen en grupos ó sueltos, y no llega
destino sin tomar *la mañanita* en l
bernas del tránsito, acto en verdad
pable, porque el Estado no dá mas q
fementidos ranchos, y el desayuno
se desconoce completamente; y por
los que huelgan, los reclnidos en el
tel, y los que aguardan á que avan
dia para salir de paseo ó para ocupar
negocios propios, se quedan en casa
citados por el aguardiente que nunca
y fumando distraidos mientras el sol và

deando el desmantelado cuartel, y se adoba en la cocina el rancho de la mañana.

Ni ejercicios de gimnasia higiénica, ni baños, ni lecturas, ni nada que trascienda á método racional, se conoce en el primer establecimiento penal de España, cuyo jefe tiene V. S. por derecho propio, sueldo pingüe, gratificacion para caballo y categoría de jefe de negociado de administracion civil.

En la uniformidad monótona de dias y años ociosos, en el continúo vagar del perturbado espíritu, el preso, ó se amodorra intelectualmente y se hace idiota, ó se adiestra por arte singular en las prácticas del crímen bajo todas sus manifestaciones.

El confinado de Céuta, vá de cuadra en cuadra buscando su media naranja; charla en los corrillos; juega á las *chapas* ó al *monte*, con la aquiescencia de los cabos, y aun de algun empleado de mas preclara estirpe, que hacen tambien su *apuntito*; pasea á voluntad por el patio, cuando no halla medio de salir á corretear la poblacion, cosa muy fácil; y goza en fin de todas las delícias de una vida libre y holgazana.

El preso duerme todas las horas que gusta, canturrea á voz en grito, se comunica con las gentes del esterior, y hasta se dedica al comercio y á la ganadería dentro de los cuarteles, como probaré mas adelante.

¿Puede corregir, la existencia en una
sa sujeta á tan blando y abusivo régim
De ningun modo; y los que creen qu
delincuente espia su delito en España, y
los tribunales aplican condigno castigo al
envian á Céuta, se equivocan lastimosan
te, como ya he apuntado en el prefacio de
te libro.

A mí se me conoce lo suficiente
que pueda yo temer que se me tenga
un hombre de carácter duro y despiad
pues bien, yo declaro que el sentime
lismo que generalmente inspiran los
graciados qne pierden con la libertad la
sonalidad jurídica, es baldio por compl
Se necesita que el penado sea de in
muy perversa y brava, ó que posea
poca malicia y menos alcances, para qu
vida dentro del penal de Céuta inspire
tima con justicia; en el primer caso,
que habrá de sufrir duros castigos; e
segundo, porque será objeto de todas
violencias y explotaciones. Cierto que
tésis general, la condicion del delincu
merece lástima, y es azás precaria,
esto obebece á leyes de moral eterna,
moral cristiana, y es independiente del
sidio y anterior á la condena. El pres
no redime, ni corrije, ni educa, ni mo
ta: tal es la pavorosa série de afirma
nes que pueden sentarse, despues de v
de cerca.

El arribo de una conduccion de nue

presos, es siempre un acontecimiento en el presidio.

Si son *transferidos*, es decir, si son criminales viejos de otros establecimientos á quienes hay que enviar à mudar de aires á otra parte por revoltosos é incorregibles, el mundo de los *guapos* y *barateros*, ya informado del arribo, nuestra intranquilidad si los recien llegados son de la cáscara amarga, ó se regocija ante la idea de tener elementos nuevos que contribuyan á ayudarle á tiranizar à la poblacion penal.

Si son de nuevo ingreso ó *novatos*, la cosa es mas fácil, y todo queda reducido á incomponerles la dura ley del mas fuerte, con las exacciones de rigor, que suelen ser considerables, porque todo reo que llega al presidio de la cárcel donde ha permanecido años á las resultas de un proceso, es seguramente portador de algun dinero, producto de la legítima compasion de la familia y amigos. Debo declarar, sin embargo, lealmente, que durante mi permanencia en el penal de Céuta no tuve ocasion de intervenir en quejas producidas por socaliñas y despojos carcelarios, tal vez porque las víctimas, llenas de saludable terror, no creyeran prudente quejarse, ó tal vez por que los impuestos de la *guaperia* no fueran muy exhorbitantes, ni exigidos en formas intolerables.

El piadoso lector, creerá de buena fé que

al ingreso de un nuevo pupilo en e
sidio, se le recojerá su equipaje prop
ra almacenarlo, hasta el dia del lic
miento, dandole en cambio el unifor
la casa, y la ropa interior necesari
como que se le tallará, bañará y re
cerá por el medico, para saber si p
alguna enfermedad contagiosa. Nada d
al que ingresa se le filia con presen
su hoja histórico-penal, se le trasq
afeita, no siempre, si usa barbas y
cabellera, y con sus harapos ó galas
destina á una brigada de corrigendo
penas similares á la suya, y punto c
do. Nada mas anti-higiénico, ni mas
con la ciencia penitenciaria, pero a
ceden las cosas, y yo cumplo con
lo que he visto *con estos ojos que s*
de comer á la tierra.

Luego el *novato*, que ya vá *garroc*
por larga permanencia en las cárce
que hasta suele llevar cartas de rec
dacion para las cabezas visibles del p
presidial, busca fácilmente su *modu*
vendi y al mes es uno de tantos;
los casos en que la educacion, los
tos buenos, y la naturaleza del delit
barreras que se oponen á que el
cuente *sui generis*, se amolde á la
del presidio. Entonces viene otra c
tela, y el penado *de clase*, asi podem
marle, halla medios de que en su
se cree un régimen aparte, costumbr

abusiva como todo privilegio introducido donde debe reinar una igualdad sábia, consoladora, y llena de prevision.

No hablaré de la *rata vieja* de presidio, del *transferido* que va en peregrinacion de penal en penal, unas veces por sus propias intrigas para ver si puede fugarse, y otras para visitar en los tránsitos y en los establecimientos de destino á los que con él *trabajan* en secuestros, robos y *entierros.*—Ese tiene *tomada la tierra* y entra en el presidio como en su propia casa ó en la de un hermano querido.—Sin embargo, cuando el *rata vieja* recien ingresado, se fugó del mismo establecimiento al cual vuelve, no se deja de festejar su regreso con una buena dósis de palos; costumbre abusiva, pero disculpable en un régimen penal por completo abandonado al ingenio de los empleados subalternos, y sujeto al aforismo popular de: el loco por la pena es cuerdo.

Venús y Baco, las dos grandes pasiones del hombre, no dejan de ser abundantemente satisfechas en el presidio.—El culto de Venús, tiene por sacerdotisas mujeres imposibles, pero baratas y ambidextras; quiero decir, que lo mismo sirven para dispensar sus repugnantes favores á aquellos hombres mal olientes y depravados, que para auxiliarles en sus empresas criminales.—La policía las espulsa de vez en cuando, pero no hay medios de alejarlas para siempre,

con ser tan dlficil el acceso á Céuta, se sabe: cada *guapo* del presidio, cada lebridad patibularia por sus crímenes ó su valor y su fortuna, tiene en Céuta hembra bigotuda y pintarrajeada que muere por su tirano, que le dá un cuando anda el *comercio perdío*, y qu ayuda à combinar una fuga y á cobra importe de una estafa á las mil marav y con habilidad sobresaliente.—Estas h bras bigotudas, llevan como séquito indispensable: un perro de aguas, esqui de *cintura* para abajo; y dos ó tres liscas mas, donde liban el placer los c nados de menos rango.

Para dar culto á Baco, hay dos re sos en el presidio de Céuta; ó se h libaciones clandestinas dentro de las dras, donde nunca falta una buena res de *bala rasa*, ó se bebe á tambor bati en las infinitas tabernas que el confi encuentra al paso en su libre tránsito las calles. El primer medio es mas fu to, pero preferido, por lo mismo que presenta un placer vedado y' furtivo de peligros; mientras una *pítima pres* en las calles no pasa de un escandalo, se corrije con unos cuantos dias de bozo, y hasta otra.

Al llegar á la parte escabrosa de capítulo, no sé por donde empezar, ni de me harán concluir mis deberes de rador veráz, y lucho solicitado por do

cesidades imperiosas: la de decirlo todo, y la de no ser obsceno.

Los discípulos que el naturalismo á lo Zola tiene en España, se frotarian con fruicion las manos al encontrarse frente á frente con tipos reales, verdaderos, tangibles, de palpitante verdad, para hacer ensayos de esa novela que desata tempestades de pasiones en la mente del lector; y yo, en cambio, no sé qué hacer con los viciosos del presidio: si dejarlos envueltos en la oscuridad de lo ignorado, ó si reflejar sobre ellos poderoso foco de luz, para que se aterren y se estremezcan de asco, á un tiempo mismo, los buenos burgueses que duermen y comen tranquilos mientras la llaga supura y la gangrena avanza implacable.

Comun á todos los pueblos es ese vicio vergonzoso que Roma y Grecia fomentaron y hasta enaltecieron; sodomitas hay en toda Europa, aunque abunden mas en los paises latinos y de costumbre muelles ó perezosas; pero los desdichados que á esos extremos de depravacion llegan, tiene algo de cómico, algo que hace reir, y no escasas dotes de ingenio. Sus frases son intencionadas, gráficas, sentenciosas, y á veces suelen hallar, en su escasa educacion, materiales para tejer un epigrama que no desdeñaria una vis ática. Sus afeites, contoneos, y fingimientos femeniles, excitan la carcajada en el primer momento, por más que

después inspiren lastima ó repugnanc
cambio, el afeminado del presidio,
trueca en aquellos antros inmundo
ceos del crimen, el órden por la Na
trazado á los sexos, no deja de ser
varonil y siniestro. ¡Horrible modo
dir horror al pecado!

Los excesos sodomitas, se consu
lenciosamente en el presidio, y yo
ocasion de conocer queja alguna
lencias cometidas para satisfacer ta
titos; circunstancia que á primera v
drá parecer atenuante, pero que
reflexivo exámen, prueba que los an
tan inmundo tráfico, se entregan c
berada voluntad y por un acto del
bedrío, á tales aberraciones, conduci
la abominable condicion de la vida e
sidio.

Generalmente, los confinados chi
cen el gasto en las saturnales contra
pero esto no quiere decir que hom
mas viril constitucion, hombres curt
el crímen, incapaces de toda afeccio
dejen de tener la propia debilidad.

El afeminado que corretea en lib
calles de Sevilla, Cádiz y Málaga,
graciosas puyas y devolviéndoles co
gracia, se espanta de un raton, hu
muchachos le acosan, grita si le am
mas leve peligro, y tiene en todos
manes fingidos, algun trasunto de
dad de las hijas de Eva; mientras e

nado del presidio, duro, amenazador, siniestro, de ojos iracundos y de fisonomía que hacen mas salvaje el delito y el género de vida, espanta en vez de sufrir artificiosos espasmos de miedo; ruge en vez de hablar con femenil ceceo; muestra la curtida piel del rostro súcia y llena quizás de chirlos, en vez de mostrar en ella los estragos del colorete y del blanquillo. Y sin embargo, siendo capáz de matar y de morir impavido, cuando se encienden en las cuadras las turbias luces, semejantes á lámparas piadosas que alumbran á los que agonizan; cuando suena el toque de silencio, en el recato de las sombras, doblemente densas porque no las penetra la mirada de la sociedad, se entrega silencioso y depravado á un amor de reptiles.

A decir verdad, no trascienden estas escenas al esterior del cuartel, ni producen escándalo; pero son conocidas del mundo oficial, y se admiten como la consecuencia inevitable de la promiscuidad en que viven años y años, hombres jóvenes y vigorosos, en quienes el deseo habla con mayor imperio que en el resto de los mortales.

La idea de que este libro vaya como puede ir, y de seguro vá, á manos de quien no deba ni pueda empañar sus castos sentimientos con lecturas peligrosas, me hace velar todo lo posible estas escenas, que de otro modo hubieran tenido todo el tremendo relieve que necesitan para sacudir la enca-

llecida conciencia pública, y que la
imponga á los gobiernos el inmediato
del conflicto penal.

Es necesario que sepa el país, qu
tras en unos pueblos andan á tiros y
se refinan las artes de la prestidig
para ver de sacar diputado á Zut
Fulanez; que mientras hombres, que s
derian si no se les llamase sérios y
dos, se ocupan ardorosos en conm
país con períodos constituyentes y c
chos individuales parlados; y que
que el general X modifica el boto
uniformes, el general H pide aume
sueldo para sí y sus subordinados
revolucionario Z amenaza con hace
clamar en los cuarteles, millares d
bres duermen hacinados en cuadras
das, sin vigilancia, y sin freno á las b
fogosidades de la carne.

Hora es ya de que las emanacion
úlcera lleguen al olfato del país; ho
de que el presidio, científicamente
do, no sea, como es actualmente,
dridero de cuerpos y un albañal re
de almas.

El presidiario, por causas que co
cion al presidio llamaremos externa
ya atacado de lepra; pero la sociedad
be darle, como medio curativo, un a
moral que se deshace en menuda ll
pus.

Este es el problema.

IX.

Ni resignados ni arrepentidos.
Los que se aclimatan.—Los recalcitrantes.

El estado de espíritu del preso, estado genérico y casi comun á todos ellos, consiste en aspirar constantemente á ser libre, bien por medio de la fuga, bien en forma natural y lícita, el dia anhelado del licenciamiento.

Esta, que podrá parecer verdad de Pero Grullo, tiene escepciones tan numerosas, que la modifican profundamente. Los *profanos*, por razones de sentido comun, creen que la libertad es una necesidad corpóral y espiritual, como es necesidad física la ingestion del agua para apagar la sed, y eso

mismo creia yo antes de haber estudiado prácticamente al preso; pero en el terreno esperimental, en la realidad viviente, hay presos que no quieren dejar de serlo, presos à quienes conviene solo temporalmente la libertad, presos que por un juicio de comparacion—quizás erróneo—prefieren el presidio al hogar, y presos que ansian violentamente romper los hierros de su prision; pero de seguro no hay presos que tengan de la libertad el concepto moral, justo, y adecuado.

Yo no pongo en duda la existencia de escepciones, tan numerosas como se quiera, que sueñen con la libertad como medio de volver á la posesion plena de los derechos del hombre, y á entrar de nuevo en el goce de los afectos morales y en la amplia facultad de desarrollar las actividades humanas; pero en términos generales, ó el preso se halla mejor en el presidio que en su propia casa, ó aspira á ser libre para delinquir de nuevo, ó aprecia la libertad como un bien pasajero é insignificante.

El preso, es siempre un trabajador pobre fuera del presidio. Delinque, por esa fatalidad que se mezcla un poco en todas las acciones humanas, ó por maldad ingénita; y cuando se ha identificado con el género de vida que se hace en la prision, compara su existencia de forzado con la que llevaba mientras era un ser libre y responsable. Dentro del presidio, una vida mate-

rial, con ser tan mala, mucho mejor que la del jornalero pobre; compasion de sus deudos y amigos, que algunas pesetas pueden enviarle por estremada que sea su pobreza; trabajos tan rudos como los habituales del jornalero español; medios de eludir esos trabajos en los accesos de *dolce far niente*, y medios de hallar ocupacion reproductiva cuando guste; sociedad constantemente renovada, de hombres á su propia altura intelectual, con quienes establece fácilmente la corriente simpática; y en muchos casos, ocasiones de conocer la abundancia representada por un *negocio* lucrativo que sale bien y le pone en condiciones de holgura desconocidas para él cuando vivia en plena miseria honrada. Por el contrario, fuera del presidio, el reo cumplido ó ilegalmente libre, tropieza con estos inconvenientes: azares de la persecucion, cuando no es el perseguido una *notabilidad* como las que dan en estos instantes siniestra fama á la provincia de Málaga; vigilancia de la autoridad, como pena accesoria que queda despues de cumplida legalmente la condena; obligacion de mantener á la mujer y á los hijos; insuficiencia del jornal honradamente ganado; imposibilidad de mejorar de fortuna por medio del trabajo; estigma y peligros inherentes á la cualidad de licenciado de presidio, que por si solos representan una dificultad insuperable para ingresar de nuevo en la sociedad; y otros varios obstáculos

mas ó ménos fáciles de salvar, pero todo
mayor cuantía.

No hablo del hombre de bien, educ
y con el suficiente despejo intelectual
dirigir sus actos en vez de dejarse arras
por lo fortuito ó azaroso de la vida,
tiene la desgracia de delinquir, y que e
en presidio con la firme voluntad de
corromperse; y no hablo de él, porque
presenta la escepcion si vuelve á pisa
umbrales de su casa, ó se muere gene
mente, ya que la vida del presidio nece
organizaciones especiales, ó porque pe
asesinado un dia de *bronca*, tal vez por
la masa presidial le encontró refractari
incapaz de ser uno de los suyos. Hablo
vulgo, de la generalidad de los forzados, y
blo de hechos fatales que me encuen
sin que yo dilucide á quien correspond
responsabilidad de que el presidio y el
sidiario sean como son. Claro es que t
los hombres deberían poseer la educa
moral y literaria suficiente à desenvolve
cualidad de séres dignos y poseedores
un alma inmortal; claro es que el pres
debería representar el mal supremo y
solutamente temido; pero como el presidi
que yo he observado es generalmente
algo así como otro barro distinto del
sirvió para modelar la especie huma
el presidio que he visto completa al
sidiario y lo forma, tambien, tengo que se
un método puramente práctico.

Si me metiera en disquisiciones filosóficas y técnicas sobre la ciencia de la correccion, poco diria, porque yo sé poco de esto,—y de otras cosas;—pero entonces partiría de premisas firmes y de verdades científicas definidas. Huyo, como ya he dicho de ese sistema, y suelo resultar pesimista, pero esto se debe á que la práctica ennegrece un tanto las ideas, y á que no discurro sobre el presidio tipo, ni sobre el presidiario en relacion con ese presidio, sinó que me atengo á lo que he visto y sé de ciencia propia. Los hechos son brutales; pero yo no tengo de ello la culpa.

Por esto, ante la ruda enseñanza de los hechos, sostengo que, (genéricamente hablando, y prescindiendo siempre de las escepciones) el presidiario de carne y hueso que yo he visto y tocado, no se resigna, ni se arrepiente. Se aclimata, cuando dá con el *quid* de la explotacion del presidio; ama la libertad, cuando le llaman fuera necesidades en armonia con la vida del presidio, pero nunca porque tenga de la libertad la nocion perfecta, la nocion exacta, la nocion honrada, en una palabra; y aun en este caso de apetito de libertad, no de aspiracion generosa á ser libre, la contingencia de volver al presidio entra como un factor agradable y hasta necesario muchas veces, en sus planes para el porvenir.

El otro estado de ánimo en que el preso

puede caer y cae, la desesperacion, es
cularísimo y singular, aunque participa
condicion genérica de la libertad ape
por los otros presos, ya examinados
este punto de vista. El preso *recalcitra*
preso furioso, odia al presidio porq
puede imponerse á él, porque conser
deseo de venganza, porque no sabe
partido de la prision, pero nunca por
á esta. Ese preso, agresivo, nervioso,
pre hostil, es un caso de neurósis late
locura, en fin; pero menos que ningun
ama la libertad por sus méritos m
porque no tiene ni aun nociones de
y es como los demás en punto á mira
preocupadamente el presidio.

¡Qué pocos son los que contem
cielo estrellado, pensando que aquel
lada gasa con sus lágrimas centellean
bija á los séres queridos, y es dosel
cado sobre el trono del hombre! ¡C
en cambio, olfatean la brisa que vá y
libremente cargada de perfumes, y
ciendo ruidos excitantes de la vida s
rojos, como si presintieran que aque
canada de aire tibio y desmayado, sem
á un beso, les trae recuerdos del az
la campiña, antes compañero de cad
ahora libre, rico y temido!

Fiel á mi promesa de no teori
de no ofrecer soluciones, rehuyo ten
te poner al lado de este veneno, l
ca apetecida.—Basta á mi propósit

ejercer de fotógrafo, y cuando más entablar con el público este diálogo.

—Me consta de ciencia propia, adquirida á costa de muchos sustos, que el presidio no corrije, que el presidio tiene medios de aumentar la desmoralizacion de los mas desmoralizados; y que el presidiario ó se halla bien dentro del presidio, ó solo siente pasajera necesidad de salir *á asuntos propios* sin que le importe en ardite la pronta, y á veces, deseada vuelta. En el presidio se aclimatan los mas, mueren los menos, y no se arrepiente ni se enmienda ninguno.

—¡Pero hombre de Dios! Usted tiene una idea preconcebida, un verdadero prejuicio; el de que todo el que entra en el presidio, reune condiciones adecuadas para vivir allí.

—Ese es el hecho; pero yo no atribuyo su responsabilidad al que sufre las consecuencias del estado moral é intelectual de España.

—Bueno; pero usted persiste en pintar un presidio horrible y atractivo á la vez; contradiccion y *plancha.*

—No hay nada de eso; es que en España está todo invertido, es que vivimos en el país de los vice-versa, que dijo aquel político, menos hablista que hombre de gobierno; y por virtud de este anormal estado de cosas, de que yo no soy responsable, el presidio actual es horrible para los que no

X.

Reclusos, confinados, presos y presidiarios. Confusion de clases.—Los hierros, El microbio presidial.

El Código penal de 1871, que régia el año 73 y que en la actualidad rige, establece marcadas diferencias tanto en la nomenclatúra como en la naturaleza de las penas, imponiendo en algunas los trabajos récios, forzados, y la necesidad de que el reo lleve al pié y sujeta de la cintura, una cadena cuyo peso determina el embrion de ordenanzas de presidios, que tenemos.

La pena de reclusion temporal ó perpétua, implica la necesidad de que el recluso no salga jamás del cuartel, y sin embargo

sale, bien para ocuparse en trabajos del Gobierno, bien para ejercer su oficio á jornal, pagando unos tres duros mensuales, de cuya suma, parte constituye el fondo de ahorro que se entrega al preso en el acto del licenciamiento, y parte queda à disposicion del Estado, para determinadas necesidades del establecimiento.

Por aquí vemos que una viciosa costumbre falsea completamente la intencion del legislador, creando lamentable confusion en el modo de estinguirse las penas, y contribuyendo mucho á la ineficacia del castigo, porque no es lo mismo la prision perpétua ó temporal, que el hospedaje nocturno en el presidio, á que queda reducida toda pena, desde el momento en que el reo rematado puede discurrir libremente y con libertad emplear sus actividades.

La ley ha establecido capitales diferencias entre la reclusion, el presidio, la cadena, y el confinamiento, y merced á los usos que han creado una especie de derecho consuetudinario, todos los reos adscritos al presidio de Céuta, estinguen pena de confinamiento, porque á todos es posible la residencia dentro de los muros de la plaza, y aún en el campo esterior.

Verdad es que este estado anormal de cosas, puede cesar cuando un comandante penetrado de sus deberes, quiera restablecer el órden; pero para esto se necesitaria romper una tradicion tan poderosa como

todas las tradiciones y, apartándose de lo comun y acostumbrado, convertirse en una especie de redentor, que acabaría por correr la suerte de todos los redentores.

Sin ir mas léjos, las facultades múltiples, ónnimodas y discrecionales, que tiene el comandante general de Céuta, son capital obstáculo á que desaparezca el cáos en el presidio.—Basta que un preso sea hábil jardinero, ó cocinero de primera, ó zapatero sobresaliente, para que dé hecho y de derecho pertenezca á la servidumbre palatina del General.—No importa que el preso notable sea condenado á perpetuidad, recluso, ó que no esté *en condiciones*: quiera ó nó irà al Palacio, y si se fuga con formar espediente y decretar la suspension de alguien que no pertenezca al mundo de la milicia, estaremos despachados.

Cuando, hace muchos años, comenzó la edificacion del cuartel del Valle, acabada obra que honrà á los arquitectos militares, todos los presos llevaban el hierro propio de su condena; pero hubieron de ocurrir algunos accidentes desgraciados, porque la cadena embarazaba los movimientos de los que trabajaban en andamios, y por humanidad se suprimieron los hierros.

Cualquiera dirá, que acabado el cuartel, debieron volver á usar los penados su distintivo mas característico; pero el que esto piense, ni conoce á España, ni sabe lo po-

derosa que aquí es toda costumbre ab
—Hoy de la fecha—ó mejor dicho, e
—no habia en el almacen cadenas
cincuenta hombres, y no llegaban á
que la usaban dentro de los cuarteles
castigo especial, y nunca como una
dad acostumbrada.

Estos detalles parecerán nimios á l
por total desconocimiento de la vi
presidio, aun no se han despojado
timentalismos y preocupaciones; pero
lidad, donde todo descansa en ritual
reglamentarias, y el reglamento está
tantemente incumplido ó violado, no
sible ni responder del órden, ni que
titucion responda á sus fines, por ca
anarquía constitucional.

El presidio de Victor Hugo, aqu
lon horrible, donde Juan Valgean
martir de la ferocidad de los capatace
de el palo encallecia las espaldas y
ciencia, era, ni mas menos que un
situado en los antípodas de nuestr
tuales presidios, porque si en aquel
gimen se componia de una série de tor
arbitrarios, en los nuestros se comp
una série de blanduras funestament
cladas con una funestísima desorgani

Por fortuna, el presidio de Tolon
te en España; pero mientras en
donde existia, ha cedido el puesto á u
ma penitenciario racional y científico,
Pirineos para acá nos hemos queda

las deficiencias de antaño, agravadas por las blanduras que el espíritu de la época ha ido sustituyendo á las rígidas soluciones autoritarias del pasado.

El presidio que mata, es un baldon y una crueldad; pero el presidio que corrompe y no deja de matar por eso, es algo peor y en él se confunde lo siniestro con lo inepto.

Veo fruncir el entrecejo y taparse los oidos, á los que no pueden sorportar el sonsonete horripilante de los eslabones de la cadena del forzado; pero como el presidio-tipo es mas humano que esos románticos, porque nos evita no solo la musica del grillete, sinó la presencia del presidiario, á mi opinion me atengo, y aferrado sigo á este dilema: ó se cumple extricta y rigurosamente el cuerpo legal que rije la actual manera de ser de las penitenciarias españolas (pase el apodo) ó se cambia de un modo radical todo lo que les atañe, desde el edificio, á la vida del preso.

La ineficacia del presidio, consiste en la idea, generalmente estendida, de que es soportable, de que participa de los caractéres comunes á la vida ordinaria en España, que bien puede encerrarse en esta fórmula un tántico ruda y descortés: cada uno hace lo que le dá la gana. El dia que la prision represente un método, con leyes inalterables, con disciplina rígida, y con todos los caractéres inherentes á la muerte temporal civil, no concluirá la criminalidad, por

que no ha concluido en otros paise
han llegado á la perfeccion en mate
nitenciaria, y porque el crímen
mientras haya pasiones humanas, p
contendrá en sus límites naturales,
tras en España está ahora desbordad

Con arreglo á la actual division p
cial de España, al presidio de Cé
deben ir mas que los reos de penas
tivas condenados á perpetuidad ó
considerable número de años, cuyo
mite no recuerdo en este momento
bien, allí los hay, ó los hubo, ha
penas correccionales, alternando co
ta y flor de la criminalidad perversa
calcitrante.

Nada mas contrario á la ciencia de
reccion, que someter un reo de delit
al contacto de verdaderas notabilidad
crímen. No es que la virtud sucumb
pre, ni que el forzado á perpetuida
pine filtros para atraer á sus band
neófito del crímen; es que la atmósf
presidio corrompe tanto, que bien
sostenerse la teoria micróbica aplic
mundo de los delitos; es que el
ejerce una accion corrosiva sobre la
dad, tan rápida y enérgica, que co
cárie de los huesos no se ataja mas
medios violentos.

Hoy, no hay manera de sustraers
influencia presidial sobre las cond
morales, porque el presidio obra

maneras: sobre la materia por medio de la suciedad, la falta absoluta de higiene, la vida de pocilga en fin, circunstancias todas ellas que prostituyen la dignidad; y sobre el espíritu, por el ejemplo, el contacto con los pervertidos en absoluto, y la tiranía del mas fuerte que acaba por imponer su dictadura en todos los órdenes.

Cuando se salga del presidio, dejando en él en vez de amistades y recuerdos de una mancomunidad afrentosa, el misterio y el anónimo merced á una vida solitaria y pacífica, entonces será el presidio lazareto y no causa de propagacion de las epidemias del alma.

Ustedes dirán si esto puede esperar á mañana.

XI.

Precauciones de gran espectáculo.
La leyenda del Ayudante malagueño.
Lo teatral vuelve al teatro.

Síncero y franco hasta el punto de que mi sinceridad y mi franqueza se tomen por censurable frescura, no puedo ni debo disimular mis sensaciones al verme cara á cara con la hidra de 3.000 cabezas, uno de cuyos domadores debia ser yo por corto estipendio, sometido à descuento para mayor escarnio.

Desde que salí de Málaga hasta que llegué á Céuta, la curiosidad me hacía largo el trayecto. Cuando entré en el patio del Cuartel Principal, el asombro reemplazó á

la curiosidad; y cuando el asombro se hubo desvanecido, cuando me hice cargo de mi situacion, cuando medí mis fuerzas físicas, y las hube comparado con las fuerzas colectivas del presidio, y con las fuerzas peculiares de cada preso; cuando me hallé tan inferior y tan inofensivo, el miedo se enseñoreó de mi espíritu, y me eché á temblar en dos tiempos y en dos formas: por dentro, cuando estaba en presencia de testigos; por dentro y por fuera, cuando me veia á solas con mi propia insignificancia.

No creo volver á Céuta—en clase de pensionista externo al menos—y estas ingenuidades que confío á la publicidad, no podrán perjudicarme aunque lleguen á conocimiento de los que durante un año largo de talle, creyeron habérselas con un hombre de armas tomar, con un maestro en la esgrima del cuchillo, con un andaluz capaz de *atarse un pié* con los doce pares de Francia.

¿A que, entonces, fingir? Miedo tuve, aunque la dignidad de funcionario público me hiciera fruncir de vez en cuando el entrecejo con aire *feroce* de guardarropia; aunque el nombre envidiable de que goza Málaga reflejará sobre este su pacato y pacífico hijo, algo de los esplendedores conquistados en la historia de la *guapería* por *percheleros* y *trinitarios*.

Pero si el miedo se habia apoderado de mí, merced al convencimiento de que era

yo muy poca cosa para habérmelas con el mas manso de mis subordinados, que ni el amor á la vida tenia que perder, de la necesidad supe hacer virtud, ó de tripas hice corazon, y cualquiera hubiera creido que en mi cuerpo—ya por entonces polizarcico—habia reencarnado el espíritu de aquellos héroes de la navaja que un dia dominaron en el mundo de los *bravos* malagueños.

A partir de mi toma de posesion, singulares preocupaciones comenzaron á trabajar mi espíritu. ¡Si se reuniera en un solo recipiente toda la sangre que han derramado mis subordinados!—decia en las horas dedicadas exclusivamente al culto de la *medrana*.—¡Si estallara de pronto toda la ferocidad mal comprimida entre las cuatro paredes del presidio! ¡Si se me conociera este estado del ánimo, que es obra de la razon que aprecia la insuperabilidad del peligro, y parece miedo cerval!—Y á este tenor, todos los problemas revestian formas pavorosas, y en todo momento creiame próximo al conflicto de fuerza, cuya resolucion se me antojaba funesta para la integridad de mi ser físico, convencido de que era yo incapaz, dos ó tres veces, de mellar el filo de una faca á cuya empuñadura habria asidos una mano de hierro, un brazo nervudo, y un cuerpo de leon en estado salvaje.

Medios habia de imponerme; el palo, la

guardia negra de cabos adictos, y las órdenes crueles dictadas impunemente desde la oficina, para que otros las cumplieran con riesgo personal. Pero yo no he sabido nunca pegar, ni hacer daño, y me parecia depresivo aparecer en público rodeado de valientes de encargo, en cuya fidelidad no se podia confiar nunca enteramente.

Resolví, pues, labrarme una reputacion, vivir del crédito, y pedir al arte lo que la Naturaleza me habia negado.

Un dia, ya con mi resolucion tomada, y libre en parte de la natural pavura que hasta entonces venia turbando mi digestiones, me dirijí al taller del herrero, con ese paso firme, lento, y seguro, del que ni teme ni debe.

Conviene advertir aquí, para la mas fácil inteligencia del gran snceso que voy à narrar, que desde los primeros momentos habia yo roto la tradicion constante de los empleados del presidio. El presidiario sabe, que al cabo de vara, además del sólido garrote que usa como simbolo de sus atribuciones, lleva en la faja, casi á la vista de todo el mundo, y con la anuencia implícita de los jefes, una faca ó navaja, que hacen la barba. El ayudante y el capatáz, no sueltan el robusto roten, que muchas veces esconde la acerada hoja de un estoque, y en el costado izquierdo, se les advierte voluminosa prominencia que denuncia al rewólver. Pues bien, por casualidad,

como el burro flautista de la fábula, ó por ignorancia completa de lo que es el presidio, yo establecí el contraste presentándome entre los confinados con levita abrochada, sin bultos acusadores, y con un delgadísimo baston de feble junco en la mano, por toda arma ofensiva y defensiva; y el preso, que es observador, por la necesidad que tiene de averiguar con quien ha de habérselas, reparó en ambas circunstancias, y me acojió con prevencion muy útil para mi humilde persona, pero..... no anticipamos los sucesos.

La herrería, aunque parezca imposible, es el taller mas limpio y sano del prasidio. Por su puerta al sol saliente, entra la luz á raudales; la combustion del carbon destruye los gases insalubres que tanto abundan en otros departamentos; y el hierro candente despidiendo chispas rojas, el alegre sonar del yunque herido por los enormes martillos, el ronco y acompasado soplar del fuelle que colora las brasas con el beso del oxigeno; el rechinar de la lima; y alguna que otra copla acompañada, á guisa de estribillo, por los ruidos del taller, esparcen la alegria y la vida, que por lo general faltan en otros talleres silenciosos y tristes donde los trabajadores manipulan como automatas impasibles.

El herrero era un alavés, alto, huesudo y recio, que manejaba como un niño su peonza, los pesados martillos, y las enor-

mes piezas que reparaba ó construia.

Condenado á cadena perpétua por asesinato de su mujer, ocupábase en remachar grillos ajenos y, suficiente amigo del hierro, no lo llevó nunca desde el tobillo á la cintura.

Al verme entrar, cesaron las respiraciones del fuelle, enmudeció el sonoro yunque, se detuvo en sus mordiscos la lima, y se estinguió la copla popular como un perdido eco de la lejana pátria.

Gorra en mano, hizome el herrero los honores de su casa, dandome cuenta y razon de su condena, del tiempo que llevaba en el establecimiento, y de la obra que salia de sus talleres.

De pronto, con aire indiferente, me fijé en una enorme lima, lo menos de media vara de larga, capáz de reducir á polvo un acorazado.

—¡Buena lima!—dije.

—Si, señor; es inglesa—me contestó el herrero.

Hubo algunos minutos de pausa, que yo empleé en examinar la lima, en tantearla, en convencerme de su duro temple, empuñándola con el aire de un hombre que sabe lo que trae entre manos.

—Pues bien;—dije entregando la lima al herrero.—De aquí me vá usted á hacer un cuchillo de hoja ancha y gruesa, y con dos filos.—¿Sabrá usted templarlo?

—Sí, mi Ayudante. Y ¿que largo le dejo?

—Todo el que tiene. ¿Cuando estará?

—Pasado mañana.

—Pues que no falte. Déjelo usted todo: me he olvidado mi cuchillo en Málaga, y yo no sé acostumbrarme á otra herramienta.

—Pasado mañana estará, mi Ayundante. Yo mismo lo subiré á la oficina.

—No; yo vendré por él, y con eso sí tiene algun defecto se le corregirá en el acto.

Y salí del taller, comenzando de nuevo el vulcanico estrepito de fuelles, yunque, limas y martillos; pero como el melodrama no habia terminado, volvime á los pocos pasos, y desde el anchuroso patio, donde varios penados permanecian de pié y descubiertos, grité con voz recia y firme:

—¡Maestro herrero! pongale V. al cuchillo un puño grande y fuerte. ¡Ah! y que lo vacie el amolador.

Pocos momentos despues, desde una ventana del primer piso donde tiene sus dormitorios la brigada de Talleres, pude ver un grupo de penados que oian del herrero la relacion de mi visita, y por contera el encargo que yo le habia hecho con apremio.

Desde aquel dia, comenzó la leyenda del Ayudante malagueño; y como yo estimulaba la credulidad de los presos, tratandolos con relativa blandura, sin que jamás se me ocurriesa pegarles, oyendo sus quejas y administrando con honrada escrupulosidad su dinero, mi fama se consolidó por medio de

este silogismo carcelario: el que nos pega como jefe, no es capáz de pegarnos como hombre; *ergo* este que no pega, que es llano, afable, que no usa garrote, ni rewólver, y que gasta cuchillo algo mayor que los nuestros, es capáz de *tomarse un cortesito* y *distingue* lo que es un *viaje*.

Confieso que algo contribuyó á estender mi fama, la gratitud de un preso malagueño á quien yo protegia por recomendaciones de un malogrado amigo mio; pero en definitiva mi reputacion de *guapo* era bastante sólida para permitirme recorrer desarmado las mas inquietas brigadas, y aun imponerme—como se verá mas adelante—por la voz y el ademán.

Amaneció el dia de Abril de 1873, en que yo debia dar fin y acabamiento á la empresa colosal de crearme una reputacion salvadora dentro del presidio, y me dirijí al cuartel de Talleres.

Corto era el trecho que habia de recorrer desde la Fonda al cuartel, pero no pude salvarlo sin pensar varias veces:—Cuando tenga el cuchillo en estas manos, limpias de todo derramiento de sangre ¿me desmayaré de miedo de mi mismo?

Por fin, di vista al rastrillo del cuartel de Talleres; el cabo que lo guardaba me abrió con mas respetuosa diligencia que otras veces y atravesé el patio con las manos en los bolsillos, distraído y sonriente.

Buen trecho llevaba ya recorrido, cuan-

do hice una parada en falso, y como si en aquel momento recordase lo que venia preocupándome desde muchas horas antes, enmendé el rumbo, y me dirijí á la herrería.

El maestro, fiel á su promesa, sacó de uno de los cajones de su banco el famoso cuchillo, con su vaina forrada en sedoso terciopelo encarnado, con sus retorcidos gavilanes, su contera de metal dorado, y su puño de asta negra, grande y sólido, que que parecia adherirse á la mano.

Cogí aquel horrible aparato; lo desenvainé, y vibré al aire; pasé con delicadeza su tajante filo por la piel del pulpejo de mi mano izquierda, y con un aire el mas truhanesco, abrí mi levita, remangué mi chaleco, é introduje aquel alfanje chino entre el pantalon y la cintura. Despues me abotoné correctamente, dí dos duros al herrero, pensando que aun me salia barato el derecho á la vida, y me fuí á mis ocupaciones oficinescas, Aquiles por fuera, cómico por dentro.

Cuando despachadas todas mis obligaciones del dia, pude correr á la Fonda, me encerré en mi cuarto, cogí con dos dedos no mas la tremenda segur, y la arrojé al fonde del baul de la ropa súcia, sin que jamás en catorce meses me atreviese á mirarla siquiera.

Pero para el penado, el cuchillo estaba allí, en mi cintura, pronto á brillar al aire, relampagueante y mortífero, y su sombra

protectora hizo las veces de para-rayos, sacándome sano y salvo de aquellas tempestades de ira.

Un año despues, regalé el cuchillo á mi buen amigo el eminente actor Victorino Tamayo, que aun sigue aterrorizando á los públicos con mi virgen é inofensiva herramienta, en *El sueño de un malvado.*

XII.

Las fugas.—Un evadido argonáuta.
El «Niño de Brenes».—Bañados en aguas.... fecales.
A nado como Leandro.

Mi debut en el presidio de Céuta, no pudo ser mas azaroso, si bien logré *salírme de la suerte*, y escapar de aquella jornada sin ulteriores responsabilidades criminales.

Figúrese el lector, que el mismo dia en que me posesionè de mi cargo, y en ocasion de hallarme saboreando el arómatico Moka en el *Casino Africano*, uno de los cabos *volantes* que ya he descrito, vino á darme parte de que se habia fugado uno de los pre-

sos adscritos á la Maestranza de ingenieros, y colocado, por lo tanto, bajo mi inmediata vigilancia como Inspector de trabajos que era yo, al par que Ayudante primero.

—¡Buen príncipio de semana, para el que ahorcan en lúnes!—dijeme verdaderamente apesadumbrado de mi estreno, y eché à andar tras el *volante*, portador de la mala nueva.

La noche estaba oscura y tempestuosa. El viento del S. E. hácia mujir con furia á los dos mares que se confunden al pié de los muros de Céuta, y la lluvia caia á chubascos propios de la abrilada.

Lo primero era averiguar el nombre del fugado, y supe con espanto que se trataba un pajaro de cuenta, muy conocido del público malagueño.

¿Recuerda el lector aquellos marineros españoles que hace treinta años, lo menos, mataron en aguas juridiccionales de Málaga à la tripulacion de un buque ingles, poniendo despues fuego al barco? Pues el único sobreviviente de los autores de aquel crímen, *los piratas*, como se les llamaba mientras estuvieron en esta cárcel, era mi fugado de aquella noche de Abril desapacible y lluviosa.

¿Quien me habia de decir, cuando en mi niñez oia con terror y curiosidad los detalles de aquel proceso célebre, que andando el tiempo habia de ligarse mi destino á uno de de los famosos *piratas*?

Atribuilo á influjos del hado adverso; pero como no habia tiempo que perder en filosofía, ni en agüeros, sali disparado en busca del fugitivo, llevando como espoliques á los mejores sabuesos del presidio, que rivalizaban en celo y diligencia ganosos de complacer al Ayudante nuevo.

Nuestras primeras visitas fueron para todas las casas de mala nota, reputadas como centros de auxilio de evadidos y *enterradores*. Despues, examinamos una por una todas las tabernas; mas tarde, estendimos la visita à los templos de la Venús patibularia; y por último, adquirimos la seguridad de que el evadido no habia traspasado el recinto de la plaza, por mas que no diéramos con él; y tras prolija investigacion en las faldas del Hacho, y en todos los lugares fáciles á servir de pasajero asilo, hubimos de retirarnos molidos y calados hasta los huesos, pero con fundadas esperanzas de que el *Pirata* nos pagaria la mala noche al amanecer del dia siguiente.

¡Vana esperanza, y vano propósito vengativo! El *Pirata*, que era hábil y atrevido marinero, habia preparado su fuga por mar, con mucha anticipacion. Sabia que con S. E. duro en la boca del Estrecho á nadie que entendiese de achaques marítimos se le habia de ocurrir la idea de que se pudiera navegar en fragil bote por aquellas aguas, y fiandolo todo á la suerte, jugándose la vida, se embarcó al abrigo de las escolleras

del muelle de San Pedro, dió la vela, y solo, en un mal esquife, venció á la mar, al viento y á las corrientes, y abordó á la costa de España entre Gibraltar y Guadiaro, para seguir mas tarde su derrota hasta cerca de Alicante.

¡Cuando lo supe, hubiera condecorado con la cruz del mérito naval al evadido, porque la hazaña haría honor á los primeros náutas que doblaron el cabo de las Tempestades, sin perjuicio de aplicarle el correctivo que guarda el presidio para los que le abandonan descortésmente!

Por fin, echó Dios sus luces, y en vista de lo infructuoso de la persecucion, puse mano á formar expediente en averiguacion de los responsables y encubridores de la fuga, para dar cuenta al Ministro, todo lo mas correctamente posible, de la razon por que se libraba el Estado de mantener á uno de sus pensionistas en Céuta; y para suerte y tranquilidad mias, probé con la claridad que exige la Ley de Partida: primero; que el *Pirata* fugado, poseia una suma enorme en oro, producto del juego, de su trabajo personal, y tal vez de misteriosas depredaciones; segundo; que habia sobornado al cabo de vara encargado de conducirlo desde la Maestranza al cuartel, á cuyo cabo le fueron ocupadas varias monedas, restos del precio de su amabilidad; y tercero; que el capatáz de servicio en la Maestranza, se habia ido á picos pardos, facilitando así, mas

ó menos inconscientemente, la fuga concertada. En vista de lo cual, el cabo fué depuesto y algo mas, el capatáz fué suspendido en sus funciones, y yo salí sano y salvo de aquel lio que pudo costarme caro, mientras el *Pirata*, navega que navega en su barquichuelo, llegó á una playa de la costa alicantina, de donde era natural, desembarcó pacíficamente, gracias al estado del país, compró tierras, y allí vive hecho un contribuyente, si bien le aguarda en el cuartel Principal de Céuta la cuchara que abandonó en un momento de mostalgia aguda.

¿Va comprendiendo ya el lector el mecanismo de las fugas? Primero tenemos en el preso la posibilidad de hacerse de elementos pecuniarios tan considerables como se necesitan para adquirir una embarcacion, contar con quien se la conduzca al punto de cita, sobornar á sus guardianes inmediatos, y constituirse un medio de vida que consolide la fuga alejando el peligro de la captura; y despues, tenemos tambien, la libertad de que goza el recluso para acechar el momento propicio, franquear elevada muralla, y embarcarse en las circunstancias mas favorables, como oscuridad de la noche, bravura del mar, etc., etc. Muy pobre ó muy torpe deben ser los que se resignan á continuar en el presidio, cuando, merced al régimen allí imperante, puede decirse que las fugas se les dán hechas.

Antes de referir otros casos de fugas célebres ó audaces, diré que el presidiario no siempre, se evade del presidio mismo. Conocedor de todos los procesos graves y oscuros que se instruyen en España, por medio de anónimos ó falsas delaciones, que le pintan como complicado en un crímen de difícil investigacion, se hace reclamar por un juez de primera instancia, para fugarse en el trànsito de una de las cárceles mas suceptibles de ser escaladas; y sinó se fuga, porqne la guardia civil anda ojo avizor, se pone de acuerdo con otras notabilidades del crímen residentes en las grandes cárceles, ó en plena libertad, y cuando vuelve á Céuta, tras un viaje inútil, ya trae materiales para urdir estafas, secuestros, y otras empresas lucrativas.

Relatar aquí todas las fugas de que fuí testigo, seria monótono y cansado. Voy, pues, á fijarme en tres ó cuatro, que decuellan por el cinismo, la habilidad, ú otras condiciones especialísimas,

Entre las fugas cínicas, merece especial mencion la del *Niño de Brenes.*

Era este un afamado salteador de caminos, resto de los antiguos caballistas que iñfestaron las Andalucias, y sin duda recibió el apodo por alguna hazaña ejecutada en su niñéz, pues cuando yo le conocí tenia el *Niño de Brenes* muy cerca de 70 años.

De carácter afable, como todos los *valientes* andaluces, el *Niño* septuagenario era un

preso simpático, que habia logrado crearse una existencia cómoda en el presidio, viviendo con holgura en el Hacho, donde ejercía diversas industrias, y las funciones de *guapo* de aquel departamento, mientras llegaba la hora de que uno de esos indultos estupendos, que devuelven de un golpe á la vida del crímen centenares de presidiarios, pusiese fin á su cadena perpétua.

El *Niño* era alto, corpulento, fornido, moreno y con un verdadero bosque de cabellos como la nieve, asomando bajo el sombrero de *paisano*, pues el *Niño* en razon á su elevada alcurnia de caballista jubilado y amo de la gente mas brava del Hacho, se sustraia completamente á la uniformidad del presidio, y ni usaba gorrete con vivos amarillos, ni llevaba cadena, ni vestia de otro modo que como los labradores andaluces acomodados; y ciertamente qne su figura debió ser simpática, cuando caballero en veloz jaca cordobesa, con la manta jerezana sobre el arzon, trabuco en mano y puñal al cinto, recorria las carreteras poniendo à contribucion à los viajeros ricos, y socorriendo á los viandantes pobres.

Tanto se estendió la personalídad del *Niño de Brenes*, que se hizo labrador de un pedazo de terreno en el Hacho, que tuvo ganado de cerda, aves de corral, y que hasta dió dineros á prestamo, con ínterés tan usurario como sus colegas que andan sueltos en la península.

Este estado de cosas no podia continuar. El *Niño de Brenes* iba á absorver todo el presidio, y se le notificó que era preciso que entrase bajo la accion de la disciplina comun, que vistiese el uniforme (lease los harapos) del presidio, que vendiese sus propiedades, y que dejase de funcionar como banco hipotecario de la poblacion penal.

El *Niño de Brenes*, recibió sonriente la noticia, y en frase ingénua, llena de modismos de la *tierra baja*, vino á decir en romance:

—Que él estaba en el Hacho, porque tenia un medio de vivir para ganarse un duro con vergüenza, sin ofender á Dios ni á *naide*, y mas bien dispuesto á hacer un favor á los Jefes, porque los *muchachos* al fin lo respetaban (no porque estuviera él delante) y en algunas ocasiones él habia mediado evitando disgustos y *esaboriciones*; pero que si se le queria rebajar al igual de cuatro *encueríno*s borrachos, él se fugaría, porque no le daba la cuenta vivir en *presiyo*, cuando podia vivir en su tierra sin que se metiera con él *dengun cevil*; y en resúmen, que él le hacia un favor al presidio permaneciendo preso, pero que en vista de que se le trataba con ingratitud, se veia obligado á brillar por su ausencia dejándonos abandonados á nuestra propia pequeñéz.

Este *speech* del *Niño de Brenes*, ingenioso

y originalísimo, produjo en el elemento oficial del presidio una explosion de furor, escepto en mí, porque yo encontraba muy puesto en razon todo lo que el *Niño* decia. Acaso ¿era aquél un establecimiento penal de veras, para que pudiese abrigar la pretension de retener y corregir á todo un ex-caballista con uso de uniforme? Si el *Niño de Brenes* habia tenido libertad para crearse una fortuna ¿conqué derecho se le advertía tan tarde, su falta de capacidad para contratar? Aquel viejo foragido, con astucias de zorro y argumentos de licurgo rústico, era la protesta viva contra el vicioso régimen del presidio, y en verdad que nos hizo *tirarnos una plancha* muy decente.

Se le dió un plazo para vender sus cerdos, gallinas y pavi-pollos y para realizar sus créditos por cesacion de negocios; y cuando tuvo todo su caudal á cuestas, no obstante la vigilancia que le rodeaba, nos hizo un ademan semejante al que hácia la Friggerio en *L'figlia di Madama Angot*, y se fugó.

Comenzaron las señales telegráficas desde el Hacho á la plaza; volaron, realmente, los *volantes*; se cerraron todas las puertas y portillos; la policía emprendió una série de carreras frenéticas; se apercibió todo el servicio de vigilancia interior y esterior, pero el *Niño* pertenecia á la clase de los *nó habidos*, y se habia evaporado.

Despues he recordado muchas veces esta jugarreta saturada de grandes enseñanzas, y dichome con toda conviccion:—¡Apenas habia ganado elecciones el *Niño de Brenes* desde que se fugó de Céuta, á la fecha!

Mas adelante hablarè de un penado valenciano, *roder* ó secuestrador de la marina, que habia tenido necesidad de fugarse diferentes veces para acudir donde le llamaban lucrativos negocios á la sombra del desbarajuste revolucionario; ahora, solo debo citar aquí una de *sus fugas*, como ejemplo de lo que pueden la voluntad y el ingenio del hombre.

Con ayuda de cómplices, que nunca faltan para estos fregados, por *tanti quanti*, preparó un gran cajon á medias lleno de tabaco; se introdujo en él; fué cerrado y clavado; y en esta forma se le expidió á Gibraltar como una mercancia averiada devuelta al punto de su procedencia; y como en Gibraltar el tabaco es de libre comercio, el consignatario del cajon habitado, lo recibió sin obstáculo, lo abrió, y el fugado salió á luz sano y salvo y perfumado.

¿Cómo se las compuso para no estornudar dentro de su encierro, aquel enterrado en nicotina? ¿Como resistió las molestias del viaje, aunque de pocas horas? ¿Cómo soportó los golpes y los bruscos cambios de posicion, que le obligaban á estar unas veces con la cabeza para abajo y los piés

para arriba, ó sea en vertical invertida, y otras en actitudes no menos violentas? El héroe de esta evasion singular, me contaba que tenia prisa en llegar á España sin hacer escala en Marruecos, y que optó por el medio mas rápido, y barato; pero que pasó tales angustias, que en *sus próximas fugas* no volveria á hacerse facturar como artículo de arder en pipa.

Al amanecer de un hermoso dia de Noviembre, sentí que golpeaban furiosamente la puerta de mi cuarto. Desperté creyendo que los *muchachos* se habian declarado en canton, y pregunté con voz aun turbia por la somnolencia:

—¿Quién es?

—*Er volante* de Talleres?

—Y ¿que quiere V.?

—*Er señó Comendante*, que se venga usté conmigo.

—Pues ¿que pasa?

—Una fuga *mu* grande en *Cuarté prencipal*.

—¡Buen modo de desayunarme!—pensé tristemente mientras me vestia.

Hice entrar al cabo, que olia y no á rosas, y en tanto daba los últimos toques á mi *toilette* matinal, supe que 18 reclusos del Cuartel Principal habian tomado las de villadiego, pero que ya estaban presos nuevamente 17 de ellos. Faltaba uno, cuya captura se procuraba con ardor por todos los empleados del presidio, francos de servicio.

¿Cómo se habia verificado aquella fuga

enorme? ¿Apelando á la fuerza, y degollando á los guardianes? De ningun modo. La cosa distaba mucho de revestir caractéres trágicos, y ahora vamos á saber como ocurrió.

En el estremo de la gran nave del Cuartel principàl, á la izquierda, y en el punto mas lóbrego y apartado de todo el presidio, existe una cuadra, húmeda, pestilente, de pavimento terrizo, que se llama *de depósito*, y sirve para albergar á los presos sobrantes de otras brigadas, á los que llegan tarde á la lista, ó los que por cualquier motivo no tienen acomodo en las demás cuadras, ó deben pernoctar transitoriamente en el Cuartel.

Tres ó cuatro dias antes del espantable suceso que voy à relatar, habian llegado al presidio diez ó doce artilleros que se sublaron en Barcelona, y algunos pajarracos de rapiña que, procedentes de las brigadas del Campo, Barcas y Talleres, iban recluidos al Hacho por incorregibles.

La cuadra de Depósito, linda por uno de sus lados con otra pieza inmensa donde están instalados los retretes y urinarios del Cuartel; pieza que descansa sobre la gran cloaca ó alcantarilla general, que forma un tunel amplísimo, y vá á desembarcar en el mar al pié de la muralla, frente á frente del peñon de Gibraltar.

Los presos incorregibles y recalcitrantes, que se vieron entre *novatos* tímidos y des-

conocedores de la vida del presidio, y guardados no mas que por un cabo de vara viejo é incapáz de oponerseles, concibieron y pusieron por obra inmediatamente el proyecto de fugarse.

Ellos sabian, que contra lo acostumbrado en las grandes prisiones, la cloaca no tenia, ni fosos de trecho en trecho, ni sólidas rejas empotradas en el túnel, que imposibilitan ó dificultan mucho una fuga. Así pues, escavaron la tierra del pavimento con sus cuchillos, y ya en comunicacion con la alcantarilla, se deslizaron por ella hasta llegar al mar fuera de murallas, sin accidente alguno, salvo el baño total que se dieron en las materias fecales almacenadas allí de largo tiempo.

Ya en la pequeña playa del Norte, escalaron la muralla á muy pocos metros de una batería, sin que fuesen apercibidos; pasaron con la misma fortuna frente á la puerta del Cuartel que acababan de abandonar; cruzaron el recinto amurallado de N. á S. sin que los viesen los centinelas del inmediato cuartel del Valle, y descendiendo por la muralla del S. que dá vista à la costa marroquí entraron resueltamente en el mar, protegidos por la oscuridad de la noche, para ganar deslizándose sobre las rocas à flor de agua, la playa del campo del moro, antes que fuese de dia.

Pero como el hombre propone y Dios dispone, mientras todo Céuta oficial dormia

tregarnoslo mediante el precio de 10 *duros cara*, ó de cuño sabelino, en que fijaba el valor del pobre fugado.

Dió señas el moro del confinado, y convencidos de que nó nos engañaba, organizamos una espedicion maritima con fuerzas de desembarco, para recojer á aquel hijo pródigo recalcitrante y descarriado.

Armóse un gran bote, y boga que boga, llegamos á la playa de los Castillejos que el moro nuestro guia señaló como mas cercana á su choza, y desembarcamos sin respetar la inviolabilidad del territorio extrangero y sin preocuparnos poco ni mucho de aquella lesion inferida á los tratados internacionales.

Subimos unas lomas medianamente empinadas. que conducen desde el mar á la planicie de los Castillejos, y nos encontramos en el célebre campo de batalla donde el general Prim ganó temerariamente su fama de soldado y sus prestigios de caudillo. Aquellas risueñas colinas, bañadas mansamente por las espumas del mar al quebrarse en las grises arenas, no guardaban el menor recuerdo de la breve epopéya escrita por Prim al frente del regimiento de Córdoba, cuyas mochilas estaban ya en poder de la morisma. Lentiscos, romeros, tomillos, y otras plantas bravías, formaban breñales de donde salian á nuestro paso, con asustado vuelo, las perdices, tortolas y palomas salvajes. Ni una cruz, ni un monumento, ni un des-

pojo de la batalla, recordaban el gran combate de moros cristianizados y moros mahometanos, que allí lucharon de igual á igual, sin mas superioridad que la del valor. pues está probado que la ciencia táctica brilló por su ausencia en aquel choque de hermanos separados por la religion y las costumbres. Pintoresca allí la Naturaleza mas que grandiosa, parecia como si una eterna sonrisa flotase sobre aquel campo, no tan salvaje que dejase de ser placentero en aquella tarde de otoño, cuyos celajes cernian la luz difundiéndola pòr igual en todos los términos. La sangre cristiana y la sangre mora al empapar la tierra, no tuvieron el privilegio de fecundizarla tragicamente, y en vez de las exhuberantes plantas que crecen en los campos abonados por la muerte, alzabanse las pastoriles matas propias del monte bajo, tan prosàicamente como si allí no hubiera corrido el rio fertilizador que circula tibio por las venas del hombre. Aire, luz, ruidos, soplo de la brisa, vuelos de aves, tímida carrera de las cobardes alimañas; todo era en Castillejos idilico antes que marcial, y en la diafana atmósfera no quedaban ya los remolinos producidos por la ondeante bandera que el caudillo tremoló acosado por la innumerable hueste agarena; y el caudillo mismo, ileso en aquella lucha de leones, yacia en Atocha destrozado por el plomo asesino, mas certero y mas cobarde tambien que el plomo riffeño.

Era P. M. S. natural de un pueblecillo del Maestrazgo, entre catalàn y valenciano; bajo de cuerpo, rechoncho, de formas sólidas, de movimientos tardos, de ojos negros, expresivos é inteligentes; de facciones correctas y varonilmente bellas. Hablaba muy poco, pero su aspecto distaba mucho de ser tétrico. Sus megillas estaban teñidas de arreboles, que hubiera deseado para sí la mas gentil doncella; y bajo la frescura de aquella piel, á través de aquella mirada tranquila, tras aquel exterior tan honrado, tan simpático, no hubiera podido adivinar nadie la existencia de un parricida, sin acudir à su hoja histórico-penal menos discreta, menos hipócrita, que el aire, el aspecto, y la manera de ser de P. M. S.

El que se sublevó contra la mas inviolable y augusta de las autoridades, contra la autoridad paterna, hasta el punto de poner la mano y el hierro en el símbolo y encarnacion de todos los respetos, era el preso mas comedido, mas respetuoso, mas amigo del principio de autoridad de todo el presidio. Cuando los pensionistas de Céuta se alborotaban, y los jefes corrian personales riesgos, ya se sabia: P. M. S., el mas adicto, el mas valiente, el mas subordinado de todos los cabos de vara, estaba allí á nuestro lado para reducir á la obediencia à los revoltosos, merced á los argumentos incontestables del palo, que son y serán los únicos eficaces, mientras el pre-

sidio esté, como está, suelto. ¿Trataba, por este medio, P. M. S., de pagar su deuda de sumision, despues de haberse sublevado contra el rey de su existencia en motin sangriento y repugnante? Resuélvalo el lector á medida que vaya conociendo detalles.

Todos los cabos, todos los funcionarios, todos los dependientes presos, quien mas, quien menos, veian con gusto que uno ó varios de sus compañeros de cadena, burlasen la vigilancia y buscaran en la fuga el lenitivo de la impunidad para sus crímenes. Así, pues, cuando ocurría una evasion, habia que esperar muy poco de los sabuesos que en busca del fugado salian por todas partes, moviendo mas ruido del que seria necesario para no dudar de la sinceridad de aquellos escarceos. P. M. S., por el contrario, ponia todos sus conatos en atrapar al evadido; visitaba las viviendas de las asquerosas sacerdotisas de Vénus, que en Céuta ofrecen sus hechizos y su complicidad á los confinados; exploraba todas las guaridas de la parte mas abrupta del monte Hacho; recorria palmo à palmo los senderos mas apartados que conducen al campo moro; interrogaba, expiaba y sorprendia á los armadores de embarcaciones, sospechosos de haber puesto en salvo al fugado atravesando el Estrecho ó abordando las solitarias playas marroquíes; y no descansaba, no se sonreia, no se disipaban las arrugas de su

te de su padre; ni en sus antecedentes aparecia la menor sospecha de embriaguez ú otros hábitos viciosos.

P. M. S. amaba á una jóven de su mismo pueblo, enemistada de antiguo con la familia de su novio, por esos mortales ódios de aldea que se trasmiten de generacion en generacion, y que con frecuencia dan lugar á salvajes colisiones.

En más de una ocasion P. M. S. habia pedido á su padre licencia para contraer matrimonio con la elegida por su corazon, y el padre negóse siempre, severa y rudamente, á consentir en semejante union, que habria de atarle con lazos de parentesco, á los que eran sus enemigos por antipatía trasmitida en herencia.

Una tarde, al caer el sol, P. M. S. y su padre, volvian de la viña que juntos habian estado cavando; P. M. S. á pié, silencioso y con el azadon al hombro; su padre caballero en una burra, y ambos seguidos de un perro. Al llegar á una hondonada que hacia el camino entre dos laderas, P. M. S. se adelantó algunos pasos, paró la cabalgadura de su padre y le dijo:—Padre ¿no me quiere su merced dar permiso para que me case?—Con esa mala mujer, no te has de casar nunca, P.—fué la respuesta del tenaz anciano, siempre aferrado á sus tradicionales antipatías. P, entonces, loco ó cuerdo, sereno ó indignado, ciego ó viendo distintamente todo lo sacrílego de su accion, des-

cargó un azadonazo sobre la cabeza de su padre, y despues otro y otro, hasta que lo derribó sin vida. Acometióle el fiel animal que era el amigo de ambos, y el perro fué muerto tambien; y ya en el paroxismo de la demencia, hostigado por ese olor atractivo de la sangre, que redobla el furor y turba las funciones del cerébro, mató tambien á la burra, como si quisiera hacer objeto de su venganza de *piel roja* á todos los seres testigos de la negativa del pobre y mutilado viejo; ó tal vez para borrar hasta la última huella de su crímen, porque inmediatamente salióse del camino, cavó en la heredad vecina ancha y profunda fosa, arrastró á ella el cadáver de su padre, el cadáver de la burra y el del perro, y á todos tres cuerpos dió juntos sepultura.

Poco despues, P. M. S. entraba cansado, pero tranquilo, en su hogar, como si sus manos estuviesen aun puras del mas horrible crímen, como si el sudor que brotaba de su frente lo hubiese provocado la honrosa labor de que dependia toda aquella familia de huérfanos.

P. M. S. negó haber visto á su padre aquella tarde; salió él mismo, como preocupado por la tardanza, en busca del pobre viejo, que yacia entretanto confundido en su fosa con los despojos de los dos animales, mas fieles y mas dignos de tener alma, que su hijo; y tan bien representó su papel, bordándolo de inquietudes y lá-

grimas, que parecía asegurada su impunidad. Pero como el hombre propone, y la guardia civil dispone, descubrióse la indigna sepultura del muerto; fué exhumado; se reconstituyeron los hechos, y P. M. S. entró en la cárcel acusado de parricidio. No había pruebas, y la justicia humana, temerosa de aplicar una pena irreparable, por indicios y conjeturas, condenó á P. M. S. á cadena perpétua.

Toda esta tragedia horripilante, podia adivinarse y deducirse de los resultandos y considerandos de la sentencia, y de la peticion fiscal; pero á travès de los ojos negros, tranquilos, expresivos, sonrientes, benévolos, bajo la piel fresca, sonrosada, saludable, de P. M. S, no se adivinaba el crímen, ni se veia la posibilidad de la tragedia, realizada, sin embargo, al caer el sol de una hermosa tarde, cuando las campanas llaman al rezo, cuando Dios enciende esos misteriosos y léjanos astros que semejan las pupilas de una legion de ángeles, cuando la luna, eterna enamorada del luminar del dia, parece que esparce en los espacios infinitos cierta poesía del bien, al contacto de su plácido y casto beso.

Si la crueldad asombra, no asombra ni horripila menos el disimulo de aquel parricida. Se explica el asesinato—y digo que se explica, por que estoy en presencia de un hecho—por el predominio de la cólera sobre el deber y los afectos; pero despues

de haber cometido el crímen ¿cómo no sintió aquel malvado la necesidad del suicidio? ¿Cómo no entregó su cuello al verdugo, por un acto expontàneo de su conciencia, ya que los únicos sufragios que podia dignamente aplicar à su padre, eran los sufragios de la capilla; y como no subió al patíbulo gozoso por qué el tornillo infamante saldára tremendas cuentas de ultratumba con aquel padre que podía pedírselas de su existencia y de la del parricida? Inesplicable parece el caso, y aun lo pareceria mas al lector, si hubiese visto, como yo, á P. M. S. cuidar asídua, cariñosa, casi paternalmente, de un niño de pocos meses, hijo de un capatáz del presidio, de quien el parricida era ordenanza. ¡Qué profundo y terrible contraste! El que asesinó á su padre, el que apisonó la tierra de aquella tumba, sin llorar, sin conmoverse, atento solo á asegurarse la impunidad; el no tuvo compasion del paciente jumento, ni del perro leal, mostraba la ternura, el celo, el amoroso afan que se necesitan para llevar en brazos una débil criatura, besarla, cuidar de ella, gozar en sus sonrisas, y poner, en fin, todos los conatos de maternal solicitud, en satisfacer todos los caprichos infantiles.

Profunda y cruel revolucion debió operarse en las sombras densísimas de aque-

lla conciencia, porque cuando yo conocí á P. M. S. tenia ya remordimientos. ¿Cómo se manifestaban? De dos maneras, y en dos únicas ocasiones. P. M. S. no toleraba á nadie, ni á jefes, ni á amigos, ni á confinados, que le hablasen de su delito. Cuando una pregunta indiscreta evocaba aquellos recuerdos, sobre los que el miserable no habia podido echar la tierra que echó sobre la zanja de su padre, tornabase de sereno en torvo y amenazador. Sus làbios se contraian; por su frente pasaba una nube negra; sus ojos se cerraban con fuerza, y sus manos buscaban el cuchillo. Si el niño de pocos meses que P. M. S. paseaba en brazos por las calles de Céuta, le hubiera podido decir al oido, con su vocesita de ángel, ¡parricida! P. le hubiera extrangulado y mordido la lengua despues de muerto. Además, ¡el mísero no dormía! estaba privado de ese reparador descanso, que da nuevos bríos al espíritu para el combate de la vida ; el bálsamo consolador del olvido, era ineficaz para aquel pensamiento, siempre en accion, siempre despierto. En la fatigosa realidad punzante de los recuerdos, no podia haber ese paréntesis que se llama sueño; habia dentro de él, un vigilante insobornable, que cada segundo le daba un grito, tan siniestro, tan profundo, tan cavernoso, tan ahogado, que solo él lo oia. ¿Cómo no vino la locura tras aque-

lla perturbacion fisiológica? ¿Eran los sueños de P. M. S. mas terribles que el insomnio? ¿Dormido, veia y oía mas cosas provinentes de su crímen, que despierto? Nunca he sentido tanto no ser medico, como cuando tuve delante aquel extraño caso que no acierto á calificar apropíada ó científicamente. P. M. S. comía, digería, y se nutria bien. Las funciones mentales no podían ser mas perfectas, y en cuanto lo permitia su educacion descuidada, discernía juiciosamente; y sin embargo, era rebelde al sueño, con una rebeldía constante, que solo se observa con intermitencias en los dementes furiosos é incurables. ¿Qué pasaba en aquel perturbado espíritu? ¿Qué horribles tempestades se desarrollaban bajo aquel cràneo.? ¿Acaso la suprema eterna justicia, habíale condenado á vivir doble que los demàs hombres, para que fuese mayor, por doble, su tormento, ó para que esta duplicidad de la vida, abreviara el plazo de su existencia?

Arbitraria parecerá la hipótesis, pero el hecho es absolutamente verídico, y yo, que dudé de su verosimilitud, hube de rendirme à la evidencia, despues de haber expiado á distintas horas y con las mas exquisitas precauciones á P. M. S.; nunca le pude ver profunda ni ligeramente dormido; siempre estaban abiertos sus ojos, jamàs dejó de haber relacion entre el mundo exterior y su alma, condenada á ver y oir, de dia

y de noche, sin solucion de continuidad, como un judío errante del remordimiento, que se sintiera sin cesar aguijoneado por el eterno ¡anda! ¡anda!; y sin embargo, ni se rendía á la fatiga, ni su vigor físico mermaba, ní de su rostro desaparecían la sonrisa, la tranquilidad, la hombria de bien que sus facciones conservaban como estereotipadas.

Dije al principio que no trataba de deducir conclusiones, ni de inventar teorías; he referido hechos, dejando á cárgo del lector resolver los profundos, los aterradores problemas, que surjen de cada párrafo de este capítulo.

El lector profano, habrá conocido por mi mediacion algo de la podredumbre organizada, viva, sensible, que hay bajo los harapos del presidio; el médico y el filósofo, si por acaso tengo la fortuna de que este libro vaya á manos de algunos de ellos, podrán despejar la fatídica incógnita que se oculta bajo las tres letras, tantas veces escritas, y de las que he querido hacer el capuchon celular que debería cubrir á P. M. S., si este país no se llamara España.

Yo, solo aprendi en mís largas observaciones ante aquel caso insólito de la ley de contradiccion que rige al humano espíritu, que se puede asesinar al que nos engendró, y cuidar como una nodriza á un chiquillo ajeno; que se puede matar á el

que debemos el sér, sin que se pierda el apetito.

Ahora bien; para explicar todos estos hechos, seria preciso conceder la palabra á los cocodrilos.

puesto mano sobre la sagrada persona de su padre, los presos por asesinato de sus mujeres, que yo conocí en Céuta, casi todos habian procedido á impulsos de la falsa idea del honor que exije el sacrificio de la adúltera, y casi todos tambien fueron condenados á cadena perpétua porque en la ejecucion del delito, léjos de obrar con arrebato y obcecacion pusieron algo de crueldad que agravó la venganza del honor ultrajado, hasta convertirla en asesinato con circunstancias calificativas.

Los reos de este género de parricidios pertenecían por lo general á la clase de menestrales, siendo muy pocos los campesinos, como si la relativamente mayor ilustracion de las familias obreras fuese causa de mayor corrupcion de costumbres, ó tal vez motivo de que esa falsa idea del honor á que me he referido, esté mas arraigada en las ciudades que en los campos.

Dos tipos curiosos pude estudiar en estos delincuentes. Uno de ellos, era gallego, y cuando yo le conocí, anciano que andaba muy cerca de los setenta inviernos. Alto, huesudo, tétrico, apenas despegaba los lábios, conservando en su mirada una frialdad y una firmeza verdaderamente notables. —Este vengador de su honra, noticioso de que el adulterio habia manchado su pobre tálamo, no se entregó á manifestaciones ruidosas de una venganza de gran espectáculo.—Calló y toleró que se consumàse repe-

tidas veces la ofensa, y comenzó á envenenar con arsénico á su mujer, gozando en su agonia como un Otello con algo de Borgia, hasta que la vió morir enmedio de padecimientos horribles.—Luego, confesó su crímen y se entregó á la justicia, tal vez buscando el patíbulo, porque en el fondo quizás la amaba.—Esta tragedia, no menos imponente que las tragedias clásicas, donde la fatalidad amontona los crímenes, duró toda la existencia del parricída, pues cuando le conocí, cuarenta años despues que los celos le abrieron las puertas del presidio, todavía era un hombre dominado por la obsesion que puso en sus manos el veneno; y asi se revelaba en su ceño fruncido, en el rayo impasible de sus ojos, y en algo terrible que habia en su semblante demudado por los estragos del tiempo.

El otro parricida, medio francés y medio español, pues habia nacido en un pueblecillo de Navarra sobre la frontera de Francia, parecia muy satisfecho de su obra, y contentísimo de haber cambiado su condicion de marido en ridículo, por la de presidiario á perpetuidad, pero viudo.—Zapatero de oficio, y muy hábil por cierto, trabajaba el buen vasco en su aldea, cuando la montañesa á quien se unió ante el altar, rindiose á las seducciones de un D. Juan con boina, zapatero tambien en el taller de su marido.—Súpolo el maestro, y tras largo ace-

cho los sorprendió infraganti; dejó ir al seductor, atento solo á tomar venganza de su mujer, y la dividió en menudos pedazos á puñaladas, ocultando despues el cadáver en una tenaja de agua, y huyendo del pueblo, hasta que la justicia le aprehendió, juzgó y condenó á cadena perpétua.—Dos cosas raras observé en este vengativo díscípulo de San Crispin; no era carlista, apesar de serlo á macha martillo toda la masa popular de su país; y la idea de los celos propiamente dicha, la que produce inmensa amargura y raptos de dolorosísima desesperacion, no habia entrado para nada en su crímen.—Procedió por miedo al ridículo, por demostrar á sus convecinos que no era cómplice en el adulterio de su mujer, y luego que hubo probado esto y lavado sangrienta y toscamente su honra, se quedó tan fresco, sin que la muerta se llevase al otro mundo ni una pizca de su amor, ni un átomo de su despecho, ni la menor idea de rencorosa venganza.—Tenia necesidad de no ser ante sus viriles compatriotas lo que expresa el vocablo que diera á Quevedo tanto juego en sus libres sátiras, y luego que hubo conjurado tal contingencia, recobró la normalidad de sus pasiones, y ni triste ni arrepentido, ni preocupado se le vió nunca.

Al llegar aquí, se me ocurre una digresion.—-Todos los' maridos engañados, prefieren ejercitar la venganza en la mujer culpable, y rara vez buscan solamente al se-

ductor, y casi nunca miden por el mismo rasero juntamente á la seducida y á su cómplice.—Admitiendo como justa la equivocada y estúpida idea del honor, que es causa determínante casi exclusíva de los asesinatos de mujeres adúlteras, tengo por insigne cobardía guardar toda la explosion de la crueldad y de la cólera para el ser mas débil, dejando impune al que es mas dueño de sus acciones, al que posee mayor libertad en el descernir y en el querer, y al que casi siempre es causa y único responsable de que el crímen de adulterio se consume. —Y tan divulgado está el procedimiento, y tales sanciones goza, que en el teatro y en la novela, siempre paga los vidrios rotos la pobre hembra, acaso histérica, acaso impelida al acto adulterino por coacciones diversas, mientras el amante se larga con buen viento, y el marido vá al presidio ó al patíbulo.—El mismo Sellés, autor que mas recientemente ha llevado á la escena el drama del amor criminoso, no ha desatado ni cortado el *nudo gordiano*, porque su héroe no viene à ser mas que un Juan Lanas enfurecido. ¿Contra quién? Contra el mas débil y el mas incapáz de defenderse, de los que colaboraron en su ofensa; contra el que llorarà arrepentido y medroso, no contra el que apoyará con un rewólver su desman. —En esto, creo yo que no caben terminos medios; ó se mata al culpable y se desprecia á la adúltera, ó se encarga á la justi-

cia, única que lava honras, la solucion del conflicto, la vindicacion de la ofensa, en nombre de la moral, y de la colectividad social que habla por boca del juez.—Por eso *Yorik*, la insigne creacion de un poeta que comprende al hombre caballeresco y varonil, mata al seductor y ni siquiera se le ocurre en sus seniles celos, golpear á la adúltera; por eso *Otello*, con ser de un génio que puede compartir la inmortalidad con Sófocles y Eurípides, es inferior á *Un drama nuevo*; y como yo soy apasionadísimo de esta produccion española, el drama mas humano, mas real, y á la vez mas espíritual que se ha escrito, cojo por los cabellos la ocasion, para venir desde el caso de un zapatero parricida á una digresion de crítica literaria que no podia contener dentro del cuerpo.

Volviendo à mi parricida navarro, he de referir una anécdota, que acaso contenga un consejo útil, para los que hacen sacrificios en los altares de Baco.

Por su habilidad y hombria de bien, el zapatero pirenáico tenia libres las puertas de su prision, sin que jamás diese motivo para que se le privase de sus franquicias y libertades, que él aprovechaba para ir á tomar medidas, entregar la obra, comprar materiales, etc., etc.

Una tarde de Noviembre, apacible como todas las de invierno africano, paseaba yo por la calle Real de Céuta, haciendo hora

para concurrir al bautizo del hijo de un capatáz, de quien yo debia ser padrino en el acto de su solemne entrada en el gremio de la Iglesia, cuando vi venir en direccion opuesta al buen artista pedestre, que era como ya hé dicho, un preso inmejorable por su subordinacion, excelente conducta, indóle pacífica, sobriedad y otras prendas apreciables por lo raras.

Pero como el hombre es fràgil, la carne flaca, y la voluntad maleable, aquella tarde habia abusadó del vino el navarro, ó el tabernero había abusado del alcohol, ó ambas cosas, y mi subordinado venia cayéndose, y escribiendo con los piés las mas gallardas *eses*.

Mas por quitarlo del peligro à qué su estado le esponía, que por lujo de severidad, le detuve, y entregándole à un cabo que acertó á pasar, dí órden de que le condujeran al Cuartel de Talleres, con encargo especial de que lo tuvieran en el patio al aire libre, aunque se encerrara la brigada, para que el fresco de la noche le robase el exceso de calórico, que tenia almacenado en el éstómago.

Llegó la hora del bateo; asísti compungido à la iniciacion del diminuto catecúmeno; oí con sobresalto las sonatas del órgano; díje á la madrína unas cuantas cosas sobre el parentesco espíritual que acababamos de contraer, y que aproximandonos nos alejaba, y despues de satisfacer á los mu-

chachos pedigueños que reclamaban los clásicos *caios* con voces estruendosas, subí á las habitaciones de Talleres, donde se celebraba el suceso con el refresco de rúbrica, sin ver al zapatero navarro, que por allí debia de andar al relente, y sin acordarme siquiera de la higiénica correccion que le impuse.

Circuló profusamente todo el linaje de licores con que se remoja un suceso de tanta trascendencía como la liberacion de la culpa originaria en un párvulo, y á fuerza de trincar, y de echar brindis á la salud de los padres, del bautízado y de sus hijos basta la cuarta generacion, de la madrina, del padrino de los testigos y circunstantes, comenzé á sentirme zapatero y navarro; quiero decir, que la fragilidad humana nó respetó mi carácter oficial, ni mis 8.000 reales de sueldo, y me emborraché en prosa vil, con náuseas, malestar de cabeza, y otros alifajes propios de ese que llaman *estado natural del hombre*, pero sin perder por ello la nocion de mi dignidad, que me impedía mostrarme del propio barro ó del propio pellejo, mejor dicho, que el resto de los mortales con menos sueldo que yó, y salí discretamente en busca de lenitivo á mis bascas y sudores.

Como pude, bajé las solitarias escaleras; y al desembocar en el patío, y recibir en el rostro la agradable caricia del fresco aire del mar, vi una cosa horrible.—A pocos pasos de mí, derecho, á plomo, sin la menor osci-

lacion, completamente fresco, y con su gorro en la mano, estaba el zapatero navarro, en actítud humilde, sí, pero acusadora y preñada de mudas reconvenciones.—La disciplina apareció de súbito ante mís ojos como si yo la hubiese estuprado con vulgar intemperancia; vi subvertido todo el órden de las gerarquías; pisoteado el prestigio de la levita y de la credencial; rota en menudos fragmentos la nocion de mi superioridad como hombre y como empleado público, y corrompida la decencia del jefe ante el subordinado.—¡Ser suceptible de un alcoholismo, primo hermano del de un zapatero navarro y parricida! ¿Hay cosa mas cómicamente trágica, si se me permite la paradója? ¡Estar hecho de la misma grosera materia que un forzado à perpetuidad! ¿Hay algo mas tirànico en la democracia de las flaquezas humanas? ¡Meter con deletacion el hocico en el vaso lleno de la misma pócima, que trastornara al presidiario! ¿Se comprende mas grosera debilidad?—Noé pudo aparecer ébrio antes sus hijos, pero yo no habia engendrado al navarro; y llamando à toda mi embotada voluntad, por un milagro en que el decoro hizo las veces de amoniaco líquido, me senti firme, despejado, tranquilo, y derecho como un soldado inglés (en ayunas se entiende) me fuí al navarro, y le espeté este embuste:—¡A buscar á V. he bajado precisamente!—No quiero que mientras hay alegría en este casa, esté

yo acertara á decir lo que es la Noche-buena en el presidio, no me sentiria rebajado ante el fuste de otros cronistas de la mas sencilla y, al propio tiempo, las mas conceptuosa de las efemérides cristianas.

Han trascurrido trece años desde que se consumaron los hechos y ante mis ojos se desarrollaron las escenas que voy á referir, y aun lo recuerdo todo con esa tenacidad de que se vale el horror para grabar en la memoria sus mas pavorosas obras.

Y hablando de la memoria, las exigencias de mi estilo, mi naturaleza de pensador sincero (pase la soberbia de que se llame pensador un hombre, por que se acuerda de algunas cosas,) y la ingenuidad de que procuro no prescindir, cuando al público me dirijo, imponen aquí forzosa digresion, que contribuirá á dar mayor volúmen la libro, y á mí pretesto para aumentar en tercio y quinto su precio al fin de la jornada; cosa, despues de todo, lícita por admitida, desde que el contribuyente se ha acostumbrado á considerar endémico todo impuesto transitorio, en esta tierra de lo provisional eterno.

Mientras, en mis excursiones por la complicada fábrica humana, no llego á la cabeza, todo me lo explicó satisfactoriamente. Las piernas se mueven merced á una admirable máquina, perfeccionada hasta los últimos límites. Mecánica pura es tambien el artificio de los brazos y manos, balancines

naturales, medios de comunicacion física y armas ofensivas y defensivas, todo en una pieza. El corazon, tabernáculo de las pasiones mas puras, es un propulsor movido por su propia cualidad impulsiva y espansiva; en él no encuentra el fisiólogo mas que una especie de alcubilla de la sangre: el amor y el heroismo, hay que buscarlos en otra parte. Los miembros todos, del cuerpo humano, viven á beneficio de incesante y misterioso riego, pero riego al fin, que entra por la boca en forma de cuotidiano alimento, y sale del estómago convertido en torrente fertilizador. No es, pues, extraño, que toda funcion humana de cabeza para bajo, como material, mecànica y explicable, parezca la obra de uno de esos grandes relojeros, suficientemente hábiles para poner en movimiento y someter á medida de tiempo la esfera celeste, el apostolado, las fases de la luna y otras curiosidades, que aun admiran los nacidos en góticas catedrales; pero en llegando á la cabeza, al preguntarnos, ¿por què me acuerdo? perdemos el punteado, ó lo pierdo yo al menos, que soy filósofo á ratos y mientras no tropiezo con dificultad séria de esas que hacen las veces de pared maestra, donde nos lleva à dar de bruces la ignorancia.

Efectivamente; por qué me acuerdo de todo lo que ví la Noche-buena de 1873? ¿Por qué no se han borrado los contornos de aquellos hombres? ¿Por qué veo la luz agonizante de un mal candil, que prestaba

siniestras sombras á la cabeza y el rostro de un confinado herido, à quien curaban de primera intencion sobre una mala cama, cuya parda manta aun parece que se và à deshilachar de puro vieja? ¿Por qué me persigue aun la imágen de aquel otro preso, rígido, sobre una tarima à pocos centímentros del suelo, y por qué me doy cuenta 4.745 noches despues de haberla visto, de la dura y prolongada batiente que producia su huesuda y gran nariz sobre la pared, al ser iluminada oblícuamente por una luz que habia á la cabecera del pobre muerto? ¿Quién ha ordenado en múltiples é impalpables casilleros, por llamarlos así, para materializar mas el concepto, esas fotografías indelebles que se llaman recuerdos? ¿Qué voluntad preside al acto de sacar uno de los casilleros, y por qué sale aquel y no otro? No lo sé, y probablemente me moriré sin averiguarlo, porque voy sospechando que son falsos todos los sistemas psicológícos inventados para llegar al conocimiento de la naturaleza y cualidades del alma humana, que es, ó una gran resultante de fuerzas materiales, ó un milagro latente. Y aquí concluyo, porque ambos términos de la disyuntiva me parecen tan mentecatos, como yo, su autor, ó su traductor, mejor dicho, ya que es cosa averiguada que no puede ocurrirse al hombre necedad que otro no haya sostenido, con anticipacion que hace de todos los disparates un eterno plagio.

Resumiendo; no sé como, ni por qué; pero me acuerdo de todas y cada una de las cosas que ví, hice y comprendí hace trece años. Acaso recogí entonces datos en conjunto, procediendo como los pintores impresionistas, y mi memoria ha ido despues perfilando detalles, arrojando luz y estendiendo sombras para dar mas réalce al cuadro; pero aún apoderándome de esta hipótesis, no consigo rebajar uno sólo de los muchos grados, que de maravillosa tiene la labor mental que se llama acordarse.

La noche habia venído del Estrecho, densa y húmeda, como deben er las noches de un presidio. Amenazaba la lluvia y un aire cargado del acre vapor marino, batía á intérvalos las calles de Céuta. Tras las vidríeras de los balcones, alguna luz parecia decir: ¡aquí hay una familia que tiene que cenar! Los escasos transeuntes aceleraban el paso; diríase que todo el mundo sentia la nostalgia del hogar.

Otro detalle; como la lluvia era inminente, antes de salir de la fonda me calzé unas botas para agua, que poco antes me construyera un preso, gran maestro de obra prima, cuyas delicadas manos para echar pespuntes y dar elegantes curvaturas al calzado, fueron bastante hercúleas para haber arrojado por un balcon á su mujer sorprendida en flagrante adulterio; acto que valió al discípulo de San Crispin una cadena perpétua, que cortó mas tarde bien-

hechor indulto. Y cito este detalle de las botas, para que se vea cuan cierto es el refran que dice: el hombre propone y Dios dispone. Yo me previne contra la lluvia, y el flamante becerro preservó mis piés de una inundacion de sangre. Pero no anticipemos los sucesos, como dícen folletinistas menos seguros de su público, que yo lo estoy del mio.

De vez en cuando, salian á la calle alegres sones de música pastoril, que suena lo mismo en Africa que en Europa, siempre que la interpreten *artistas* cristianos. El villancico es cosmopolita, como el credo de la religion de que forma parte, en apéndice mitad profano, mitad litúrgico.

Cuando uno está triste, la alegria ajena parece mas ruidosa. Parecíame á mi, por lo tanto, que Céuta dilapidaba sus carcajadas aquella noche, pero en realidad estaba exteriormente tan taciturna, como en otra ocasion cualquiera. Sus reverberos alumbraban lo mismo; su aspecto de aldea con pujos de ciudad, no habia variado.

Atravesé la calle Real, extensa hasta parecer inacabable, y dejando atrás, aquí un ensordecedor coro de sonajas, allí un melancólico puntear de guítarra, mas allá las guturales y casi extintas notas de la zambomba, llegué al Cuartel principal del presidio, á aquel edificio ya descrito, cuyo ruinoso y menguado aspecto hacíanle por entonces tan propio para almacen de miserias; así co-

mo no parece adecuado para ocultar la maldad del alma, un rostro bello y juvenil.

Yo iba al Cuartel principal, por terceras partes conducído, por mi deber, por aburrimiento, y por curiosidad. El deber llevábame de mala gana; el aburrimiento me expoleaba á medias; la curiosidad me hacia andar de prisa.

Todas las noches entraba yo en el presidio, pero aquella apodada *buena*, parecíame la de mi debut; tal fué la impresion desagradable que me produjera el sólo ingreso en el portal, donde ya la fetidez nauseabunda propia y característica de las prisiones, se me hizo ínsoportable, y eso que mi membrana pituitaria conocíala de antemano íntimamente.

Quien no ha olido los gases que se escapan de esa gran retorta que se llama una càrcel, puede decir que conserva la virginidad de su nariz. Es que el cieno social apesta mas que el cieno de los pantanos; es que la pestilencia cadavérica resulta mas venenosa, *cuando el muerto está en pié* y anda de acá para allá, arrastrando una cadena.

Si el Dante, el génio de lo terrible, hubiera poseido el secreto de lo que podemos llamar perfumería penal, su infierno tendria aun mas horror, y sus condenados serian mas dignos de lástima.

El aire viciado de las càrceles y presidios recoje las emanaciones amoniacales de los

escrementos; el vaho que se desprende de ochocientos ó mil hombres, cuyos cuerpos desaseados no han llamado todavia la atencion de la higiene oficial; la humedad; el carbono de las luces y el carbono de la respiracion; el humo del tabaco infamemente adulterado; las secreciones volatilizadas de las enfermedades mas asquerosas, y sobre todo esto, los resíduos de los alimentos envian su contingente de eso que se llama *cochambre* en andalucismo gráfico é insustituible. Un baño de aire presidial produce el mismo efecto en la economía que una exagarada dósis de tàrtaro emético. Vivir en aquel ambiente cálido, espeso, que participa del olor del andrajo súcio, del de la pústula supurante, y del resuello de la cloaca, y vivir sín vomitar, es el milagro de aclimatacion que mas puede sorprendernos.

Los lóbregos pasillos del presidio, no estaban tan solitarios como de costumbre. Las cuadras permanecian abiertas; habia más luz que otras noches, luz que al resbalar sobre el viscoso pavimento teñia de ese amarillo mortuorio, las súcias paredes y los siniestros transeuntes.

Cantares de todas las provincias de España, dibujaban, si así puede decirse, el mapa lírico de nuestras provincias, en aquella semi-oscuridad medrosa y siniestra. No se veia á los cantores, pero allí habia aragoneses y andaluces, vascos y valencianos, astúres y cubanos, montañeses rudos, é in-

dolentes moradores de las murcianas vegas, Las coplas que á duras penas eran inteligibles, por lo ronco y apagado de las voces y por las malas condiciones trasmisoras del sonido de aquel aire casi sólido, semejaban en remotas lejanías el desfile de todos los pueblos de España, con todos sus sentimientos y pasiones. Se invocaba el recuerdo de la mujer amada, se llamaba al padre y á la madre, se daba espansion á la cólera, y se apelaba á una religion convencional, màs poética que ortodoxa; y en este punto se me ocurre que no es impertinente consignar el hecho constantemente observado por mí, de que el preso hace centro de sus creencias religiosas à la madre del Crucificado, ora cantando sus angustias, ora enalteciendo sus bondades. Es indudable que entre todo el que sufre y María la Nazarena, existe una misteriosa corriente de simpatías que se manifiesta en prácticas devotas, en cantos, y hasta por medío de superticiones y blasfemias. La virgen del Pilar, la de los Desamparados, la de las Angustias, la de Consolacion de Utrera, la de la Gracia de Carmona, y la del Carmelo, tuvieron aquella noche acentos desgarradores que las invocaron. ¡Tremendo contraste! El feroz asesino, el ladron desalmado, es decir, la fuerza brutal en sus mas sangrientas manifestaciones, amparándose de lo más débil, de lo màs ideal, de lo más delicado; de María, cuyas lágrimas no

se enjugan, cuyo pecho traspasado no cesa de sollozar. ¿Por qué la gente ruda y curada de espantos, de nuestro pueblo, no elije por patron al arcángel valeroso que pisotea y amenaza al génio del mal, ó á San Jorge que dió muerte al dragon con el esfuerzo de su brazo, y prefiere acudir en sus trances y empeños á una madre transida de dolor, y debilitada por los sufrimientos? No lo sé; la ley del contraste no me ha revelado aun su secreto. Solo tengo por cosa averiguada que el fuerte busca al débil, como los hombres chicos buscan mujeres grandes, y los grandes las buscan chicas; del mal, el menos, que dirán ellos.

Hasta aquel momento, la Noche-buena del presidio no tenia nada de particular ni de característica. Los penados iban y venian tranquilos, mordiendo los cigarros puros con que les habiamos obsequiado. Vino, circulaba muy poco, y con el agua suficiente para que el Valdepeñas perdiera por completo sus propiedades alcohólicas. En las cuadras se guisaban gatos, conejos ó cabritos, que en esto habria dudas insuperables para emitir una opinion afirmativa. Se oian risas contenidas. El hierro sonaba haciendo coro á las carcajadas faltas de expansion y de alegría.

La corneta, que es el relój del presidio, anunció que eran dadas las nueve de la noche. Sonaron los rastrillos; una ronda de capataces y cabos comenzó á cerrar las puer-

tas de las cuadras. Oscureciéronse los pasillos, y à medida que avanzaba la sombra en la extensa galería, quedàbase esta solitaria y en silencio, como debe quedar el nicho cuando el sepulturero cierra el último resquicio con el último ladrillo, é interpone discreto biombo entre el muerto y los vivos.

Solo yo en el esterior de la crugía, asistí á la clausura de aquellas populosas sepulturas, pensando por intuicion, que acaso no volverian à abrirse para algunos de los míseros reclusos las puertas de sus calabozos. Poco despues comenzó à dejarse oir sordo abejorreo; las coplas extinguidas en el aire cuando sonó la corneta volvieron á estallar, más sordas, más lejanas, mas siniestras. Semejantes á esas luces lívidas que brillan con escasa fuerza ante un nicho ó un exvoto, salian por los ferrados postiguillos de las puertas de las cuadras algunos rayos luminosos que se rompian en la calima que llenaba el pasillo. El ruido iba en aumento. La alegre ola de las espansiones subia y subia sin cesar. Comenzaba la Noche-buena del presidio, como si hubiese esperado para manifestarse á que el aislamiento de los reclusos agrandase la distancia que los separa de la sociedad. Y puesto que comenzaba el espectàculo que allí me habia llevado, quise verlo y me asomé à uno de los postiguillos más cercanos.

El farol de ordenanza, habia sido reforzado con varias candilejas que, aportando su contingente de luz, llenaban la estensa nave de una claridad relatíva. Todos los petates (camas) estaban vacíos, á derecha é izquierda de la cuadra. Grupos de confinados sentados en el terrizo suelo, comian, hablaban, y á hurtadillas, no obstante hallarse en família, bebian para hacer boca del infernal aguardiente contenido en sendas vejigas de toro, que entran fácilmente ocultas entre las ropas y los útiles del trabajo, ó por otros ingeniosos medios que el vicio sugiere y un sistema de vigilancia detestable, hace posibles. Las fisonomías se animaban por momentos. Fuego comenzaba á haber en todas las miradas, y la alegre expansion popular se ponia un sí no es terrible, por el ódio amontonado en aquellas conciencias, lo patibulario del lugar, y lo honrado de la fiesta de las familias, que celebraban aquellos huérfanos legales; trozos de carne atrofiada que la sociedad se habia amputado, mas bien que hombres.

No quiere decir esto que todos los presos parezcan diablos, y que al asesino hayan de teñírsele de sangre las manos con períodicidad acusadora; por el contrario, los hay tan arrepentidos exteriormente (el arrepentimiento de los confinados no pasa nunca de la superficie, como probé en otro capítulo) que parecen honrados burgueses combatidos por una calamidad, mas

bien que réprobos condenados á merecida pena; ní tampoco que la Noche-buena del presidio sea una saturnal esmaltada de crímenes. En la cuadra que híce prímer objeto de mis observaciones, las cosas no pasaron á mayores; se comía alegremente, se bebia con sed insaciable, y se cantaba con acento de patética desesperacion; pero el tono general era siniestro (y perdone el lector la frecuencia con que uso este adjetivo, el único, entre todos los españoles, que al colorido de las escenas del presidio conviane: si en vez de escribir pintase, usaria el asfalto como tinta predominante en mi cuadro.) Lo mismo sucedía en todas las demás cuadras; sin haber salido el crímen, la Noche-buena habia introducido algo de su honradez innata en aquel antro, como el sol halla medio de visitar alguna vez las cuevas mas profundas. Solo el fétído aliento de la cárcel permanecia inalterable: se festejaba el Nacimiento, pero no olía á tomillo; seguia oliendo á presidio.

Continué mi peregrinacíon de observador furtívo, á lo largo de la extensia crugía. En unas cuadras, la fiesta era simplemente lírica y gastronómica; en otra era tambien coreografica. Amplio círculo de confinados, en cuclillas los de la fila interna, de pié los de la última fila, rodeaba à un infatigable bailarin, que en el centro del corro ejecutaba un paso de esos bailes andalu-

ces que ni en el seno del presidio pierden su orientalismo. El artista pedestre, era un jóven condenado á ocho años de presidio, una bicoca comparada esa condena con las inestinguibles que tenian à cuestas sus admiradores. Se le jaleaba, se le excitaba con coplas, palmas y gritos, en que sobresalian todas las onomatopéyas del *argot* andaluz; y el bailarin, sin duda, recordando las *juergas, boyas*, y giras campestres de *la tierra*, el gemir de las guitarras, los ondulantes giros de *la flamenca*, que fué, tal vez, su última pareja; tomando por sol de la campiña sevillana el mísero candil que le alumbraba, y por regalado nectar de las soleras de Jeréz ó del Puerto, el licor infame que de vez en cuando se le ofrecia, dió por un momento á su danza toda la lubricidad, toda la espresion, todo el colorido posibles, y los aplausos estallaron y las vegigas de aguardiente dieron salida á la lava que en forma líquida guardaban avarientas. Borróse poco à poco el influjo magnético del baile; se rehizo el disuelto corro, y aquellos infelices malvados diéronse á comer el guiso extraordinario de la solemne noche, con fruicion digna del mas sibarita gastrónomo. Estaban otra vez en familia; lo biblíco volvia à domínar, solo que aquella cena no seria interrumpida por el Angel, nuncio de la buena nueva.

Entretanto, la fria humedad que viene del mar en alas del viento de la madru-

gada, va invadiendo el solitario pasillo. Los faroles agonizan, como si ellos mismos no pudieran resistir al sueño; los vigilantes envueltos en sus mantas, se aburren recostados sobre la pared, como si sintieran la nostalgía de la fiesta, que se desencadena (es la palabra) mas animada que nunca tras las apolilladas y remendadas puertas de las cuadras.

Vuelvo á desandar lo andado; ya he visto la Noche-buena en el presidio, y bien puedo irme á mi casa à estudiar lo que es la Noche-buena en una fonda barata. El pavimento, cada vez mas resbaladizo, brilla à trechos, como la piel víscosa de un reptil. Es preciso caminar con cierta precaucion, y tomo el lado de la izquierda, donde, en procesion inacabable, sitúan las puertas de los dormitorios. Al pasar frente á cada ventanillo, fétido torrente de vapor, parecido al eructo de una enorme bestia, me hace volver la cabeza. De todas las rendijas brotan rayos de luz pajiza, rumor de carcajadas, interjecciones, palmoteos, palabras incoherentes acentuadas con todos los dejos peculiares de las diversas regiones de España, desde el ¡*otra*! ¡*qué Dios*! de los aragoneses, al ¡*voto vá Deu*! de los catalanes, pasando por las demás blasfemias ú obscenidades que esmaltan el lenguaje de algo así, como úlceras, por donde supura la preversion humana.

Espoleado por aquella confusa batahola que me acompañaba de una á otra cuadra,

llegué ante la puerta de la que servia de alojamiento á la sétima brigada de cadenas perpétuas, legion distinguida entre todas las legiones del crímen. Por el ventanillo, dióme la misma bofelada la pestilencia *sui generis* que venia del interior, pero la cuadra estaba silenciosa, como si la habitasen cartujos.

—¿Qué sucede en casa de mis buenos niños, de la sétima de cadenas?—me pregunté, sorprendido por el contraste que ofrecia aquel inopinado silencio con el ruido dominante en las demás brigadas.—Y así diciendo, me asomé al ventanillo y ví en pocos segundos todo esto.

Los confinados cenaban divididos en dos grandes grupos, uno de aragoneses, otro de andaluces,—que ni aun à la hora de festejar la Noche-buena podian deponer sus ódios. El corro de los andaluces, apiñábase en torno de una gran cazuela que contenía un océano de caldo negro, y varios trozos de un presunto cabrito. Los aragoneses formaban círculo en derredor de otra cazuela, no menos monumental, de bacalao á la vizcaina. Todos los comensales callaban, dejando en uso de la palabra, los aragoneses á un riojano alto, fornido sin pesadez, mas bien huesudo y anguloso, que de pié, con el birrete de vivos amarillos sobre una oreja, accionaba provocativamente; y los andaluces á un cordobés chiquitin, moreno claro ó rubio súcio, que contestaba con no menos

viveza y con no menos procacidad á su interlocutor. El riojano, condenado á cadena perpétua por asesinato de su mujer, hablaba de ir á mojar, por la fuerza, una sopa de pan en el guiso de cabrito de los andaluces, como en señal de dominio y superioridad; y el cordobés, apelando à la elocuencia de Lucano y Séneca, sus compatriotas, dudaba, en epígramas sangrientos y soeces, de la existencia de sígnos físicos varoniles en el riojano, para poner por obra su bravata. El riojano amenazaba hasta con el gesto mas insignificante; el cordobés se sonreia con malicia, como recordando lo expeditivo del procedimiento que en mas de una ocasion libróle de sus enemigos, llevándole por remate de triunfales jornadas á una pena perpétua que, si le garantizara la eternidad, tendria él por favor, mas que por castigo. Ninguno de los dos estaba pálido, porque no puede palidecer el cutis terroso del confinado; pero ambos estaban convulsos, el riojano con temblor agravado por el vino; el cordobés extremecido por las corrientes de cólera que circulaban por sus nervios. El auditorio no perdia sílaba, ni detalle, de aquellos preliminares solemnes; sabia que se ventilaba el decoro de ambos bandos, y de aquí el silencio aterrador que se habia apoderado de la cuadra. Todas las manos buscaban en las fajas el puñal, pero mientras los prohombres discutian,

el vulgo permanecia callado. El ódio vibraba en todas las miradas; antipatías tradicionales, de que ya he hablado en otro capítulo con el epígrafe de *Aragoneses y andaluces,* habian puesto una vez mas sobre el tapete la cuestion del predominio absoluto en vano perseguido por uno y otro bando. Era la batalla inminente, y no podia aplazarse ni resolverse en almuerzos, como los desafíos á primera sangre que abortan entre las gentes que andan sueltas.

Dió el riojano un paso, pronto como César, á pasar el Rubicon; en una de sus manos brillaba un ancho y largo puñal, y en la otra tenia el trozo de pan destinado mojarse en la cazuela de los andaluces. Disolviéronse los grupos, yendo á replegarse á retaguardia de los contendientes, y quedaron cara á cara los dos adversarios.

El cordobés, agazapado y como en acecho, no hizo movimiento; arrojó al riojano las últimas provocaciones envueltas en las mas súcias palabras del presidio, y espe- la agresion, que no tardó mucho. Azula- relampago brilló un momento en el aire; era el cuchillo del riojano que avanzando de un salto, buscaba al cordobés para herirlo; pero éste, semejante al gato clavo que se cria en Sierra Morena, acurrucó aun màs; estendió el brazo, y riojano se clavó en mitad del pecho, la ancha faca inglesa que el andaluz hab- opuesto como barricada de acero al emp-

je de su contrario. Sonó un crujido, siguiéronle un grito y una blasfemia, y el riojano cayó de espaldas. Nunca pudo decirse con mas propiedad

las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron;

porque nada mas extenso y kilométrico que aquel cuerpo de gigante, visto en decúbito supino.

Tras esta escena rapidísima, momentánea, que me tuvo paralizado, frio de terror, durante algunos segundos que todavia me parecen una eternidad, se generalizó la lucha. Andaluces y aragones vinieron á las manos con singular fiereza, de que son pàlido reflejo esas luchas de nuestros bravos callejeros. Aquella no era una riña de hombres; aquella era la demencia de toda una familia de tigres; allí no habia neutrales, porque la inaccion costaba la vida. Algunos confinados huyeron à esconderse bajo los catres, formando parapetos con los colchones; eran los que no estaban borrachos, ó los que abrigaban la esperanza de una excarcelacion próxima. El tumulto reemplazó al silencio sepulcral que poco antes reinara en la sétima brigada de cadenas perpétuas. Cesaron las coplas en las cuadras mas próximas, y por un momento creí oir los aullido de una *menagerie* completa, que hubiese despertado de pronto.

Sonó un toque de corneta, el toque de alarma, y acudieron las rondas volantes, capataces, cabos de vara, soldados de la guardia, y cuantos elementos tenian obligacion de concurrir á dominar el tumulto. Yacian en el suelo de la cuadra ocho ó diez cuerpos, muertos ó heridos, cuando se apagó la única luz que quedaba encendida; y á oscuras, como si para matar y morir no fuesen precisos todos los sentidos, seguia la lucha, mas horrible, mas pavorosa, mas repugnante que todos esos épicos combates de que están llenas las historias. La guardia disparó algunos tiros por el ventanillo; los capataces y cabos gritaron:—¡Cada uno á su petate! que bien podia traducirse por la locucion vulgar:—¡cada mochuelo á su olivo!;—se abrieron las puertas de la cuadra, un cabo de vara se adelantó con un farol encendido, y detrás nos precipitamos todos repartiendo palos, cuchilladas, tiros y bayonetazos á diestro y siniestro; con gran lujo de severidad, se entiende, por que los sublevados no hicieron la menor resistencia.

Tras el tren de batir, el tren sanitario. Poco despues llegaban los practicantes de la enfermería provistos de camillas; se recogió á todo aquel que no podia tenerse en pié, y el lúgubre convoy se puso en marcha para el hospital, donde aprecié con certeza el resultado de la batalla, á saber: dos muertos vistos, el riojano y un hombrecillo, viejo y raquítico que habia matado á su

novia allá en Galicia 40 años antes, por 14 reales que ella no quiso devolverle al ter-terminarse los amoríos; y seis ú ocho heridos, leves todos, unos de arma blanca y otros de arma contundente, entre los que se encontraba el cordobés.

Mientras el médico daba puntos de sutura cruenta á los heridos, yo me asomé à uno de los balcones de la enfermería. Las aguas del Estrecho corrían produciendo un ruido igual al de cien rios desbordados; el cielo, blanquecino por los rayos de la luna que en vano pretendian abrirse paso tras las plomizas nubes, comenzaba á aclararse con los resplandores del alba; enfrente, las luces de Gibraltar semejaban los ojos encendidos de un mónstruo marino medio oculto por las brumas; á mi espalda la miseria y el crímen que sufrían; á mis piés, Céuta medio dormida; y en el aire, sobre todo esto, las campanas tocando á maitines, y diciéndonos que aquella que se iba era la Noche-buena. No saben las campanas lo que dicen, ó los hombres no han podido ponerse todavía de acuerdo con las campanas.

Quise ver al cordobés, héroe de la noche, un poco por curiosidad, un poco por admiracion, algo por lástima, y mucho por orgullo,—¡ya se vé! andaluces éramos ambos —y volví à la enfermería. Estaba ya encamado, cubierto por una manta descolorida, entre parda y color de ocre, y sufria en aquellos momentos la cura de primera inten-

cion. Le interrogué y no sabía nada; á creer su relato, era el hombre mas comedido del mundo. Ceceaba mucho, y ciertas consonantes las pronunciaba con gran dureza, señal de energía y de firme resolucion. Era un labriego tosco, pero se hacia mas inculto y selvático aún de lo que era. De vez en cuando, sin embargo, una llamarada de sus ojos medio ocultos bajo unas cejas espesas y unos párpados carnosos, advertia al observador que aquel volcán no se había apagado, que aún hervía en aquel pecho la ira. Tal vez se acordaba del muerto, y quería comenzar de nuevo á probarle que no se mojan impunemente sopas en el guiso de cabrito, discutible, de los andaluces.

En cuanto al mísero riojano, yacía tendido en la capilla ardiente del presidio, un cuchitril que venia escaso á aquel gran muerto. Sobre una tarima pintada de verde oscuro, dormía su último y perdurable sueño aquel detritus de la naturaleza, que ya lo había sido de la sociedad. A la cabecera, un poco hàcia la izquierda, un candil llenaba de miedrosos resplandores y de oscilantes sombras á veces, la cara del muerto, dibujando en la pared la silueta de la nariz y los puntos mas salientes del rostro; de manera, que por una siniestra ironía de esas pequeñas cosas que nos persiguen y mortifican aun mas alla de la tumba, aquel muerto, que era espantoso, hacia muecas de payaso cada vez que el aire empujaba la llama de la piadosa luz encar-

gada de velar al cadàver, no de ayudar al histrion. El otro muerto reposaba allí acerca, pequeño é insignificante como fué en vida. Su sangre habia salido toda por la bestial degolladura, y esta circunstancia, contribuyendo á disminuir su menguado volúmen, aumentaba el contraste entre el riojano atlético, corpulento, huesudo, y el pobre vejete gallego, cuya pobreza física no dejaba explicar como cosa tan debil habia resitido treinta años de cadena, bajo el sol ardiente de Africa, y en la atmósfera palúdica del presidio.

Cayó, segun ya dije, el riojano, herido por el rayo al clavarse él mismo en su violento empuje el cuchillo del cordobés, y la muerte habia conservado, como fotografía instántanea, la expresion iracunda del rostro, á que daban mayor horror unos ojos desmesuradamente abiertos que lo miraban todo, y que nada veian. Las fuertes mandíbulas cerradas por violenta contraccion habian cogido y seccionado un pedazo de lengua, por manera tan extraña y horrible, que parecia que la blasfemia flotaba aun en las sanguinolentas espumas que cubrían aquella boca, donde la Muerte,—podia decirse así—depositó con su beso algo de repugnante voluptuosidad, y mucho de la expresion horrenda que debe vagar en la sonrisa de los condenados.

El médico, inclinado sobre el cadàver, sondaba la herida abierta algo mas abajo del esternon, en el espacio del pecho que dejan libre las costillas. Estensa era la grieta

por donde habia volado la vida, pero poco profunda. La sonda tropezaba á los pocos milímetros con un cuerpo duro que debia ser una de las costillas verdaderas, y lesion tan superficial no podia explicar lo instantáneo de la muerte. Fué preciso buscar otras heridas, y se denudó al cadáver casi por completo, pero inútilmente: el riojano no tenia mas herida que aquella por donde resbalaba lentamente, por donde reznmaba, mejor dicho, la sangre negra y espumosa. En cuanto á muerto, no habia duda; muerto y muy muerto estaba aquel mísero parricida, que espiaba al cabo de algunos años el crímen que desde la Rioja habíable empujado hasta Céuta.

Hago gracia al lector de las diligencias judiciales, de las declaraciones y careos, de las pesquisas, é inútiles esfuerzos hechos para obtener el menor rayo de luz en aquel dédalo de crímenes. Los testigos confinados, negaban con estudiada terquedad; yo mismo no estaba seguro de lo que habia visto en momentosíde terror y sorpresa por el ventanillo de la sétima brigada de cadenas; y es probable que á estas horas no se sepa de la muerte del riojano y del gallego mas de lo que se sabe de la piedra filosofal.

En estas y en las otras, amaneció el mas explendoroso dia de pascua que recordar puedan los nacidos. De la tierra se evaporaba ese húmedo perfume que arrancan á su mojada corteza las primeras caricias del sol.

El mundo vegetal, siempre verde, siempre flamante en Africa, parecia aquella mañana vestido de fiesta; el aire de Poniente traia en sus alas los rumores y los perfumes del Océano; habia en la atmósfera una verdadera difusion de alegres notas; sonreia el azul del cielo; sonreian el aire, la luz, las mal despiertas muchachas, en quienes el recuerdo de una noche pasada en íntima proximidad con el novio, mantenia aûn en el ardiente y excitado cerebro visiones de erótico linaje; los niños que esperaban el aguinaldo tras el festin y las golosinas de la Nochebuena; los pájaros recien llegados de paises mas frios y verdaderos emigrados del *confort*, que se volvian locos de placer al encontrar un ambiente cálido, un sol primaveral, y unos campos ricos en alimentos para la alada familia; todo, en fin, se resolvia en una universal sonrisa, y daban ganas, de decir con el poeta:

¡*Cantad en vuestra jaula criaturas*!

Solo aquel muerto estaba trste; y la matutina claridad, como temerosa del espectáculo que la aguardaba, iba entrando poco à poco en la capilla mortuoria; y de blanca y riente se tornaba en pálida y siniestra al llegar à la cara del riojano, que recibió, acaso, con la tímida primera caricia del sol de Pascua, el perdon de sus culpas y pecados.

Como la faena era larga, y de la certeza

del fallecimiento de ambos confinados, no era posible dudar, la antópsia iba á empezar muy pronto. El médico tenia prisa, el juzgado tambien; todo el mundo deseaba acabar cuanto antes con aquellos muertos inoportunos, que venian á turbar la solemne festividad del dia, para dedicarse sin embarazos ni molestas atenciones á la celebracion de la Pascua; una Pascua con sol, con aire perfumado y tibio, con tornasoles infinitos en el cielo; mañana alegre hasta en aquella fúnebre estancia, ante dos cadáveres que semejaban dos víctimas inmoladas en el altar de feróz divinidad del crímen, que hubiera hecho su horrible pagoda del cuartel del presidio y sus patibularios sacerdotes de los confinados.

Los artefactos médico-legales del Hospital del presidio, era bien sencillos. Una mesa portátil forrada de zinc, una cubeta donde iban escurriendo la sangre y el agua; un mazo de madera y un corta-frio de ancha boca para romper los duros huesos cranianos; y una sierra mellada y mohosa: hé aquí todo lo que se necesita para investigar las causas de la muerte; para inflingirla, se necesita mucho menos.

El riojano yacia totalmente desnudo, sobre la mesa forrada de zinc; y estaba escrito que ni aun despues de muerto habia de caber aquel desgraciado en los moldes legales; pues la mesa le venia chica y sobrábanle muchas pulgadas de sus piernas ri-

gidas y sucias. Grandes manchas moradas se iban apoderando de la piel del cadáver; sus ojos se habian esturbiado como si sobre el cristalino hubiese estendido la muerte una capa de gelatina. Los brazos, que la rigidez cadavérica babia levantado y como arqueado, parecian en actitud de acometer. En el lado izquierdo del pecho veíasele un dibujo á puntos azules, que representaba toscamente dos corazones y unos guarísmos medio borrados; tal vez una fecha memorable, y una alegoría amorosa, cuyo secreto se llevó al cementerio de Santa Catalina, aquel héroe de melodrama con grabados.

Un preso, barbero de oficio, y cirujano menor por extension, lavó la herida del pecho con una esponja empapada en agua; dió despues, con un mal cuchillo un corte en la piel frontal, y la sierra y el cincel alternando, comenzaron à destruir la sólida cubierta que guarda tenaz y avara, la parte mas augusta de la miseria humana; el cerebro.

A cada viaje de la sierra, rechinaba el hueso, vacilaba la mesa, y el muerto se extremecia como si se sintiera profanado. Luego venia el cincel, que poco à poco iba excavando ancho foso algo mas arriba de las cejas. Mordía de nuevo la sierra, hasta que por fin la resistente caja cedió, fragmentada mas bien que cortada, y quedó al descubierto la voluminosa masa cerebral, con su color gris sanguinolento, sus anfructuosidades, repliegues, prominencias y depresiones. ¡Tremen-

órgano, que redobla su vida bajo el influjo de la mirada de una débil mujer, y que se paraliza ante el cañon de una pistola; quise ver todo eso, y hubiera tocado el corazon del riojano, á no contenerme el temor de cometer la más brutal profanacion; quise ver todo eso, repito, y no ví mas que un trozo de carne violàcea, muerta, pestilente, inanimada. Ni siquiera pude comprobar la tradicion pictórica, que dà á los corazones una forma bella y artística, porque el corazon de veras se parece muy poco al corazon pintado en láminas piadosas y en alegorías de amor.

Salí de la sala de autopsias, y del Hospital luego, llevando como aguinaldo de Pascua, como propina de Noche-buena, decepciones y horrores. Ya era tiempo; necesitaba aire puro, luz, espacio; parecíame que había pasado la noche en una tumba, y me corría prisa resucitar.

Dejé detrás de mi aquellas visiones reales y tangibles, y desde entonces vengo haciendo lo posible por olvidarlas y por recordarlas, en contradictoria lucha. Por olvidarlas, cuando la felicidad pasa veloz y me envía con sus ténues alas una onda de dicha; por recordarlas, cuando la desgracia necesita para convertirse en resignacion, comparar el mal propio con el ajeno, y deducir á nuestro favor ese benéfico saldo que hace las veces de capital activo en las quiebras por derroche de pasiones.

....
....
....

Cuando volví á ser persona, en la apacible soledad ruidosa de la fonda; cuando me puse à tomar apuntes mentales para escribir mas tarde *La Noche-buena en el presidio*, mi cocinero, ayuda de camara, secretario y criado de confiaza, todo en una pieza, Juan de la Cruz Asiático, á quien más adelante dedicaré algunas páginas, entró y me dijo en un castellano intraducible:

—Señor, D. Juan; mire V. las botas nuevas; les llega la sangre al tobillo.

Efectivamente; yo me habia prevenido contra la lluvia, y tuve que patinar en un lago de sangre. ¡Ah! la prevision humana!...

Desde entonces no he vuelto á *ponerme las botas*. Me hubiera parecido que llevaba los piés dentro de dos sepulturas.



XXII.

Juan de la Cruz Asiático.

Tú has de salir, alguna vez, en letras de molde, Juan; tu haras carrera, Confucio subalterno; tu eres más que un chino, tu eres casi un bloque de finísimo mármol, y sabido es que en toda piedra hay una estàtua,' pronta á brotar, como el Universo del caos, bajo el cincel del artista;—así decía yo, glosando mi admiracion y mi cariño, en trozos màs ó ménos líricos, en broma ó en sério, al bueno, al excelente sujeto, cuyo nombre sirve de epígrafe á este capítulo.

Juan de la Cruz es mi recuerdo grato

del presidio; á su lealtad debí servicios que solo paga el agradecimiento; á su cariñosa solicitud, debo aun y deberé de por vida, cuidados que solo se encuentran en el seno de la familia; á sus manos de artista y á sus talentos de doctor en la ciencia de Brillat-Savarin, debe mi paladar las más dulces sensaciones. El velaba mi sueño, y era mastin en la fidelidad y en la inteligencia; raposa en las artes del disimulo y de la astucia; leon en la acometividad, y en el valor; ardilla, en la ágil movilidad, que él traducia en hechos prácticos y útiles. Al fastídioso é importuno que llegaba á mi puerta, despedíalo Juan con la diplomática sequedad que no admite comentarios; al agresivo, enseñàbale los dientes; al que iba á llevar algo, le ofrecia una silla, lo colmaba de orientales elogios, le cepillaba el gaban, y tales eran su habilidad y sus finezas que las visitas agradables volvian, y las fastidiosas no pisaban dos veces mis umbrales.

Juan sabia hacer sombreros de finísimo tegido de palma; cosía como una modista francesa; lavaba, como una Maritornes dotada de inteligencia; planchaba, como una artista en almidon con nota de sobresaliente; tenia en sus manos el secreto de que la ropa pareciese eternamente flamante; y daba á un duro más vueltas útiles y provechosas, bajo el punto de vista de la economía doméstica, que las más ahorrativas

madre de familia. ¡Qué diálogos los de Juan, con los moros vendedores de perdices, y *otras hortalizas*! Aquellos representantes de la astucia oriental, hubieran hecho las delicias de nuestro público, si se pudieran sacar á escena en una pieza cómica. No se dió caso en que Juan de la Cruz no venciera á la media luna en sus transacciones comerciales; siempre se trajo él á casa la perdiz más gorda, y el moro se llevó á su aduar la peseta más falsa. Y sobre todas estas cualidades inapreciables, sobre su lealtad, sobre su discrecion, sobre su desinterés, sobre sus virtudes domésticas, Juan de la Cruz poseia la cualidad de ser el cocinero y repostero más notable de su tiempo. Parecíame mentira que la ciencia de guisar díera tanto de sí; pero cuando Juan entraba en la cátedra, y allí, cerca del fogon, semejante à la sibíla sobre el trípode, descubria los más remotos horizontes de la culinaria, preciso era rendirse à la evidencia.

Como esos eminentes artistas del sonido que arrancan á la madera y á la cuerda inanimadas, armonías celestiales, no escritas ni compuestas hasta entonces, Juan improvisaba ante el fogon. Un rumor de la fronda, un insignificante canto popular, que hasta aquel momento corrió desapercibido, bastan á esos génios de la armonía para labrar los cimientos de su inmortalidad. A Juan, lo mismo, bastábale un pretexto para

hacer un manjar de los dioses. ¡Oh! si Lúculo hubiera sido inspector de trabajos del presidio de Céuta, Juan de la Cruz Asiático ocuparía á estas horas algunos metros en la Historia; y digo metros, porque figuras como la de Juan, no caben en líneas menos extensas.

Su arte poseia poéticas remembrazas de la elegancia pagana que creó los calados festones de que están llenas las estancias de la Alhambra; propendía un poco á lo fantástico, hacia versos comestibles, y su bello ideal consistia en que los platos que *daba á luz* con fecundidad pasmosa, no despertaran jamas la idea del cólico.

El jabalí, recio, pesado, material, que tan abundante es en el mercado de Céuta, proporcionaba á Juan de la Cruz inagotables argumentos para sus odas magras; pero el jabalí, que entraba en la cocina como un trozo de materia vil, pronta á transformarse en eso que llamaremos *quimo* para proceder con todo aseo, transfigurábase al salir á la mesa en nutritiva filigrana que iba apoderándose de la voluntad por medio de lo gracioso de la forma, siguiendo, sin duda, aquel sabido precepto que dispone que lo que ha entrar por la boca debe entrar primero por los ojos; máxima del buen gusto gastronómico, que envuelve un sàbio principio higiénico, de origen chino, à no dudar, cuando Juan de la Cruz lo practicaba tan concienzudamente.

Dibujaba mi asiático con el cuchille y demàs herramientas propias del sacerdocio culinario, más que Gustavo Doré con su fantástico lapiz; su secreto y su aspiracion, eran la sorpresa; en términos, que en el fondo de sus cacerolas habia verdaderos paisajes japoneses en vez de manjares. De una pierna de carnero, hacia un pez de extravagantes formas; de un pollo cebon, que él cuidaba en vida con esmero, penetrado de los altos destinos que á todo pollo incumben en una sociedad civilizada, sacaba el mismo partido que se puede sacar de la gota de cristal fundido, pronto á tomar todas las formas, bajo el aliento de artistas venecianos y bohemios. Tenia sin embargo, un gran defecto, de que se curó à influjos de mis consejos: propendia á abusar de los dulces, como acostumbrado á halagar los paladares cubanos, golosos por excelencia, hasta poner azúcar en el pocillo de chocolate; pero cuando yo le hice comprender la gran distancia que media entre las golosinas y la gastronomía filosofal, se hizo un cocinero sério, y abandonó las aberraciones en que hicieron caer á su musa criollas y criollos, tan dados á chucherías.

Juan de la Cruz Asiático, era una perla arrastrada por cenagosas corrrientes. Faltàbale el buzo que bajara á recogerla, y ese buzo fuí yo. Por mí salió del triste recinto de Ceuta, acompañando al entonces director general de Establecimientos penales Sr. D. Federico

Villalba, que le tomó á su servicio cuando hubo sabido la alta estima en que yo tenia la habilidad del buen hijo del Sol. Por mi fué à la córte de las Españas, en calidad de cocinero jefe de aquel elevado funcionario y periodista de *primissimo cartello*; por mí consiguió que se le levantase la retencion, cláusula que daba á sus diez años de cadena una duracion discrecional; y por mí vive hoy en Madrid dedicado al comercio de frutas. De vez en cuando me escribe bellísimas cartas cubiertas de garrapatos, que yo descifro à duras penas, y es seguro que à estas horas tiene el chino ex-presidiario màs dinero que su antiguo y primitivo amo, y es màs feliz que este desdichado que parece de buen humor al trazar la biogafía del que fué 14 meses su cocinero honorario. La suerte tiene esos sensibles errores geogràficos: mientras à Juan de la Cruz lo trata como à europeo y à cristiano, à mí me sígue tratando como à un chino.

Advierto en este instante, que no he hecho à ustedes la presentacion física de mi chino, y me apresuro â subsanar este olvido.

Juan de la Cruz, podria tener veinte y cuatro años, cuando yo le conocí, sino tenia cuarenta, por que es muy difícil apreciar la edad de esos asiàticos lampiños, que parecen eternos adolescentos decrépitos.

Era alto, delgado, desgarbado, lacío; pero ágil y de simpático aspecto; sus ojos un poco oblícuos, tenian esa expresion atractí-

va que engendra la simpatía. Su pelo era azul de puro negro, espeso, lustroso, fino y sumamente fuerte. Juan se reia de la mejor gana, enseñando dos hileras de dientes ¡oh decepcion! oscurísimos y súcios en demasía.

Era además, miope, como las poetisas y los sábios; su vigor físico dejaba algo que desear; parecia anémico; y pensando piadosamente, cuando me pedia permiso para ir á ver à sus compatriotas del Serrallo ó de Jadú, volvía màs fatigado de lo que exigir pudiera la caminata. Indudablemente, Juan no sabia una palabra de dos ciudades que ardieron en los dias bíblicos, ó estaba asegurado de incendios.

No obstante su nariz ligeramente aplastada desde la parte media hasta la base, la fisonomía de Juan de la Cruz era inteligente y noble, y contrastaba con las caras de otros chinos, peor construidos, que tenian verdaderas caras de reptiles. Sin duda Juan habia sido hecho de verdadera porcelana china, mientras sus paisanos eran de pedernal.

Tenia una aversion profunda à los muchachos, que le parecian capaces de todas las maldades; y una regular dosis de desprecio para los bárbaros europeos, incapaces de apreciar las armonías felinas de la lengua en que escribió Confucio sus lihros inmortales.

¿Cómo pude yo sustraerme al ódio y al

desprecio de Juan, y tornar en dulces afectos hacia mi persona sus prevenciones de raza? Muy fácilmente; no mortificando jamàs su vanidad de chino, que era superior á toda la soberbia vana de un ejército de pavos reales; no humillando en ninguna ocasion al hombre, ni al *artista* en comestibles. ¿Cometia Juan una falta? pues mis reprimendas habian de comenzar por una série de elogios de sus talentos y virtudes, para acabar por exponerle la enormidad de su delito!—¿Cómo—deciale yo derrochando los ditirambos—un hombre superior como Juan de la Cruz Asiàtico, natural de.... de... —¿de dónde eres, Juan?—De.... (aquí sonaban seis ó siete ff, cuatro ó cinco tt, diez nn y las hh necesarias para remedar un resoplido nasal, y resultaba el pueblo.)—Bien, de ese hermoso y privilegiado pueblo.... se permite quedarse dormido, mientras su amo tiene que esperar en la puerta à que el eminente cocinero, y honrado ayuda de càmara despierte y quiera bajar à abrirle? ¡Cómo un inspirado y sàbio mayordomo, toléra que los botillos estén sin embetunar? —De estas aduladoras filípicas, Juan tomaba íntegra la parte de los elogios, sonriéndose satisfecho, como quien dice: - Es justicia, caballero; y el resto, las censuras, la verdadera regañuza, lo dejaba à favor de un confinado, negro de la Martinica, gordo y reluciente como una bola de ébano pulimentado, que por allí andaba for-

mando parte de mi numerosa servidumbre.

No exajero; hay tal dósis de soberbia en los asiáticos, que fàcilmente se les conquista ó se les arrastra al crímen, deprimiendo su dignidad ó panegirizando sus méritos y tatalentos, muchas veces negativos.

Llamar imbécil, estúpido ó animal, à un chino, es atraerse el rayo de la venganza, porque su rencor no perdona y anda siempre ojo avizor hasta que se satisface. Por el contrario, nada màs fàcil que conquistar un esclavo amarillo con un adjetivo honroso, ó una frase de admiracion. No exajeran, pues, los relatos de los viajeros, que pintan á esos hombres del extremo oriente, ceremoniosos y pagados de sí mismos hasta un extremo risible.

Su urbanidad es empalagosa, porque busca la reciprocidad del elogio y de la consideracion. Gústales llamar al vecino hijo del sol, para que el vecino les llame padres de todo el sistema planetario. Y como todo esto cuesta muy poco dinero, Juan de la Cruz Asiático me salia de balde con solo adularlo, en bromas que él, de seguro, iba escribiendo en sus memorias intimas, para entregarlas á la prensa de su país á guisa de reclamo, como hay industriales europeos que asocian el parecer encomiástico de Pio IX al éxito de la Revalenta aràbiga.

¿Cómo habia llegado á Céuta condenado

tierra? ¿A quién daba gracias despues de comer su arroz, y de beber su té? Hé aquí otro problema intrincado, que no he podido resolver por culpa de mí ignorancia en punto á teogonias indo-chinas y ultra-orientales. Juan me hablaba de un ser que era la representacion del principio del bien; el que habia dado à los hombres las cosas más útiles, como los instrumentos de labranza, el conocimiento de las plantas, los grandes inventos industriales, y hasta un catecismo, especie de inventario en que iban apuntadas las acciones buenas y los pecados; todo en chino, se entiende. Esto sucedia en los albores del tiempo, cuando no existia más tierra que China, y todo lo demás del universo era embrionario, una especie de feto de cósmo, que Juan no me esplicaba bien, ni yo entendia de ningun modo. El mito del bien fué sacrificado por el mito del mal, una especie de diablo más temible que el cornudo diablo que nosotros usamos, puesto que vive en el corazon de los chinos perversos, y solo toma formas tangibles cuando quiere regalarse haciendo daño personalmente. Las demás diabluras las deja á cargo de los hombres ó de los chinos, sin duda para no gastar su virtud dañina en pequeñeces. Afortunadamente, la madre del génio del bien pudo sustraerse à la maldad del génio de lo perverso, refugiàndose en la cima de la màs alta montaña de China, y desde la region de las

nieves perpétuas lloró tanto y tan amargamente, que se inundó la tierra formándose los mares. Tal es la poética tradicion qué reemplaza, en el génesis chino, á la época en que fué inundada la superficie terráquea por los vapores condensados en la atmósfera. Una madre que llora por su hijo muerto, fundiendo con sus ardientes lágrimas las nieves eternas, y dejando en la inmensa laguna salada del mar, perenne testimonio de la amargura y de la cuantía de su llanto, y en las tempestades del océano, recuerdo débil, apesar de la fiereza de las olas, de las tempestades del alma...! El asunto es bonito, y resulta mas bello aún, si se tiene presente que procede de poetas míticos tan feos como los chinos.

En la colonia asiàtica de Ceuta, Juan de la Cruz descollaba por su elegancia y por su ilustracion. Vestia de negro à diferencia de casi todos los demás chinos, súcios y andrajosos, y veíale yo complacido cuando le pedia noticias de las cosas de su país. Una noche volví del *Casino Africano* y Juan no acudió à servirme la cena. Por la mañana, cuando se entreabrió la puerta de mi cuarto y asomó la cabeza de mi chino, preguntando como de costumbre: —¿Mi amo està rumí....—(¿Está V. dormido, mi amo?) le enderecé la acostumbrada catilinaria llena de elogios y apóstrofes entretegidos, por que yo no olvidaba nunca la frialdad y facilidad con que habia machacado Juan la ca-

beza á un compatriota que no le dejaba dormir.—Parece imposible—le dije—que un hombre superior, un chino de cuerpo entero, un criado modelo, que quiere y respeta á su amo, se ausente de casa sin servirme la cena; Juan, de tu inmenso talento espero, que no te vayas á picos pardos con escandalosa frecuencia, impropia de tu respetabilidad.

Juan entonces, hinchado como un sapo, bajo aquella lluvia de lisonjas, me confesó que sus aficiones literarias le habian hecho faltar á sus deberes, y que la pasada noche estuvo en el extreno de una comedia china, de que era autor y actor. Mudo de asombro quedé al saber que Juan manejaba la espumadera, se calzaba el coturno, y escribía comedias con multiplicidad de talentos que no se comprendian alojados en aquella cabeza chata y deprimida; y quise ver, al momento, los originales de la pieza extrenada, con extraordinario éxito, segun supe despues. ¡Horrible decepcion! la comedia estaba escrita en caractéres chinos y sus tres actos cogian en una cuartilla larga y estrecha, pegada á una tablita que el autor conservaba en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Léeme eso, Juan; léeme eso, Lope de Vega de color de aceituna; yo te lo suplico.

Y Juan comenzó á leer, mejor dicho, á recitar el argumento de la comedia, tradu-

cido al castellano aterrador que usaba para andar por casa. La pieza era cómica, eminentemente cómica, y del sub-género que llaman *verde* los públicos occidentales. Un chino, se habia casado con una china que conservaba íntegro ese misterioso velo que se llama buena reputacion. A la mañana siguiente á la boda, en que comenzaba la accion de la comedia, los amigos del recien casado acudían à felicitarle, y á beberse una copa de *Perfecto amor*, sin duda, en obsequio del feliz suceso. Preguntaban por la ex-señorita X, ya señora H, y ésta ¡grave infraccion de la etiqueta! no estaba en casa. El marido reciente explicaba la ausencia, diciendo que su mujer habia ido al teatro. y allí concluia el primer acto, y su primer dia de casado. Acto segundo: los mismos amigos, y otros mas, atraidos por la murmuracion, vuelven á casa del marido, con el mismo propósito de enterarse de como le vá á un chino en el momento de romper la envoltura de ese misterioso pliego cerrado y lacrado del matrimonio, que puede guardar una letra de cambio por muchos millones de felicidad, ó una sentencia infamante. El marido, riente y satisfecho, agradecia la visita en frases que denunciaban á tiro de ballesta al hombre mas digno de ser chino de toda la creacion, y participaba á los visitantes, que, ¡coincidencia rarísima! su mujer no estaba tampoco en casa, porque habia ido al teatro. Volvian á salir los

chinos ahogando sus maliciosas risas, y el telon caia. Acto tercero: nueva aparicion de los cariñosos amigos de la antevíspera y de la víspera, con el ya crónico objeto de felicitar á los esposos. El marido sale repartiendo sonrisas y genuflexiones cortéses y ceremoniosas; la felicidad, la hombría de bien y la confianza, se retratan en su semblante, él agradece mucho aquella tercera visita, pero su mujer no puede ser partícipe de tan delicada y persistente muestra de atencion, por qué... está, tambien, como los dias anteriores, en el teatro. Estallan las risas; los amigos salen diciendo ¡*asta* la vista! el marido persiste en su bonachosa conformidad, y cae el telon poniendo fin al acto y á la comedia.

Juan leyó su obra, sin poder apenas contener las carcajadas. Sin duda la obra literaria de mi cocinero, eran un *colmo* chino, el *colmo* del epígrama. Yo me quedé absorto; primero, porque no me explicaba como una dósis tan pequeña de malicia, podía excitár á hombres pervertidos, que debian necesitar mas mostaza literaria para que les hormigueara la lengua; despues, porque un papel de pocas pulgadas de superficie contenia lectura suficiente para invertir dos horas largas. ¿Serán taquigráficos los caractéres chinos? ¿Será el pudor asiático mas exquisito que el pudor europeo? En nuestra escena se necesita, para excitar al auditorio, que el adulterio se consume casi á su vista;

mientras en una comedía china, basta y sobra con que un marido esté en rídículo, para que asome la punta del argumento.

Ademàs, yo no pude averiguar bien la base del chiste, ni el significado del epígrama de la comedia de Juan de la Cruz, que estaba màs orgulloso de su obra que de todos los bistecs que había cometido en su vida.

Los chinos, á quienes pregunté despues por el éxito de la famosa comedia, no podian contener la risa, apenas hablábamos del asunto; pero nunca pude poner en claro la moraleja. ¿Se burlaba el autor de los maridos que dejan salir solas à sus mujeres? ¿Queria demostrar que cuando la mujer no encuentra en casa una temperatura erótica suficientemente elevada, puede y debe ir en busca del sol que màs calienta? ¿Era un pretesto la ausencia de la desposada china, para combatir la presencia de testigos importunos en las bodas, é introducir en la lírica amatoria la supresion del coro, para que el duo resultara màs cómodo? ¿Acaso se propuso el poeta demostrar la fragilidad del honor marital, que no puede resistir una puya, ni en China, donde todo debe ser màs duro? Prefiero hacer juegos malabares con todas estas hipótesis à investigar la verdad, temeroso de que, como bajo casi todos los apólogos y alegorías, haya una necedad bajo el argumento de la comedia de mi chino.

Esta especie de honesto *Canto á Teresa* de mi poema presidial, pude muy bien suprimirlo, y ha podido saltarlo el lector. No tengo, al escribirlo, la pretension de trazar un acabado estudio de ese tipo interesante que se puede llamar el chino confinado; ni la de indicar à los muchos Excelentísimos señores Ministros de la Gobernacion, que han de ser desde ahora hasta que este libro se apolille, las inconveniencias de ir depositando en España la emigracion asiática, pasàndola préviamente por esa sentina asquerosa de nuestros presidios, afrenta de la civilizacion. Debia gratitud à un pobre muchacho que guisa bien, y el estómago, ese tirano que impone su voluntad à Heredoto y al último memorialista, y que se venga de los desobedientes por medio de las dispepsias, díjome à voces un dia de gran apetito:—¿Y Juan de la Cruz? Si tuvieras á tu devocion aquellas manos, cuyas caricias recuerdo aun con enternecimiento; si las deshuesadas aves que él modelaba como un Phidias, cubriéndolas de transparente gelatina, semejante à la gasa que el deseo tiende sobre lo que apetece, no hubiesen volado de tu despensa; si aquel gran redactor de salsas no te hubiese abandonado por màs prosàica ocupacion, á estas horas estaríamos tú, ante el altar cien veces sacro que los hombres llaman mesa de comedor; él, más cerca de la inmortalidad; yo, en las fronteras de la dicha.

Cogí entonces la pluma, y derramando lágrimas de verdadera *sauce hollandaise*, he trazado este capítulo, casi ajeno á la índole del libro, pero, en realidad, resúmen y compendio de mis impresiones y recuerdos màs gratos.

Deja, pues, que te lo ofrezca y dedique ¡oh! Juan de la Cruz, á modo de *puré* de mis simpatías; que la amistad, como las trufas, tiene tambien su perfume que no pueden borrar el tiempo ni la distancia.

XXIII.

Los «guapos».—El aguardiente y las armas.—Un «cabayero» siete veces homicida.—Dos obras inéditas.—Fisiología bestial.

El *guapo* del presidio, participa à la vez de naturalezas tan antagónicas como se necesitan para ser rey electivo y absoluto.

En su siniestra jefatura, entra por mucho la libre eleccion de una especie de soberanía nacional que le aclama y levanta sobre el pavés; pero al mismo tiempo asiste al *guapo* una especie de derecho tradicional, él de la fuerza, que dependiendo de él mismo, influye decisivamente en su proclamacion y reinado.

Luego de electo, el *guapo* gobierna auto-

cràticamente su bando, y solo reconoce igual en el jefe de la otra agrupacion, de las dos en que se divide el presidio, y ya he descrito al hablar de *andaluces* y *aragoneses*.

La carrera de *guapo* exije un largo y peligroso aprendizaje. De mucho sirven los prestigios adquiridos fuera del presidio, y un nombre célebre en los anàles del crimen lleva gran trecho adelantado para conquistar rango y privilegios; pero como todo lo que en el mundo del *bronce*, la *bronca* ó la *guapeza*, se conoce fuera de las prisiones, es relativamente pequeño, comparado con lo que hay dentro de nuestras petenciarias,—esos grandes colectores de lo peor de cada casa, de cada pueblo, y de cada provincia,—se necesita que el *guapo* haga las pruebas de presente, en una especie de siniestras oposiciones, donde se juega la vida para obtener una prebenda que exije penosos trabajos y produce en verdad muy buenos cuartos, pero que à la vez lleva aneja una existencia de constante azar y de guerra constante é implacable.

En esto de los *guapos*, sucede en cierto modo lo que con las reputaciones de los oradores de provincias.—En su pueblo natal, no hay quien les aventaje, y la crítica acaba por labrarles una reputacion que todos sus convencinos reconocen como justa é indestructible, sometiéndose á la tiranía de aquellas raras prendas preconizadas en tertulias

y en cafés, y hasta en gacetillas laudatorias, que son como la carta otorgada por la Fama; pero llegan á Madríd esos oradores de Liceos provincianos, entran en el Congreso donde verdaderamente hierven los colosos de la fecundísima tribuna española, y resultan cortos de talla, y sometidos á este abrumador dilema: ó el fracaso, ó la resignacion; ó callan, ó los entrevistos triunfos se reducen à una lamentable série de *planchas*.

Del mismo modo, y sin que en mi honradísimas intenciones entre nunca el propósito de hacer cotejos depresivos, el valiente que en libertad se ha conquistado, ya en Madrid, ya en Málaga, en Sevilla, ó en la última aldea de España, reputacion y triste celebridad que le abren las puertas del presidio, se encuentra de repente achicado y oscurecido, apenas pisa el patio de la prision, sobre todo si se trata del patio del Cuartel principal del presidio de Céuta.—El público, por ejemplo, conoce personalmente à los *guapos* que por esos mundos del crímen *cobran el barato*, son el terror de taberneros y cafeteros, el coco de las mujeres de mala vida, y la admiracion de *menosos* y *pinchos* en todos los barrios de la capital.—Pues bien, esas notabilidades, á quienes teme la policía, con quienes contemporizan personajes influyentes dispensándoles una proteccion censurable, que se conoce por el nombre de *padrinazgo*, no serian

mas que átomos del gran mundo presidial, y su bravura, que aquí nos parece épica, y es realmente legendaria é imponente, hallaria freno en un ademan, y yugo en la voluntad ómnimoda y vírgen de un verdadero *guapo* de presidio con todas las credenciales que se ganan allí, donde no sirve *ir empalmado* ó con el cuchillo constantemente en la manga derecha de la chaqueta, pronto á herir *madrugando* ó à la primera ocasion; allí, donde toda riña, si ha de traducirse en prestigios, debe revestir las proporciones de colosal torneo; allí, donde una traicion se expia inmediata é infaliblemente; allí, donde no hay medios de efectuar una retirada prudente, abandonando el teatro de la lucha; alli, donde el número de los adversarios no se estingue con la muerte de uno, ni con la de ciento; allí, donde no caben protecciones de ninguna clase; allí, en fin, donde no hay mas remedio que *tragarla*, como se dice en el caló de la gente pendenciera.—Y yo creo, porque conozco al dedillo la manera de ser del presidio, que esas dos celebridades feroces, el *Bizco* y Melgares, que imponen el terror en una comarca, y à cuyo encuentro tiemblan los viàndantes, tendrian que empezar de nuevo sus hazañas y pruebas, para que el *claustro* de valientes del presidio les reconociera sus grados, sin que haya medio de afirmar de un modo absoluto, que saldrian airosos del empeño; porque no es lo mismo ser buen

tirador, usar magnífica escopeta, y contar con poderosos auxiliares, y protecciones no menos poderosas, que codearse con una *turba multa* de héroes, patibularios, pero héroes al fin, y sin mas armas que un cuchillo vencer á los mas ágiles, mas sagaces, mas diestros, y mas despreocupados hijos del crímen.—El bandido de los campos, se bate en retirada, dá golpes de mano, cuenta con el terror que produce su nombre, y escoje à su gusto el momento, el teatro, y las condiciones de la lucha; mientras en el presidio ha de batirse cuando quiere su adversario, en lugar cerrado, sombrio, sin esperanzas de hallar en la carrera de un caballo la salvacion llegado el momento de un descalabro; con arma corta que exije un conocimiento especial y unas aptitudes físicas especiales, y en otras condiciones generales y particulares, que en nada dependen de la voluntad propia.—Así, pues, no exajeraré si digo que el presidio es el gran nivelador de las superioridades que crecen fuera de su atmósfera; el crisol donde se depura el verdadero mérito de ese valor *sui generis* de la *guapeza;* el que restablece la verdad en punto de reputaciones usurpadas; el que *quita moños*, en fin, como se dice en el pintoresco lenguaje de la gente *crua.*—El bandido hace en libertad los estudios preparatorios, pero la *licenciatura* no se toma mas que en el patio del presidio, y así como hay es-

tudiantes que no pueden hacer el grado, hay criminales de indiscutible ferocidad, que no pasan de ser figuras insignificantes al lado de otros presos, que sin haberse ensañado con sus víctimas, sin estar extinguiendo enorme condena, son bravos por el corazon, los rasgos del carácter, y la habilidad ó el arte, que de ambas cosas necesita el oficio de *guapo*. —Los reos del *Pingallo* y de la calle de Carrasco, que en los momentos en que escribo este capítulo gozan en Málaga de una triste notoriedad, cometieron feroces delitos, —y pongo este ejemplo para hacer mas fácil la comprension de lo que es el valiente de presidio—pero no serian nunca *guapos* por sus cualidades personales, ni por los prestigios horrendos de sus crímenes; porque para reinar sobre el bando andaluz ó sobre la aragonesa hueste, no basta con matar mujeres, por muy cruelmente que se haga, ni con matar guardias civiles en emboscadas ó parapetados tras las tapias de un cortijo, sinó que es preciso matar hombres, frente á frente, cuerpo á cuerpo, y con armas iguales; porque no es cuestion de *tripas*, sinó de corazon y de inteligencia, para utilizar despues la victoria, como la utiliza el conquistador, con la generosidad y las dotes de mando.—El *guapo*, y concluyo estas definiciones, es un ser que se forma necesariamente dentro del presidio; lleva à él sus cualidades personales, pero no se nutre de recuerdos; es la realidad viviente y esperimental; puede llamarse Lu-

cas Gomez, ó Juan Lanas; puede llegar al presidio apenas manchado por el crímen, ó completamente encenagado en el delito, pero en todo caso es de absoluta necesidad que allí donde ha de reinar dé pruebas de que posee méritos para que el cetro, siquiera sea en forma de cuchillo habanero, no parezca en sus manos irrisoria é inofensiva caña.— Tambien, y con la cláusula de *sine qua non*, el *guapo* ha de poseer talento natural, generosidad, y rasgos de grandeza de espíritu.— Diego Corrientes, hubiera sido el prototipo de los *guapos*, si el presidio hubiese tenido el honor de contarle entre los individuos de sus protervas dinastías.

Las plazas de *guapo*, no se ocupan mas que por vacantes de sangre; pues estos reyes del presidio son muertos antes que destronados, y el sucesor es siempre el asesino.

El *guapo* permanece poco tiempo en estado de crisálida. Contando con *agallas*, y con aptitudes personales *ad hoc*, hace sus probatinas invadiendo el terreno y las atribuciones del *guapo* que pudiéramos llamar reinante. —Unas veces, realiza una exaccion propia del *guapo* en ejercicio; otras, dà una órden que sabe es de la esclusiva incumbencia del tirano á quien pretende reemplazar, y así, poco á poco, se van estrechando las distancias, hasta que se encuentran frente á frente los dos terribles rivales.

Entonces ocurre una cosa monstruosa y repugnante. Los llamados à sostener aquel

estraño juicio de Dios, se dirijen sin mas esplicaciones que algun gesto ó algun apóstrofe, hácia la estensa cuadra donde están establecidos los urinarios y retretes del Cuartel.—El solo hecho de penetrar en aquel antro asqueroso, es ya una heroicidad superior al resto de los mortales, porque, para vergüenza de la administracion pública sea dicho, tan importante oficina del presidio no es mas que una gran cloaca cuadrangular, al descubierto, por cuyo suelo mal embaldosado corren á torrente las materias y los líquidos fecales, despidiendo fétidos é intolerables miasmas, que por su puerta de entrada, única vía de ventilacion, salen á invadir el patio, las cuadras y la ciudad entera, como los vapores caliginosos de una *solfatara* de ardiente cieno.—No se concibe como pueda vivir una poblacion compuesta de 800 penados,—que no menos residen en el Cuartel principal—en un medio ambiente que lleva en disolucion el tifus y todas las infecciones conocidas; ni menos se esplica que en aquel aire asfixiante y nauseabundo, y en aquel pavimento encharcado y resbaladizo, puedan dos hombres dirimir sus querellas en duelo à muerte, y conserven su libertad de movimientos.—Pero imposible y todo, à primera vista, la verdad es que los retretes del presidio son el palenque tàcitamente escojido por todos los presos para los combates individuales, sin perjuicio de que despues salgan al patio persiguiéndose ó perseguidos; pero todos esos

dramas se inician en el asqueroso escenario que no quiero describir minuciosamente por respeto al estómago de mis lectores.

Cuando la lucha es personal y convenida, nadie interviene, guardando los circunstantes una neutralidad que haria honor á las naciones mas escrupulosas en puntos de derecho internacional y de gentes; pero cuando se trata de una colision de bando à bando, entonces se generaliza la lucha, y ambos ejércitos beligerantes, *andaluces* y *aragoneses*, se baten bien el cobre, hasta que entra la guardia, acuden los jefes, y se puede dominar la situacion muchas veces tan grave, que toma proporciones de verdadera batalla campal en que juegan todas las armas, estando la artillería representada por los que desempiedran el patio y se disparan tremendos peñonazos á guisa de proyectiles.

Si el *guapo* reinante es vencedor, su autoridad se afirma y su tiranía crece; pero si es muerto,—porque no se le puede considerar vencido mas que cuando queda atasajado en una charca de sangre y escrementos—el victorioso tiene todavía mucho que hacer hasta dominar por completo todas las agresiones de los que, bien por vengar al muerto, bien por alzarse ellos con la suprema *magistratura* (?) de la nacion andaluza ó aragonesa, le mueven diarias querellas y le retan à nuevos y feroces combates.

Gente ruda, y acérrimos partidarios de la fuerza, los presos se someten bien pronto á

la dictadura del que demostró superioridad, plagiando en esto à todos los pueblos primitivos, hasta que el tiempo que todo lo consume y que todo lo crea, modela la figura de un nuevo *guapo* que vá á la conquista del vellocino de oro, y vuelve triunfador, pero apestoso.

No se crea que el *guapo* es un tirano intolerable; antes bien, à sus buenos oficios deben mucha gratitud los presos de su bando, por que el *guapo* es el que administra justicia en los casos de expolios injustificados; el que por la vía diplomàtica ó por la fuerza, arregla los conflictos que surgen de nacion à nacion, ya colectivos, ya individuales.— No hay queja justa que no dejen de oir, ni atropello à que no pongan correctivo, ni caso de debilidad á que no presten proteccion y ayuda.—Ellos castigan la delacion ó el *soplo*; ellos facilitan las fugas; ellos son los encargados de parlamentar con los jefes los dias de *bronca* cuando el rancho no està de recibo, y el pan resulta falto é indigerible; y ellos, suplen, en fin, dentro de la república penal, à la benemérita guardia civil *limpiando el campo de criminales*, como cantan en *Genoveva de Bravante*.

Las relaciones entre el *guapo andaluz* y el *guapo aragonés*, no pueden ser mas correctas y cordiales, mientras no se declara la guerra, y se declara ocho veces en semana.—Conocen que son *partido igual*, como decia el tahur maravillado de la habili-

dad de un su émulo, y se respetan y se admiran copeando, bien que el copeo acabe casi siempre á puñalada limpia y en *bronca* general.—¡Y en verdad que pocos espectàculos tan imponentes y grandiosos, à su manera, como estas luchas entre dos hombres superiores, cabezas visibles del mundo criminal!

Dicho sea en honor de la verdad, la institucion representada por el *guapo* tiène derecho à la gratitud del Gobierno, y en el fondo resulta benéfica para la masa presidial.—Suelto el presidio, abandonado à sus instintos y apetitos, por las deficiencias del régimen que el lector ha podido conocer en estas pàginas, se necesita una fuerza intermedia entre la administracion y esa masa presidial, con quien entenderse.—Esto resulta depresivo, pero la verdad es que sin el auxilio del *guapo*, á quien màs fácilmente se puede convencer que à la turba, seria imposible la administracion del presidio tal y como està constituido.—Por otra parte, sin jefes reconocidos los dos bandos, las colisiones parciales serian continuas é innumerables; mientras entendiéndose ambos poderes constituidos, la cosa queda reducida casi siempre á una especie de arbitraje, escepto en los casos de ofensa colectiva ó nacional.

Chusco es el lance, y menguada resulta la autorídad de los jefes del presidio; pero ni yo tengo pizca de amor propio, ni debo hacer misterio de uno de los vicios mas

capitales del régimen penitenciario en vigor: la necesidad de compartir influjo y atribuciones con el *guapo*, para que sea posible al menos la vida ordenada oficial, ya que materialmente, el órden es tan ageno á nuestros presidios, como la higiene y todo otro régimen científico, por ejemplo.—Evitado el contacto abusivo de los presos entre sí; suprimidas los promiscuidades viciosas de hoy, la fuerza que representa esa masa presidial á que me he referido, quedaría anulada *de facto*, y cada preso sería *guapo* à solas en su celda, que no es lo mismo que serlo teniendo detrás una numerosísima cohorte, libre, armada, y enardecida por el aguardiente y por el espíritu feroz de la criminalidad.—El *guapo* debe desaparecer; pero para ello se necesita que desaparezcan los elementos que lo producen; y como repetidamente he manifestado mi propósito de no proponer soluciones, sigo adelante estudiando el vicio en sus diversas manifestaciones, pero sin pararme á filosofar ni á discurrir sobre el modo de ponerle remedio.

Quién no haya sido testigo de los extragos de una epidemia, cuando el contagio se estiende como el soplo del huracan dejando marcada una huella de muertes, no acertará á comprender los terroríficos signos de la aparicion del aguardiente en el presidio.

Tras un periodo de relativa calma, signo

evidente de que están muy mermadas ó se han agotado las existencias alcohólicas, se desata súbitamente un dia una tempestad de ira representada por riñas tumultuarias que dejan ancho reguero de sangre. Es que la vigilancia ha aflojado ó que el soborno ha conseguido sus reprobados fines, y que un gran contrabando de aguardiente está ya en lugar seguro à disposicion de los presos, que van à saciar su sed con aquella lava enloquecedora, sin mas limitacion que el estado particular de cada fortuna.—Entonces se encrespan las olas de aquel mar de crímenes; el presidiario se muestra tan vidrioso, salvaje y feróz como es realmente, y à la manera que el fumador de opio propende á la modorra y á los extasís, el alcoholismo en el presidio incita á la lucha y arma el brazo de sus poseidos, convirtiéndolos en verdaderas furias.—¿Hay paz en el presidio? ¿Es respetada la disciplina? ¿Tienen los presos un aspecto de resignacion, tan mansa como es posible, dadas sus siniestras cataduras? Pues no cabe duda; los vigilantes han cumplido á conciencia con sus deberes, y en todo el Cuartel no se encontraria una gota de aguardiente para un remedio.—Por el contrario, ¿se notan síntomas de desobediencia? ¿adquiere el preso cierta actitud descarada y provocativa? ¿hay en la atmósfera de las cuadras algo así como aquellos fenómenos que describe Verne en su ciudad

oxihidrogenada? Pues no hay que preguntar la causa; que al modo y manera que se esparce el contagio en una calle, asolandola y dejando en cada casa un cadàver, como jalones que señalan su luctuoso camino, el aguardiente llenarà de heridos el Hospital, y de muertos la fosa comun del cementerio de Santa Catalina.

La embriaguéz, que en casi todos los temperamentos, y mientras se mantiene en ciertos grados, produce la alegría y la expansion, en el preso determina un estado febril que trae como consecuencia final la vuelta del espíritu à las mismas condiciones en que estaba cuando cometió el delito. De aquí que las querellas se aplacen para resolverlas amistosamente con el vaso en la mano; pero como el infame y adulterado licor de que se atiforra el preso, encuentra naturalezas trabajadas por rudas faenas, y mas que todo por una alimentacion deficiente, conforme llega el alcóhol á aquella sangre empobrecida, la borrachera toma todos los caracteres de un frenetico delirio, y salen á relucir las facas, teniéndose por verdadero milagro que en estas bacanales siniestras no paguen con la vida todos los que se emborrachan, como sí el Baco presidial, no contento con la degradacion de sus adeptos, pidiera tambien víctimas inmoladas en sus altares.

Y, preguntará el lector ¿cómo puèden entrar en el presidio esas grandes cantidades

de aguardiente tan parecido por sus extragos á la fiebre amarilla?—Pues la cosa es facilísima; el Cuartel principal tiene en su lado derecho estensa nave donde están las cuadras ó dormitorios, y estos á su vez tienen amplías ventanas que dan al campo, por donde la comunicacion es muy fácil, y la vigilancia harto descuidada, bien que sinó lo fuera sucederia lo mismo, porque el preso tiene frecuentes y libres relaciones con el público, una astucia à toda prueba, y complicidad á discrecion en los cabos de vara, que no son los que menos visitas hacen al antro donde se enconde el aguardiente una vez introducido en el Cuartel, por medio de vegigas, como ya he dicho, que se adaptan perfectamente al cuerpo del que las introduce.—Verdad es que se hacen frecuentes y escrupulosas requisas, sobre todo cuando una racha de homicidios y graves heridas demuestra que las cosas han llegado à un insoportable exceso; pero en el Cuartel principal del presidio de Céuta, una requisa en busca de aguardiente ó de armas, es la empresa mas descabellada del mundo.—Las cuadras llenas de mechinales y con el pavimento terrizo, permiten esconder objetos muy voluminosos; y por otra parte, 800 hombres puestos tacitamente de acuerdo, tienen muchos recursos y medios infinitos é insuperables para burlar la vigilancia.—No sucederia eso, si en vez de un edificio ruinoso, é inmenso, el preso tuviera por alojamiento

una celda de pocos metros cuadrados; pero como aquí en España se prefiere que la poblacion penal viva hacínada, en perpétua confabulacion, y con recursos para constituir como constituye, una fuerza temible porque es superior à la fuerza y à los medios de la administracion, se hacen posibles, corrientes, y hasta vulgares, hechos que los que desconocen el presidio tendrian por fabulosos hasta que se los ha referido un testigo presencial.

Con las armas, sucede lo mismo que con el aguardiente.—El *pincho* ó el *menoso* de nuestras ciudades, no cuida mas que el preso de que su *herramienta* sea de bien templado acero, de corte finísimo, de dimensiones mas que regulares, de solidéz à toda prueba, y hasta de lujo.—Pues bien; cuando tras un periodo de sangrientas colisiones, se cae en la cuenta de que es preciso dar una batida para recojer algunas armas, ya que no sea posible extirpar su uso, se recojen navajillas, mellados cuchillejos cachi-cuernos, y otros chismes inofensivos de este jaez; pero las grandes facas y los grandes cuchillos de combate, se salvan siempre de estas requisas, por muy escrupulosas que sean, y por mucho sigilo que se emplee para llevarlas à cabo y sorprender á los penados, verdaderos Macallisters en esto de ocultar lo que les conviene poseer.—Yo no sé como se las arreglan, aunque sospecho que reciben anticipados avisos, teniendo co-

mo tienen espias en todas las oficinas; pero la verdad del caso es, que à raiz de un minucioso *cacheo*—como se llama el registro de las personas en càrceles y presidio—se arma una *bronca* y los *bronquistas* aparecen perfectamente armados, mientras la vigilancia oficial ha tenido que contentarse con aprehender una ó mas espuertas colmadas de hierro viejo.

Durante mis catorce meses en Céuta, hubo un periodo, alla por los comienzos del año 74, en que no pasaba hora sin *bronca* dia sin herido y semana sin muerto en el Cuartel principal, cuyas bodegas y cuyos arsenales debian estar llenos de aguardiente las unas, y de armas las otras.—Curtido ya en las realidades del presidio, y libre de todos los romanticismos del profano en estas materias, merced á un aprendizaje rudo y desconsolador, no podia, sin embargo sustraerme à ciertos sentimientos de compasion y piedad, que en mi alma despertaba el espectáculo de aquellos desdichados sucumbiendo á docenas en aras de su ferocidad y de su miseria; y sin encomendarme á Dios ni al diablo—aunque no hubiera estado de mas poner de mi parte á Satanàs,—cojí el sombrero una mañana, y me fuí al Cuartel á desfacer agravios que no me importaban, y à dispensar favores á galeotes que bien pudieran molerme á palos y algo mas.—Era la sazon *guapo* andaluz, ó jefe de los andaluces, y aún procónsul, y dictador de

los aragoneses, un cordobés, simpático, bravo, inteligente y hasta fino, con esa finura relativa que dá la llaneza andaluza.—*Viruto*, que asi apodaban al *guapo*, dispensábame (esta es la palabra) cierto amistoso respeto, prueba del ascendiente que sobre él ejercia la comunidad de origen, y la famosa leyenda del *ayudante malagueño*, que ya he referido.—*Viruto* era de pequeña estatura, lleno de carnes hasta parecer rechoncho; de lábios gruesos, nariz bien dibujada, ojos pardos, pelo castaño claro tirando á rubio; de mirada serena é inteligente; de porte magestuoso, como corresponde á un valiente que lleva con dignidad su cadena, por que no habia robado, ni hecho otra cosa que matar en desafios sin testigos, valiéndose del cuchillo en vez del florete, y en una callejuela como en una plaza pública, en vez de ir *al terreno* con todo el aparato que requiere el interesante argumento de los duelos al uso.—La autoridad de *Viruto* era tanta en el presidio, que no solamente le oia como oráculo *su pueblo*, sinó que estendia su dictatorial poder hasta mas allá de las fronteras andaluzas, invadiendo las atribuciones de *guapo* aragonés, y hasta gozaba de preeminencias reconocidas por los jefes, que le permitian salir á diligencias propias y á lucir la simpática persona ante el elemento femenil adscrito á las espasiones amorosas del presidio.—Con estos antecedentes, tracé mi plan diplomático que

consistia en pedir à *Viruto* su cooperacion para recojer las armas y acabar con el aguardiente, que tan perturbado traian el presidio;—y tan confiado estaba en el éxito de mi empresa á lo Metternich, que le hice llamar y comparecer á mi presencia, sin pararme á pesar el pró ni el contra de mi generoso arranque.—La corneta tocó silencio, y el *voceador* con toda la fuerza de sus pulmones, en tono cadencioso, como el del *muezzin* que llama los fieles à la oracion, llamó à mi hombre:—¡E—se *Viruto*...! ¡¡à la oficina!!; y *Viruto* atravesó el largo pasillo, contoneàndose con tal *aire de la tierra*, que hubieraselo envidiado un primer banderillero para lucirlo en plena calle de las Sierpes.—Entró el *guapo* en la oficina, sin cortedad y sin altanería, con su gorra en la mano, su pantalon ceñido, su faja artísticamente plegada en la cintura, y respirando aseo, comodidad y abundancia por todos sus poros.—Quizás hice mal, quizàs en aquel momento dió un respingo en su camarin la imàgen de la discíplina, pero estábamos sólos, la conferencia iba à ser peliaguda, y comencé sobornàndolo haciéndole sentar, y acto seguido entré en materia.—Yo no iba allí como jefe, sinó como un hombre de buen *corason* (puse mucho empeño en pronunciar bien esta *ese* signo de raza), que sentía que cuatro *infelice* (aquí suprimí otra *ese* para que el andalucismo no dejara de palpitar en todo mi discurso) se

mataran con *mala sombra, por mor de la pícara bebia*; y que él, *Viruto*, que era un hombre cabal, aunque le hubiera ocurrido la desgracia de verse en aquella casa, debia ayudarme, para que siempre se dijera que los andaluces hacian lo que querian en el patio del Cuartel principal.—*Viruto* me miraba fijamente y de seguro acariciado por la lisonja; pero su astucia innata, su instinto, y su costumbre de vivi alerta, le hacian desconfiar.—Veiale indeciso y halagado, y aprovechando sus vacilaciones, le dije por fin, terminantemente, que era preciso que en el acto me dijera donde estaba el aguardiente y donde las armas, porque yo no necesitaba cabos, ni capataces, ni à nadie mas que à él, para recojer sin pérdida de tiempo aquellos elementos de desórden, evitando así *esaboriciones* (literal) en el presidio.—Como *Viruto* era andalúz, la expontaneidad de su carácter le impidió todo fingimiento, y dando inequívocas señales de contrariedad, pero respetuoso y comedido, díjome à vueltas de muchos circunloquios perifrasis y rodeos: —Que él me apreciaba como era su obligacion, porque yo *lo habia sembrado* (léase que me estaba agradecido;) que no habia en Céuta, ni en Cartagena de Levante (los dos grandes centros presidiales y de España) quien me *faltara* á mi delante de él; que él era la carne y yó el cuchillo, y que hiciera de él lo que quisiera; pero que él no tenia mas herencia que su decoro

de hombre cabal, y que aunque *probe* y preso por una mala hora, era un *cabayero* incapàz de *berrearse* (delatar) porque queria que *Viruto* llevara siempre la cara muy alta en el patio del Cuartel principal; y que, en resúmen, preferia que lo amarrase *en blanca*, antes que decirme donde estaban el aguardiente y las *herramientas.*—Comprendí que habia dado una *estocada en hueso*, como se dice en el tecnisismo tauromaco, y que iba á crearme una situacion difícil, y opté por fingirme enfadado y resentido. —Me revestí, pues, de toda la olímpica indignacion oficial, á que me daban derecho mi cargo y mis 8.000 reales de sueldo, y despedí á *Viruto*, que salió de la oficina con la dignidad de un espartano incorruptible, no sin añadir nuevas protestas de su afecto y respeto á mi persona, en maridaje con sus deberes de *guapo.*—Todavia no se habia extinguido el golpe estridente de la ferrada puerta al cerrarse tras *Viruto*, cuando ya mi razon apreciaba claramente toda la lógica del acto aquel que tanto me habia contrariado.—*Viruto* estaba en lo firme; un rey, por mas que lo sea del presidio, y por mas siniestra que pueda ser su magestad, no debe hacer traicion á su pueblo.—Fernando VII en Bayona, y ante Napoleon, estuvo muy por bajo de *Viruto* en Céuta y ante mí.—El preso, fiel á los dictados de su ló-

gica, tiene el deber de escaparse; el que por la interdiccion civil no pertenece á la sociedad, no debe auxiliarla en sus fines de represion ó de prevencion.—De un lado presidiarios, de otro, carceleros; y en el estado de lucha que crean esas distintas posiciones, viene á ser falsa la idea del deber verdadero, y legítima la idea del deber falso. —El Estado corrige, y el corrigendo se defiende; aporte el Estado los elementos necesarios para vencer siempre, y no habrá *Virutos* capaces de hacer un curso de moral zurda, que será diestra y muy diestra, mientras el preso pueda constituir, como constituye, una sociedad en lucha con la auténtica y legítima sociedad.—No he perdido el dia, me dije filosóficamente para consolarme, porque si bien no he encontrado las armas ni el aguardiente, he descubierto un hombre, un carácter, y entrevisto una idea vuelta al revés: la idea de la dignidad y del deber, falsa, errónea, inadmisible con arreglo á nociones positivas de moral universal, pero perfectamente ajustadas à las necesidades del medio donde se manifiesta.—Y dicho esto para mi sayo, salí del Cuartel principal bien ageno á la tragedia que allí habia de representarse al dia siguiente.

Los historiografos que de esta épica contienda tratan, no están de acuerdo al fijar sus orígenes, ni es fácil que mas adelante se reunan mayores elementos de prueba; pero

todos convienen en la version que paso à exponer como auténtica.

Apenas llegado à la cuadra, *Viruto*, no se sabe si para festejar el triunfo de la moral presidiaria sobre la moral oficial, ó en albricias por que habia salvado el precioso tesoro alcoholico, al que yo pusiera torpe asédio, hizo sacar una vegiga de aguardiente y libó con sed de hidropico aquella verdadera *aqua toffana*, *eau de vie*, que dicen los franceses, y *eau de mort* que debia ser para el guapo andaluz.

Copa vá, copa viene, nuestro valiente, débil mortal apesar de sus hazañas, se emborrachó como un pendenciero vulgar, y fuera porque en las alucinaciones de la embriaguez se acordara de su conferencia conmigo, fuera porque tuviese súbito acceso de acometividad y de *guapeza*, el caso es que se dirigió à un grupo de *aragoneses*, que tambien bebian, y arrebatandoles la botella, esparció el liquido sobre el pavimento, y despues rompió el casco, añadiendo:—¡Aqui no bebe nadie mas que el yo quiero que beba!—Los aragoneses callaron por el momento, pues eran viejos é incapaces de medirse con *Viruto*; pero fueron à contar el suceso á su *guapo*, y enseguida comenzaron à notarse preparativos de lucha ó *bronca*, en los grupos que cuchicheaban con calor, y en la siniestra catadura de *aragoneses* y *andaluces*, que se lanzaba al encontrarse feroces miradas de reto y de venganza.—Lle-

gó la tarde, y con la fresca brisa del mar, *Viruto*, que discurria por el patio seguido y guardado por sus tenientes, recobró la lucidéz de sus ideas, y hasta tuvo un presentimiento, porque al encerrarse en su cuadra, dijo sentenciosa y tristemente:—¡Mañana me matan, porque hoy he hecho *una mala cosa*! —Llegó el dia predestinado á ver el fin de un héroe, y apenas se abrieron los dormitorios, *Viruto* recibió la visita del *guapo* aragonés, que iba en persona á llevarle el cartel de desafío.—Era el jefe de los aragoneses, un hombre moreno y nervioso, sin mote conocido, de pocas palabras, delgado y ágil, y su reinado ni era tan grandioso y absoluto como el del *guapo* andaluz, ni sus hazañas habian alcanzado el renombre que las de el cordobés con quien iba á medirse. —Ademàs, el *guapo* de los *aragoneses* gozaba de una autoridad muy discutida, y tenia un adjunto que andaba siempre viendo el modo de derrocarle.—*Viruto*, como era de rigor, aceptó inmediatamente el reto, y juntas se fueron aquellas dos personificaciones del regionalismo criminal, hácia el palenque obligado de todas las luchas del presidio, hàcia los retretes, que alguna vez fueron tumba de emperadores romanos.—Comenzó la lucha; aquellas dos fieras, despues de lanzarse los últimos insultos, como si ellos mismos sintieran la necesidad de que el acicate les excitàra, dieron al aire las hojas afiladas de sus cuchillos; y ágiles, con saltos de tigre,

estratagemas de gato y deslizamientos de serpiente, comprendiendo que la vida dependía de un descuido, de una vacilacion, de una flaqueza, de un ardid; gimnastas automáticos, veloces, terriblemente bellos, representando la temeridad, la destreza y la cólera, horriblemente amenazados por el ódío, ponian en cada golpe toda su voluntad y en cada quite toda su inteligencia.—*Viruto*, mas desproporcionado para la lucha, por su gordura, y sus piernas cortas y amasacotadas, tenia en cambio un busto de atleta, unos brazos de Hercules, y sobre todo, un valor impetuoso, huracanado, terrible; mientras el aragonés, delgado, todo fibra, se replegaba y contraia con la mayor ductilidad, evitando siempre los certeros golpes de la esgrima verdaderamente maestra de *Viruto*.—Un cuarto de hora llevaban ambos de acuchillarse sin herirse, en aquella atmósfera asfixiante, cuando *Viruto* hizo un esfuerzo supremo, comprendiendo que no podia tardar la intervencion de los empleados, y consiguió herir mortalmente à su contrario, que fue á caer exànime fuera de los retretes.—Los dos bandos permanecían silencioso y hasta indiferentes, para no llamar la atencion de los capataces ó de la guardia, mientras sus jefes ventilaban en juicio de Dios aquellas magnas ofensas; pero al caer el *guapo aragonés*, olvidando ó infrigiendo toda neutralidad y tradicion caballeresca al modo del presidio, su teniente se destacó de un

grupo, y acometió á *Viruto* cuchillo en mano, cuando se disponía à alejarse del teatro del duelo.—*Viruto*, sin vacilar un momento, dió un salto de costado, despues, otro de frente, y su cuchillo todavia goteando sangre aragonesa, se clavó enmedio del pecho de aquel temerario que habia ido á ponerse al paso del leon, cuando el rey de las selvas volvia empapado en el vaho de la sangre caliente, y enardecido por el brutal influjo del combate.—Pero como era preciso que se cumpliera el triste angurio de *Viruto*, éste, al dar la puñalada à su nuevo enemigo, resbaló y cayó de espaldas sobre el pavimento.—El aragonés entonces, arrojando un caño de sangre negra y espumosa por el rajado pecho, sintiéndose morir, no vaciló en cometer una felonia, y se lanzó sobre *Viruto* à quien hirió en el suelo por bajo de la tetilla izquierda, cayendo desplomado y muerto à los piés del *guapo andaluz*.—Los andaluces entonces, lanzàronse á vengar à su jefe, y se generalizó la lucha.—En un momento se desempedró el patio, y volaron las piedras lanzadas de grupo à grupo.—La guardia, desde la azotea que corona las tapias del patio, hizo algunos disparos.—Varios hombres cayeron, y el combate adquirió proporciones aterradoras y salvajes.—Por fin, á duras penas, y à costa de no poca sangre, se sofocó el tumulto, se acorraló á los últimos combatientes en una cuadra, y se pudo atender á los heridos, *Viruto* entre ellos, porque

el *guapo andaluz* estaba vivo y se levantó por sí solo refugiàndose en la barbería donde se le restañó la sangre que en abundancia manaba de su herida, mientras era conducido á la enfermería.—Cuando se trató de ello, *Víruto* pidió que se le permitiera ir por sus piés al hospital, porque no necesitaba camilla, y así se hizo en vista de que, á juzgar por su aspecto esterior, la herida no debia ser gravísima.—Púsose en marcha aquel Aquiles de la ferocidad y del crímen, vigilado por algunos cabos de vara que mas bien parecian escolta de honor que guardianes, pero al llegar al *Pozo del Rayo*, como à cien metros del Cuartel, *Viruto* cayó de repente al suelo, de bruces, con los brazos abiertos; arrojó por la boca una ola de sangre, y quedó muerto.

Cuando la autopsia al dia siguiente abrió el poderoso torax de *Viruto*, se vieron dos cosas tremendas.—Aquel corazon de proporciones extraordinarias, la mitad mas voluminoso que la generalidad de los corazones humanos, estaba herido en su vértice; y con aquella herida mortal de esencia, *Viruto* habia vivido mas de media hora, habia sonreido orgulloso de su última hazaña, y habia tenido lucidéz y presencia de espíritu en la medida suficiente para proporcionarse el supremo placer de no dar á los *aragoneses* el espectàculo de su traslacion en una camilla, como los agonizantes vulgares y las naturalezas débiles y apocadas.

No me pida el lector esplicacion satisfac-

toria de esta fisiología bestial. Solo sé por referencias, que Nelaton y Velpeau, dos eminentes cirujanos franceses, admiten que puede haber heridas del corazon que no producen la muerte instantánea, mientras esa entraña eminentemente contractil, puede seguir sus movimientos de sistóles y diástoles; y que en el caso de que se trata, *Víruto* vivió hasta que lleno de sangre el pericardio, ó envoltura del corazon, se paralizaron los movimientos de este.

Así fué como terminó sus dias aquel verdadero coloso del crímen; y digo coloso, porque al día siguiente del óbito de *Víruto* se encontró su cuchillo, en cuyo borde no afilado habia siete muescas señaladas á lima.

—¿Qué es esto?—pregunté á uno de los admiradores y amigos del finado.

—Esto es el libro de cuentas corrientes de *Víruto* y cada una de estas rayas corresponde á una de las siete muertes que hizo. ¡Lástima que no haya podido apuntar las dos últimas, verdaderas obras inéditas y póstumas!

Desde entonces, fuerza es decirlo, los andaluces, huérfanos de un verdadero jefe á la altura de las tradiciones de la tierra y del cargo, vagan por el Cuartel principal, recordando el romance de Plácido, *Xicotencal*, que dice:

Disueltas van por el valle
las tropas de Moctezuma,
de sus dioses lamentando
el poco favor y ayuda.

XXIV.

Un tipo rezagado.—Los asesinos del general Prim. «Finis coronat opus.»

Al llegar à este punto de mis narraciones, me encuentro con que han vuelto á ponerse de moda los asesinos del general Prim, y no quiero cerrar el último capítulo de estas mis memorias intimas, sin decir lo que sé sobre aquel tràgico suceso de la calle del Turco, cuyo misterio acredita bien poco la sagacidad de nuestras autoridades judiciales,—dicho sea con cuantas protestas y reservas se necesitan para que este libro no caiga bajo la accion de los tribunales, ya

que no tengo la intencion de desacatarlos y me contento con opinar sin ofender.

Recordará el lector, que al tratar de las fugas y referir las mas señaladas y notables, hablé de un *roder* valenciano, que se fugó una vez dentro de un cajon de tabaco; pues bien, à este originalísimo sujeto debo algunas indicaciones sobre la muerte del dictador revolucionario, sin cuyo asesinato es probable que à estas horas fuese muy otra la situacion polítíca de España. Era mi *roder* un hombre de mas que mediana estatura, moreno, de pelo negrísimo, de barba muy recia y cerrada, duro físicamente, socarron y manso en la apariencia, que se buscaba la vida garrapateando en la oficina, porque entendia algo de letra, y que engañaba al mas fino observador con su aspecto tranquilo, su hablar sumiso, y su ademàn subordinado y respetuoso.

Se llamaba Polo de apellido, y tenia varias cadenas perpétuas que extinguir, si bien no contaba para ello mas que con una sola existencia, azarosa y poco tranquilizadora, por que Polo era à las veces perseguido por sus enemigos, y en mas de una ocasion tuve que sacarlo del Cuartel principal para que no pereciese à manos de los comprometidos en vasto complot contra su existencia.

Los delitos de Polo, eran, como suele decirse, de *barba de pavo*. Robos, asesinatos, agresiones á la guardia civil, y otras frio-

leras, que contrastaban rudamente con la manera de ser de aquel misero, tan bravo, resuelto y hasta feroz, fuera del presidio, y tan subordinado y circunspecto, dentro.— Apesar de sus crímenes de índole tan poco tranquilizadora, que exigian un carácter violento, díscolo, avieso y sanguinario, Polo hablaba hasta melosamente, sin que se advirtiera en las inflexiones de su voz ese acento imperativo propio de los caractéres resueltos y acostumbrados á imponerse por la violencia.

Iba siempre nuestro hombre pelado al rapé y cuidadosamente afeitado; en mangas de camisa, hiciera frio ó calor, con amplísimos pantalones de pana ó canutillos, y con una camisa de lienzo burdo, pero blanquísimo, que denunciaba al labrador valenciano, así como la faja, las alpargatas con éspesa red de cintas, y el chaleco de corte especial que completaban su indumento.

Polo habia violado todas las leyes divinas y humanas; Polo no tenia nociones ciertas del deber, ni de la moral; Polo era capáz de hacer friamente, por calculo ó por interés, porque le conviniese ó porque pudiera ir ganando algo, todo lo malo que se le propusiera ó que concibiese él en su inteligencia tarda, pero bastante vigorosa y despejada; y sin embargo, Polo tenia un verdadero culto, á modo de salvaje fanatismo, por la misericordiosa, dulce, tierna y excelsa Reina de los cielos, bajo la advocacion

de los Desemparados.—De estos contrastes hay muchos en el presidio, y ya me he ocupado de ellos al tratar de la cultura y la religion del preso, y al describir las pavorosas escenas de la Noche-buena en el presidio; pero cito á Polo y me detengo á bosquejarlo, para que se comprenda mejor el tipo del fanático descredido, y del criminal profundamente religioso hasta dar en la idolatria.

Recuerdo que en una de mis entrevistas con Polo, en las cuales yo le pedía detalles de su vida, me hubo de mostrar una cicatriz que tenia en el pecho, á guisa de recuerdo de un encuentro con la guardia civil.—El caso fué el siguiente:—Polo andaba merodeando por el litoral valenciano, cerca de Alicante, cuando un dia tuvo necesidad de ir á visitar á su familia, y á la aldea donde ésta habitaba se dirigió á caballo.—Hubo de saberlo la benemérita guardia, que andaba persiguiéndolo y á sus alcances, y lo dispuso todo para cojer en el garlito al célebre *roder* terror de la comarca.—Llegó Polo á su casa, y sin desmontarse del caballo, evacuó las diligencias que allí le llevaban, besó á sus hijos, y cuando se disponia á picar espuelas, temeroso de prolongar su permanencia en lugar poblado, oyó la voz de: ¡alto á la guardia civil!, sonó una descarga, y se sintió herido de un balazo en mitad del pecho.—No por eso cayó Polo de su cabalgadura, sinó que ten-

dido sobre el cuello de la noble bestia, desangrandose y moribundo, se puso en salvo y llegó á lugar seguro, donde fué curado y permaneció tres ó cuatro meses luchando entre la vida y la muerte.—Polo recibió la herida como unos cuatro ó seis dedos por cima del ombligo. El proyectil produjo un orificio de entrada pequeño y limpiamente redondo; pero à la salida causó estragos enormes, y aquel bandido debia tener muy bien atada la vida, cuando no se le escapó por la brecha llena de zajaduras y costurones que presentaba en la espalda, algo á la izquierda de la columna vertebral, y como unos diez dedos por cima de la línea de la cintura.—Al ver aquella fosa, muy semejante á un plato pequeño, pero hondo, no pude menos de preguntar admirado à Polo, como habia podido sustraerse à la muerte, y á qué milagro de la ciencia operado porqué celebridad quirúrgica, debia su salvacion.—Polo entonces dejó ver una inefable sonrisa de creyente, y me dijo con la fé de un poseido:—¡Toma! Escapé con el pellejo, porque llevaba á *mi niña*! —¿Qué *niña*?—La Virgen de los Desamparados.—Y me hizo reparar en un escapulario viejo y mugriento que pendia de su cuello, con una estampa de la augusta patrona del reino valenciano.—Quise ahondar en aquella conciencia, y pregunté à Polo si no llevaba tambien el escapulario con *su niña* á las *faenas récias* que eran su habitual ocupacion en campos y carreteras, y me dijo con laco-

nismo y conviccion:—La llevo siempre; me la dió mi madre.—Descifre el lector, si puede, esta monstruoso geroglífico de piedad filial, de culto fervoroso á la nocion mas pura del bien, y de creencias arraigadísimas, puesto todo al servicio del mal y de una voluntad consagrada al crímen, por que yo me declaro incapaz de resolver antinomía tan absurda en la esfera de la expeculacion psíquica, y tan efectiva, posible y real en la esfera de los hechos y de la verdad palpitante y tangible.

Atraido por la originalidad siniestra de este tipo, poco à poco me fuí acercando á Polo hasta obtener confidencias que me ayudaran en mis estudios del presidio, y por él supe algo sobre el asesinato y los asesinos de Prim.

Ignoro si á la fecha vive Polo, si se ha muerto, si le han asesinado, ó si ha logrado fugarse nuevamente; pero sea de esto lo que sea, y trátese, como se trata al fin y al cabo, de un hombre que tiene sobre sí bastantes cadenas perpétuas para regalar y que le quede un remanente inestinguible, yo no he de comprometerlo, ni debo decir la parte que se atribuyera en el drama de la calle del Turco.

Segun Polo, la conjuracion que dió por resultado la trágica y villana muerte del caudillo de los Castillejos, fué laboriosa y estensísima. Tomaron parte en ella gentes de alguna posicion social, y en una hacienda de

campo de los montes de Toledo, se verificó el sorteo de los conjurados que debian consumar materialmente el crímen. Este sorteo, tuvo lugar por medio de bolas blancas y negras, que se iban estrayendo de un sombrero de copa perteneciente á un caballero de Madrid, que dirigia la operacion enmascarado. Polo, no me dijo si le buscaron como ayudante de los sicarios que habian de hacer los disparos, ni quien comandaba á los asesinos, pero recuerdo bien su terquedad en afirmar que el siniestro plan era obra de personas que no pertenecian á las clases ínfimas, ni siquiera todas ellas figuraban en lo que puede llamarse demagogia, bien que pertenecieran al bando revolucionario.

La prudencia me aconseja no recordar los nombres propios que Polo me confiara, ni repetir las escuetas acusaciones que él formulara; pero por fortuna ó por desgracia, ya se trate de la falsedad de las aseveraciones de Polo, ya de la censurable indiferencia de un Gobierno compuesto de íntimos amigos de Prim, es muy fácil comprobar todo lo que llevo dicho, pues recuerdo muy bien que por iniciativa de la digna é inteligente persona que desempeñaba la Comandancia del presidio de Ceuta en 1872 y hasta Julio lo menos de 1873, se formó un voluminoso espediente con todas las revelaciones de Polo y otros presos sus consortes, y el original se le remitió reservadamente al Sr. Ruiz Zorrilla, que era á la sazon Presidente del Consejo de Mi-

nistros, sin que se dignara acusar el recibo, darse por enterado, ni mucho menos adoptar disposicion alguna para seguir aquella pista del crímen à tan diversos elementos imputado. Copia de aquel espediente quedó en poder de la persona aludida; de modo que si este libro fuese à dar en manos de quien tenga interés en agitar las empolvadas hojas de un proceso célebre y vergonzoso, hay medios sobrados de reconstituir los hechos que tan friamente supiera el heredero político del asesinado jefe del antiguo radicalismo español.

Podrà ser que se trate de una confabulacion de presidiarios para facilitar una fuga, ó esplotar determinadas noticias que poseyeran, sobre la participacion de personas pudientes en el crímen de la calle del Turco; pero la verdad es que nada se hizo por adquirir este convencimiento, ni para aprovechar lo que hubiera de utilizable en los muchos datos aportados por Polo y sus compinches, y en definitiva parece confirmarse la creencia muy estendida, de que no ha habido el menor interés en encontrar á los asesinos de una personalidad ilustre.

Polo estaba en libertad y en Madrid en Diciembre de 1871, pues el hombre se habia fugado poco antes: ¿por qué ha de ser imposible, que siendo el quien era, se le buscase para un fregado de aquella naturaleza? No quisieron descifrar esta charada los que tenian la obligacion de apurar todos

los indicios, y yo no debo molestar á mis lectores ni molestarme declamando en una tragedia que ya no figura en los carteles, ni es del gusto del público.



Llegado á este punto, no puedo menos de pararme á hacer inventario de estas narraciones, comparándolas con mis recuerdos, y encuentro que lo he dicho todo, ó al menos lo mas esencial y curioso.

Podria escribir otras trescientas páginas con detalles menudos, exposicion de sistemas, biografías y estadísticas; pero eso sería un verdadero lujo, despues que he conseguido, segun mi leal saber y entender, que el fin corone la obra; que el horror al presidio cunda y se propague á todos los hombres de buena voluntad, para que una vez siquiera, por escepcion, el espíritu público se manifieste en España tan energico como debe ser, dadas nuestras impetuosidades, y se imponga á todos los gobiernos, con mandato imperativo, la necesidad ineludible de acometer hoy mismo la reforma de las penitenciarías, verdaderas pocilgas, donde millares de almas se revuelcan en fango moral, y millares de cuerpo ostentan los mas asquerosos signos de la miseria.

Tal es la síntésis de mi libro; tal es el fin moral que me he propuesto, bien que ce-

diendo á exigencias del gusto dominante, de la amenidad y de las necesidades de un libro que no es didáctico, ni filosófico, ni siquiera crítico en la verdadera acepcion, haya introducido algunas sonrisas tristes en cuadres que debieron trazarse con un pincel mojado en lágrimas.

FIN.

Málaga, Octubre 10 de 1886.

FÉ DE ERRATAS.

Como acostumbro, no he de salvar una por una las erratas materiales de imprenta que se han deslizado en este libro. Esas las salva el lector con su buen sentido; y en cuanto à las de concepto, antes que rechazar petulante su paternidad, prefiero arrogarmelas todas, las mias y las agenas, prometiendo la enmienda para cuando perpetre otro volúmen, que sí lo perpetraré.—Vale.

